

JORNADAS

DEMOGRAFÍA Y CAMBIO SOCIAL

Forum Feminista María de Maeztu

EMAKUNDE
Instituto Vasco de la Mujer
Vitoria-Gasteiz 1993

JORNADAS SOBRE DEMOGRAFÍA Y CAMBIO SOCIAL

ORGANIZA: Forum Feminista "María de Maeztu"

COORDINADORA: Idoia Estornés Zubizarreta, Dra. en Historia y Escritora.

MODERADORA: Rosario Galdós, Dra. en Geografía, UPV-EHU.

SUBVENCIONA: EMAKUNDE / Instituto Vasco de la Mujer y Ayuntamiento de San Sebastián

TÍTULO: «Demografía y Cambio Social»

EDITA: EMAKUNDE / Instituto Vasco de la Mujer
C/Manuel Iradier, 36 - 01005 VITORIA-GASTEIZ

FECHA: Febrero 1993

DESCRIPTORES: Política demográfica, fecundidad, participación laboral, datos estadísticos, simposios.

DISEÑO GRÁFICO: Ana Badiola e Isabel Madinabeitia

Nº EJEMPLARES: 1.000

I.S.B.N.: 84-87595-12-X

DEPÓSITO LEGAL: SS - 680 / 92

FOTOCOMPOSICIÓN e IMPRESIÓN: ANTZA

Industrialdea 1-2 20160 Lasarte-Oria

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	107
1 UN PLANETA SUPERPOBLADO: LA TIERRA Jesús Mosterín. Universidad de Barcelona.	109
2 SITUACIÓN DE LA POBLACIÓN MUNDIAL. ORIENTACIONES Y POLÍTICAS Tomás Jiménez. Organización de las Naciones Unidas.	121
3 LA MUJER, CLAVE DE LA CONDUCTA DEMOGRÁFICA Aurora García Ballesteros. Universidad Complutense.	131
4 EL CASO SUECO: CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO EN UNA DEMOCRACIA AVANZADA Eva Bernhardt. Universidad de Estocolmo.	139
5 ESTADO DE LA POBLACIÓN ACTIVA EN ESPAÑA Montserrat Solsona. Universidad Autónoma de Barcelona.	153
6 EUSKAL HERRIA, CRECIMIENTO CERO Andrés Valentín. Departamento de Estadística del Gobierno de Navarra.	173
7 LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE LA COMUNIDAD AUTÓNOMA VASCA Enrique Morán. EUSTAT del Gobierno Vasco.	183

PRESENTACIÓN

La reflexión sobre los cambios demográficos que se están produciendo en los países occidentales ha suscitado también nuestro interés.

Los factores que intervienen en las fluctuaciones demográficas son diversos y complejos. La situación económica, las creencias religiosas, las políticas gubernamentales bien para incentivar el número de nacimientos o promover su disminución, además de la falta de vivienda, la precariedad laboral y la ausencia de una red de servicios son algunos de los factores destacables que influyen a la hora de decir tener o no descendencia. Con el fin de hacer un análisis de los mismos, EMAKUNDE/Instituto Vasco de la Mujer subvencionó las jornadas sobre Demografía y Cambio Social organizadas por el Forum Feminista María de Maeztu el 15-16 de noviembre de 1990.

Asimismo, consideramos interesante la publicación de las ponencias impartidas en dichas jornadas como medio de documentar y dar una visión sobre una cuestión de relevancia que afecta a toda la sociedad.

A large, stylized handwritten signature in black ink, which appears to read 'Txaro Arteaga Ansa'. The signature is enclosed within a large, irregular loop that extends downwards and to the right.

Txaro Arteaga Ansa
Directora de EMAKUNDE/
Instituto Vasco de la Mujer

UN PLANETA SUPERPOBLADO

Jesús Mosterín

Jesús Mosterín

Nacido en Bilbao el 24-9-41.

Estudios de Filosofía, Matemática y Periodismo en Madrid, Barcelona y Alemania. Estancias en universidades de varios países.

Catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Barcelona.

Director del Departamento de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Barcelona.

Miembro de la International Academy of Philosophy of Science.

Autor de 14 libros publicados por Alianza, Ariel y Salvat. (Por ejemplo, de «Racionalidad y Acción Humana» y «Conceptos y teorías en la ciencia», ambos en Alianza).

Autor de numerosos artículos científicos en inglés y castellano, y colaborador de algunos diarios (como El País y La Vanguardia).

M

uchas gracias por tus amables palabras. Como me toca a mí abrir el fuego, voy a hacer unas consideraciones muy generales que luego a lo largo de las siguientes conferencias se irán concretando. Voy a dar una visión a vista de pájaro del problema, una visión como desde muy lejos, como desde una perspectiva, desde una perspectiva cósmica. Desde este punto de vista no voy a hablar de la problemática específica de la población en el País Vasco (que conozco mal).

De todos modos, esta problemática a nivel global es muy poco importante, si tienen ustedes por ejemplo en cuenta que la población total del País Vasco es menos de la mitad de un 0,1% de la población mundial, y que la explosión demográfica que actualmente tiene lugar en el mundo, añade cada año algo así como la población de 50 países vascos a la que ya existe en el planeta. Voy a enfocar el problema desde un punto de vista global, y luego supongo que conforme pasa el tiempo, se irá plasmando este tema en circunstancias concretas y también en las de aquí.

Desde una perspectiva cósmica, lo primero que tendríamos que decir es que la vida es un fenómeno muy improbable termodinámicamente, la vida es un fenómeno muy frágil, es decir, lo más probable sería que no hubiera vida. Es muy raro y sorprendente que haya vida. Como saben ustedes el segundo principio de la termodinámica implica que cada vez hay más entropía en el universo. El hecho de que existan estas cosas que somos los organismos, en los cuales, la entropía disminuye y aumenta la organización, es una excepción local a una tendencia universal, hacia el desorden. A la larga esto no se mantiene, y de hecho la vida es un fenómeno efímero dentro de la evolución del Universo. Pero, en fin, nosotros estamos en esta interesante etapa del Universo, en la cual este fenómeno de la vida se da y tenemos que aprovechar nuestra suerte de vivir en esta época y no en otra.

Nosotros no sabemos dónde hay vida en el Universo; a lo mejor hay vida en otros planetas de otras estrellas, es perfectamente posible, no hay ninguna razón en contra. Pero es también perfectamente posible que no la haya. El planeta Tierra es el único planeta del que nosotros sabemos que hay vida en él. De todos los demás planetas del sistema solar estamos seguros que no hay vida, porque hemos ido a ellos mediante naves espaciales adecuadas. En fin, no hace falta ir hasta ellos, simplemente analizando la atmósfera de un planeta, la luz que refleja, el análisis espectroscópico de esta luz nos permite analizar la atmósfera y averiguar si hay vida o no. Porque en un planeta donde hay vida, la vida transforma completamente la atmósfera, y entonces toda la parte exterior del planeta se transforma en una especie de gran ser vivo, que es lo que nosotros llamamos aquí la biosfera, y entonces la atmósfera, que es una creación de los seres vivos, se convierte en una especie de sistema circulatorio y respiratorio de este ser vivo al que Lovelock ha llamado «Gaya», el nombre que daban los griegos a la diosa de la tierra.

Al principio nuestro planeta tenía una atmósfera parecida a la de Marte o a la de Venus, que es básicamente dióxido de carbono. Como saben, en el aire de nuestro planeta hay oxígeno; pero al principio no había oxígeno, todo el oxígeno que hay en la atmósfera y que nosotros respiramos, y sin el cual nos moriríamos inmediatamente, ha sido creado por los seres vivos, y específicamente por las plantas. Al principio, durante los primeros tres mil millones de años en este planeta (que tiene cuatro mil seiscientos) no ha habido nada de oxígeno en el aire. Posteriormente el oxígeno lo han ido produciendo unos organismos fotosintetizadores, las primeras bacterias, y ahora el aire está lleno de oxígeno.

Este oxígeno es aproximadamente el 20% del aire, que es la proporción correcta. Si hubiera mucho más oxígeno del que hay en el aire, en la atmósfera, esto provocaría incendios espontáneos, los bosques comenzarían a arder por sí mismos, y, en fin, nosotros nos moriríamos también. Si hubiera mucho menos oxígeno del que hay, entonces los procesos metabólicos de los que dependemos irían demasiado lentos y nos moriríamos también. Hay precisamente la cantidad de oxígeno en la atmósfera que es adecuada para el tipo de organismos que la poblamos.

Esto significa que entre nosotros y el resto de la biosfera hay una especie de comunión, nosotros somos parte de la biosfera, en el mismo sentido que nuestras células son parte de nosotros. Nuestras células constantemente se están reproduciendo, se están multiplicando, y son distintas, claro. No sólo no son iguales las células de nuestros huesos que las células de nuestros nervios, que las células de

nuestro páncreas o de nuestros músculos, son tejidos distintos. Lo que permite al organismo entero vivir es la interacción coordinada de todos estos tejidos. Nosotros somos parte de la biosfera y si miramos a nuestro planeta desde lejos, lo primero que vemos no es a nosotros mismos, sino que vemos esta biosfera.

Dicho esto, luego volveremos a ello, vamos a decir un par de cosas generales sobre la población. En primer lugar, la población es el número de individuos de una especie determinada que hay en un lugar determinado, en este caso el número de seres humanos que hay en el planeta Tierra. El crecimiento demográfico es sencillamente (expresado en términos matemáticos) la derivada de la población por el tiempo. Por ejemplo, la velocidad es la derivada de la posición por el tiempo, es decir, la velocidad mide cómo varía la posición con el tiempo. La aceleración es la derivada de la velocidad por el tiempo, es decir, la aceleración mide cómo varía la velocidad con el tiempo. La aceleración es positiva, la derivada es positiva, si la velocidad está aumentando; la aceleración es cero, es decir la deriva es cero, si la velocidad permanece constante; y la aceleración es negativa, la derivada es negativa, si estamos frenando. Lo mismo pasa con el crecimiento demográfico. El crecimiento demográfico, la derivada de la población por el tiempo, es cero si la población permanece estable; es positiva, si la población está creciendo; y es negativa, si está disminuyendo.

Normalmente los ecosistemas se componen de poblaciones de diversas especies. En situaciones normales, estas poblaciones son estables. Los ecosistemas maduros, después de una serie de etapas, alcanzan lo que se llama el clímax del proceso, es decir, alcanzan un estadio de máxima complejidad biológica y de estabilidad, y ahí en principio se quedan durante mucho tiempo.

Una población de un ecosistema o de una especie determinada está en equilibrio demográfico cuando la derivada de su población por el tiempo (es decir, cuando su crecimiento demográfico) es cero, ni disminuye ni aumenta. Si ustedes se fijan en la natalidad de las diversas especies y en su mortalidad, verán que las especies cuyas crías tienen una alta mortalidad, tienen también una alta natalidad. Antes de que la urbanización y la mixomatosis acabasen en gran parte con ellos, en los países mediterráneos había muchos conejos, y los conejos tenían muchos enemigos porque los cazaban los zorros y las águilas, y muchos otros depredadores. Como los conejos tenían muchos enemigos que se comían a sus crías, entonces tenían ellos muchas crías, y gracias a tener muchísimas crías, aunque muchos enemigos se comiesen a muchísimas crías, más o menos sobrevivían un número adecuado para mantener estable a la población.

Por el contrario, en los océanos las ballenas, que son los más grandes animales que viven en nuestro planeta, las ballenas nunca tuvieron enemigos, hasta que nosotros nos convertimos en balleneros. Eran animales tan grandes, poderosos e impresionantes que nadie se atrevía con ellos, carecían de enemigos; como no tenían enemigos, sus crías tenían una probabilidad casi total de sobrevivir, nadie mataba a las crías de las ballenas, y por lo tanto las ballenas tenían muy pocas crías. Muy, muy de tarde en tarde tenían una sola cría, porque es lo único que necesitaban para mantener estable el nivel de la población.

Bien, este estadio de equilibrio demográfico es un estadio de equilibrio demográfico natural. La especie humana está constituida conforme a un plan que está impreso en los mensajes genéticos que llevamos en nuestro genoma. Cada una de nuestras células tiene este plan genético, que es una especie de libro de instrucciones para construir un ser humano. Bueno, un ser humano no en general, sino en mi caso, exactamente como yo, y en el de ustedes, exactamente como cada uno.

Nosotros tenemos unas capacidades y unas tendencias sexuales; por otro lado, hay un período en el que las mujeres son fértiles; y esto conduce a que se produzcan en estado natural un número de crías que es el necesario para que, dada la mortalidad natural, es decir, los enemigos, las enfermedades, las infecciones, etc. que normalmente afectan a las criaturas, se mueran la mayoría de ellas y sobrevivan exactamente las necesarias para mantener a la población más o menos estable.

Lo que es nuevo, lo que ha ocurrido básicamente a partir del siglo XIX, es que nos hemos interferido artificialmente en este equilibrio natural. Las interferencias en los equilibrios naturales no tienen por qué ser necesariamente negativas, mientras sean interferencias inteligentes, simétricas, que se interfieran en todos los aspectos que tenga un problema dado. Lo malo, en el caso demográfico, es que este problema tiene dos vertientes, que son la natalidad y la mortalidad, y nosotros nos hemos interferido artificialmente en todas partes y de un modo absolutamente rotundo y aplastante, por el lado de la mortalidad. Desde el siglo XIX, nosotros no permitimos que la gente se muera como naturalmente tendría que morir, digamos, en estado de naturaleza, sino que mediante todo tipo de vacunas, de medicinas, etc. hemos arrinconado por completo la mortalidad natural y la hemos sustituido por una mortalidad artificial. No es que no nos sigamos muriéndonos, seguimos muriéndonos, naturalmente, pero nos seguimos muriendo no cuando nos moriríamos normalmente en estado de naturaleza, sino cuando nos morimos después de haber tomado todas las precauciones y los potingues habidos y por haber.

Si esto hubiera sido acompañado por una interferencia parecida por el lado de la natalidad, no habría pasado nada. Si nosotros antes nos reproducíamos como conejos y nos moríamos como conejos, y ahora hubiéramos pasado a reproducirnos como ballenas y a morirnos como ballenas, no habría pasado nada, simplemente habríamos cambiado el modelo, pero habríamos conservado el equilibrio demográfico.

Lo que ha ocurrido es que a esta interferencia masiva y aplastante por el lado de la mortalidad, no ha acompañado, dejando de lado excepciones, una interferencia parecida por el lado de la natalidad, es decir, ha sido una interferencia asimétrica. Y ustedes saben que muchos de los problemas de la sociedad contemporánea vienen de las interferencias asimétricas. Por ejemplo, la industria manufacturera produce bienes y males; si nos ocupamos únicamente de producir los bienes y no nos ocupamos de eliminar los males, entonces, qué sé yo, y se nos come la basura y los residuos. Hay muchos problemas de este tipo, pero este demográfico es especialmente grave, y se debe a que no hemos hecho ninguna de las dos cosas sensatas que se pueden hacer: una, dejar a la naturaleza, pero teniendo en cuenta todos los aspectos de los problemas y no sólo uno de ellos.

El resultado de esta interferencia unilateral ha sido una bomba de población, una bomba que ha estallado y está estallando ahora delante de nuestras narices. Bueno, como se ha dicho aquí, no exactamente en San Sebastián, o en general en Europa, pero sí en el mundo considerado en su conjunto.

Esta explosión empezó en serio en el siglo XIX y continúa hasta nuestros días. Y ha conducido a que, si observamos la población del planeta a nivel global, es decir, no la de un país determinado, sino la de todo el planeta, vemos que ha seguido un crecimiento exponencial; es decir, ha crecido no la misma cantidad de gente de más en el mismo espacio de tiempo, sino en el mismo espacio de tiempo cada vez más gente de más, o si ustedes prefieren la misma cantidad de gente de más en espacios de tiempo cada vez más cortos. Se calcula que el número de humanos, (de seres humanos) que habían habitado este planeta tradicionalmente, durante los millones de años de la evolución de los homínidos, había estado entre un millón y cinco millones de individuos. Luego, con la revolución del Neolítico, la población aumentó considerablemente. Al cabo de muchos años, ya en la época de la India clásica, la China clásica y de la Grecia y la Roma clásica, llegó a haber en todo el mundo algo así como unos doscientos millones, doscientos cincuenta, en fin, no se sabe exactamente, pero de este orden de magnitud.

Luego la población siguió creciendo, pero la explosión vino con el siglo XIX. Se puede ver lo que la población tarda en multiplicarse por dos. Tardó del año 0 al 1650 en multiplicarse por dos, es decir, tardó 1.650 años en multiplicarse por dos, en doblarse. Pero luego el siguiente doblamiento, del 1650 a 1850, sólo tardó doscientos años; el siguiente de 1850 a 1930, sólo tardó ochenta años; el siguiente de 1930 a 1975, sólo cuarenta y cinco años; el siguiente todavía menos. Si ustedes consideran esta serie (1.650, 200, 80, 45,...) observan que cada vez en menos tiempo se va doblando la población. Este crecimiento es básicamente exponencial.

Esto no puede continuar indefinidamente, evidentemente. Por ejemplo, si ustedes pueden ima-

ginarse un eje de coordenadas, entonces dibujan arriba una línea que es paralela al eje de las x de abajo, línea que representa cualquiera de las constantes de la Tierra, ponen otra línea que va creciendo hacia arriba, que es la población humana, y cuando estas dos líneas se cruzan, esto significa que mucho antes de ese momento tiene que haberse parado el crecimiento demográfico.

Cada uno de nosotros pesa un cierto peso, digamos, pues no sé cuál será el promedio, si 60 kilos o 70, 75 o lo que sea. Si la población humana siguiese creciendo indefinidamente, llegaría un momento en que el peso de la carne humana sería superior a la masa del planeta Tierra. Evidentemente, antes de llegar a ese extremo, tendrá que haberse parado el crecimiento de la población. Nosotros generamos calor, lo que se llama el calor animal. Como saben ustedes, cada una de nuestras células es una especie de pequeño horno, cuando comemos básicamente lo que hacemos es llevar carbón a las células, es decir, de los alimentos sacamos el carbón y lo llevamos a las células, y cuando inspiramos el aire por nariz, básicamente lo que hacemos es llevar oxígeno a las células. En cada una de las células hay como un pequeño fuegucito y la respiración es como un fuelle con el que estamos atizando ese fuego, y la comida es como el carbón que estamos quemando. Esto genera calor, un calor de unos 36 grados.

Naturalmente, hay unos límites térmicos al calor que nosotros podemos generar. Hay muchos límites que indican que todo esto no puede continuar indefinidamente. Mucho antes de llegar a ellos se va a detener el crecimiento de la población. Galileo decía que solamente podemos dominar a la naturaleza, obedeciendo sus leyes. Los desequilibrios que nosotros creamos artificialmente siempre son desequilibrios provisionales; o bien nosotros somos capaces de restablecer los equilibrios artificialmente por las buenas, o la madre naturaleza por las malas se ocupará de restablecerlos. De esto no cabe absolutamente ninguna duda.

¿Cuáles son las consecuencias? ¿Por qué es un problema este crecimiento exponencial? ¿Por qué es un problema esta explosión de la población? Esto es un problema por muchas razones, pero los dos principales tipos de razones son los siguientes, en mi opinión.

En primer lugar, hay unas razones ecológicas. Como decía antes, nosotros somos uno de los tejidos que constituyen la biosfera, que es la única vida de la que estemos seguros en el Universo. Entonces nosotros constituimos la humanidad que en estos momentos constituye un cáncer, el cáncer de la biosfera. Esto no es una metáfora, esto es una realidad. En un sentido técnico el cáncer consiste en la multiplicación desordenada de un tejido a expensas de los demás. Yo tengo, por ejemplo, células de tejido epitelial en la piel, tengo células de tejido óseo en los huesos, tengo células de tejido nervioso en los nervios, tengo células de diversos tejidos en mis diversos órganos, y todas funcionan e interactúan y hacen que yo siga viviendo.

Pero si en un momento dado, una célula de mi organismo, cualquier célula de cualquier sitio, de un hueso o del páncreas, una célula de cualquier tejido, se pone a multiplicarse desordenadamente, entonces según va creciendo, creciendo, creciendo, va eliminando y matando, y quitando el espacio y quitando el oxígeno, y quitando todo a las células de sus alrededores, y entonces naturalmente va matando a los otros tejidos hasta que al cabo de un rato mata al organismo entero. Entonces el organismo entero se muere y con él se mueren todos los tejidos, incluido el tejido canceroso.

En este sentido técnico, si las biosferas planetarias pudiesen ser auscultadas por un médico interplanetario, es obvio que ese médico, que estaría observando el planeta Tierra desde fuera, dictaminaría cáncer como la enfermedad básica de este planeta. Naturalmente, cuando tiene cáncer, esto se manifiesta también por otra serie de síntomas. El cáncer que tiene este planeta, que es la multiplicación desordenada de uno de sus tejidos que es la humanidad, se manifiesta por todos estos problemas ecológicos de los que ustedes oyen hablar. Por ejemplo, los ecosistemas magníficos que hay en este planeta están siendo destrozados uno después de otro. Por ejemplo, hay países sudamericanos que tienen un crecimiento demográfico espantoso, y cuando uno está allí y habla con ellos dicen: «no, no, si en este país hay muchos kilómetros cuadrados». Sus niños se están muriendo de hambre, mientras dicen eso, pero es como si los pudiesen alimentar con kilómetros cuadrados, y al mismo tiempo implican que estaría muy bien acabar con todos los ecosistemas que existen.

Hay una cantidad enorme de especies animales que están a punto de ser extinguidas, y algunas ya

se han extinguido para siempre. Evidentemente, cada vez más espacio en el planeta Tierra se está dedicando a la agricultura, todo trozo de suelo que se puede cultivar de alguna manera ya se está cultivando, incluso muchos que no se pueden cultivar. Cada vez hay menos suelo, porque este suelo que se cultiva no está hecho para ser cultivado, y se cultiva a pesar de todo; es un suelo que se empobrece muy rápidamente, y luego se abandona, y las lluvias de los países tropicales se llevan la tierra. Todo esto es una problemática de la que no es el caso hablar aquí, pero de todos modos, esto lo que hace es que estos terrenos una vez abandonados por los hombres y por la agricultura, ya no son como eran al principio, han quedado como empobrecidos o muertos.



Al principio, los seres humanos en esos países se encuentran unos territorios riquísimos, como ocurre por ejemplo en la Amazonía, en muchas zonas de África, unos territorios riquísimos, llenos de una vegetación y llenos de una vida animal y vegetal maravillosa. Entonces lo queman, lo destruyen todo, y luego siembran allí cualquier cosa para no morir ellos mismos de hambre, para comer. Pero entonces este terreno sólo les da cosechas un par de años y después de un par de años lo abandonan. Pero cuando lo abandonan, ese terreno ha perdido todos sus nutrientes, que estaban en el bosque, y el bosque ha desaparecido. La tierra la protegían de las lluvias las raíces del bosque; al no haber raíces, la lluvia tropical se lleva toda esta tierra al agua, y entonces lo que dejan es un desierto de piedra. Crecientemente en la Tierra, en estos momentos, los desiertos están aumentando; o sea en Latinoamérica cada vez hay más desiertos, en Asia cada vez hay más desiertos y en África es bien sabido que el desierto del Sáhara cada año que pasa avanza varios kilómetros hacia el Sur.

Con frecuencia oímos hablar de las hambres, las hambrunas del Sahel y de Etiopía y de otros países. A veces la gente da unas explicaciones muy raras, atribuyéndoles a la mala suerte, o al caos o al imperialismo, o a qué sé yo qué.

Pero la razón no es el caos, ni el imperialismo, ni la mala suerte, la única razón es que en unas zonas donde la vegetación es escasa y frágil, el crecimiento de la población lleva a arrancar esa vegetación, y esa vegetación es lo único que sostenía el suelo, que atraía las lluvias, etc., y entonces el desierto crece. Si ustedes van a África ahora pueden llevar una especie de bandera que marca el límite del desierto y pueden ir la poniendo cada año más hacia el Sur; el desierto está creciendo y el origen de este crecimiento del desierto es antropógeno.

Las consecuencias ecológicas, son también de otros muchos tipos. Todos hablan del efecto invernadero. El efecto invernadero consiste sencillamente en que nuestras actividades, prácticamente todo lo que hacemos, cuando respiramos, cuando nos montamos en un coche, cuando hacemos la comida, cuando ponemos la calefacción, prácticamente no podemos hacer nada sin generar dióxido de carbono. Entonces, el dióxido de carbono se amontona en la atmósfera. Esto en principio no tiene por qué ser malo, porque así como nosotros, escupimos dióxido de carbono hacia afuera, las plantas absorben dióxido de carbono hacia dentro. Volvemos de nuevo al tema de los equilibrios. Mientras el dióxido de carbono que nosotros produzcamos y echamos hacia fuera sea del mismo orden de magnitud que el dióxido de carbono que las plantas recogen y tragan y chupan y asimilan, no hay ningún problema, esto es lo que nuestro planeta necesita, y todos los animales expulsamos este dióxido de carbono.

El problema es que el dióxido de carbono que producen los animales, excluido el hombre, está en equilibrio, es estable. Pero el dióxido de carbono que producimos nosotros, con esta explosión demográfica que tenemos, está en crecimiento enorme, y es un crecimiento que únicamente está en este momento limitado por la miseria en que viven los habitantes de la mayor parte de la Tierra, los habitantes del Tercer Mundo, que es el 80% del mundo. Es decir, gracias a que esa gente es tan

miserable, el efecto invernadero no es tan grave, porque esta gente, como es muy miserable hace muy pocas cosas y viaja muy poco en coche, y tiene muy poca calefacción, y consume muy poco, y tiene muy poco aire acondicionado, y por eso echa menos dióxido de carbono al aire del que echaría si no. Si esta gente tuviera un nivel de vida, solamente la mitad que el nuestro, entonces arrojaría tal cantidad de dióxido de carbono al aire que el efecto invernadero sería muchísimo más grave de lo que es ahora.

Los recursos fósiles que hay en la Tierra se están agotando lentamente gracias a que solamente los estamos consumiendo prácticamente los que vivimos en los países adelantados. Pero en el momento que la masa humana ingente y en explosión que hay en los países subdesarrollados se pusiera a tener un nivel de vida razonable, estos recursos se agotarían rapidísimamente. Hay muchas cosas que son constantes en la Tierra. Por ejemplo, el recurso más importante para la vida es el agua, y la cantidad de agua que hay en el planeta Tierra es fija, no se puede fabricar, no se puede aumentar. La mayor parte de las aguas que haya por ahí están siendo agotadas. Los desastres ecológicos son consecuencias directas o indirectas de la explosión demográfica. Nos podíamos extender aquí todo el tiempo que quisiéramos, pero supongo que son obvios.

En segundo lugar, hay un tipo de consecuencias indeseadas o desastrosas, que no son de tipo ecológico, sino que son de tipo ético o humanista, es decir, las consecuencias que se refieren a la felicidad. En un territorio determinado, y en unas circunstancias determinadas y con una tecnología determinada, hay una cantidad de gente que es la máxima que puede vivir, al mero nivel de supervivencia, es decir, en un estado de abierta y completa miseria.

Supongamos, por ejemplo, que en un determinado territorio pueden vivir hasta doscientos millones de personas en estado de extrema miseria, es decir, les podemos alimentar con los alimentos más baratos y justo al límite para que no se nos mueran de hambre, que estén pasando hambre constantemente pero sin morirse de hambre. Esto es el máximo de población de un territorio, no es el óptimo. El óptimo de población de un territorio es naturalmente aquella cantidad de población que maximiza el bienestar per cápita; es decir, en términos económicos, si quieren ustedes, que maximiza la renta per cápita de esa población. Naturalmente, si han estado ustedes en estas zonas congestionadas del Tercer Mundo donde prácticamente no se puede respirar, donde no hay ningún tipo de intimidad, donde uno siempre está rodeado por encima y por debajo y por todos los lados de masas de gente, habrán comprobado que se puede vivir ahí, que no por vivir así uno se muere; sin embargo no es el tipo de vida más agradable. El tipo de vida más agradable es estar todos mucho más espaciados, es decir, los que pueden, los más ricos, los que pueden elegir, eligen vivir en un chalet en medio de un gran parque, rodeado de grandes árboles, esto es lo que elegimos, esto es la buena vida, ésta es la vida que todos deseáramos. Por lo tanto, cuanto más vivamos en unas condiciones de apelo-tonamiento, aunque no nos muramos de hambre todavía, mayor es el nivel de malestar. Incluso desde un punto de vista psicológico, hay muchos experimentos con ratas, que según se van poniendo más y más ratas en la misma caja, las ratas se van volviendo más agresivas, aumenta mucho su stress y su agresividad. Siempre estamos mucho más relajados cuando tenemos espacio por delante.

Algunos piensan que es un ideal perseguible o que es una cosa atractiva el que en el planeta Tierra haya la mayor cantidad posible de seres humanos, o que en un país determinado o en un continente o en una zona determinada, haya la mayor cantidad posible de seres humanos. Y entonces, en vez de preguntarse cuántos tendríamos que ser aquí para vivir lo mejor posible, y para tener la mayor cantidad posible de parques nacionales, lo más grandes posibles, y dedicar si es posible el 80% del país a parques nacionales; al revés, se preguntan cuántos podríamos ser, destrozándolo todo y estando a punto de morirnos todos de hambre, pero que seamos muchos, tantos como sea posible.

Este es el tipo de ideal que parecen tener sobre todo ciertas ideologías políticas y religiosas, que básicamente conciben su nación o su credo religiosos o político, como una especie de animal metafísico que está en competencia con otros animales metafísicos, y entonces lo que piensan es que en definitiva la Tierra nos la repartimos entre todos, y que cuantos más seamos los nuestros, más importantes seremos, porque más porcentaje llevaremos de este animal.

Este tipo de pensamientos son pensamientos que no valoran como algo primordial la felicidad humana y el bienestar humano. Según estos pensamientos, en definitiva la felicidad humana es algo

secundario. El preocuparse por la felicidad humana sería una actitud egoísta, una actitud decadente, una cosa poco noble. Los animales humanos somos animales en cierto modo innobles cada uno de nosotros, cada uno de nosotros somos por así decir despreciables. Lo único que es noble son ciertos animales metafísicos como la patria, o el Islam o la cristiandad, o qué sé yo qué. Nosotros tendríamos que sacrificar nuestros meros y egoístas y despreciables intereses individuales en aras de los gloriosos y respetabilísimos intereses de estos animales metafísicos que serían las patrias, las religiones, las ideologías y cosas por el estilo.

Esa manera de pensar a mí me parece que es una manifestación de lo que en filosofía se llama la alienación, es decir, la ausencia de conciencia de los propios intereses. Si ustedes ven en el mundo dónde la gente vive bien, observan que es básicamente en los mismos sitios donde la gente ha controlado la población. Por ejemplo, piensen ustedes en Europa. Aquí se ha desactivado la bomba de población, la bomba de población en Europa ya no está explotando, afortunadamente. Gracias a ello los europeos cada año vivimos mejor que el año anterior, incluso desde un punto de vista agrícola. Como lentamente nuestra agricultura va mejorando y como somos los mismos, Europa se ha convertido de un importador de alimentos a un exportador de alimentos.

Mientras, en los países subdesarrollados ha pasado lo contrario. Países como México que eran exportadores de alimentos se han convertido en importadores de alimentos. Y el progreso económico de estos países no sirve para nada. Por ejemplo, si ustedes consideran un país como Egipto, Egipto es uno de los países del mundo que ha tenido un desarrollo económico más rápido y espectacular, pero la gente vive peor que hace veinte años, porque aunque ha crecido mucho la economía, la población ha crecido todavía más deprisa. En general esto está ocurriendo en toda África y en toda Latinoamérica. Supongo que luego mi colega hablará con más detalle de ellas, yo no voy a entrar en ellas, pero evidentemente si ustedes van a Alemania, o van a Suiza, y dicen: «caramba, que bien vive aquí la gente», resulta que son países donde la población ya hace bastante tiempo que se ha estabilizado por completo; bueno más bien va para abajo, lentamente. En Alemania la población tiene un crecimiento demográfico negativo, lo cual desde el punto de vista del bienestar individual es todavía mejor.

A la larga, una sociedad civilizada y racional, tiene que ser una sociedad sostenible. Estamos todavía lejos de eso. Una sociedad sostenible tiene que ser una sociedad cuya población ni crezca ni disminuya, sino que tenga una pirámide de población adecuada, en la cual se mantenga constantemente una población que corresponda al óptimo del que hemos hablado, que permita en definitiva el máximo nivel de vida para los componentes de esa población.

Permítame un aparte sobre la racionalidad. ¿Qué significa la racionalidad? ¿En qué consiste ser racionales? La racionalidad no es una facultad que se posee o no se posee. La racionalidad es un método. Es un método de actuar y de vivir que consiste básicamente en dos cosas: por un lado, en explicitar de un modo claro cuáles son las metas u objetivos que perseguimos; y por otro lado, en poner en obra los medios adecuados para la consecución de dichas metas u objetivos.

Entonces, si el objetivo que perseguimos, y a mí me parece que es el único objetivo colectivamente razonable que podemos perseguir, es que el bienestar promedio de los seres humanos se maximice, si éste es el objetivo, es decir, no que seamos la mayor cantidad posible de gente, no importa como vivamos, sino al revés, que vivamos lo mejor posible, no importa cuántos seamos; es decir, si en este planeta vamos a vivir mejor siendo 6.000 millones, pues seamos 6.000 millones, pero si vamos a vivir mejor siendo en todo el planeta 600 millones, seamos 600 millones; es decir, lleguemos a aquel nivel de población que nos permita un máximo de bienestar. Y un máximo de bienestar, por ejemplo, a lo mejor es un mundo donde cada uno de nosotros en vez de tener un apartamento pequeño, tiene una gran finca, pues a lo mejor sí, pero para eso teníamos que ser menos. El objetivo es reducir la población hasta que seamos menos. Hay que tener ideas claras acerca de cuáles son los medios necesarios para conseguir los objetivos perseguidos.

En los países desarrollados de una manera más o menos inconsciente, simplemente la gente ha ido pensando estas cosas de alguna manera en voz baja, y ha ido tomando de forma individual las medidas necesarias. Una familia de medios modestos se ha dado cuenta que con el mismo dinero con que

podría mantener a un nivel de subsistencia y con el cerebro estropeado por una mala alimentación y por una educación fatal, que no le permitiría ninguna perspectiva profesional, a cinco niños, por ejemplo, si los recursos que van a invertir en los cinco los invierte en uno o dos, ese uno o dos pueden estar mucho mejor alimentados, mucho más educados, etc. Esto es lo que la gente de una manera o de otra ha pensado en Europa, y ha pensado en Norteamérica, y es lo que les ha llevado al nivel de vida que tienen ahora.

En otros sitios, las circunstancias históricas han ayudado. Japón, por ejemplo, durante un tiempo, era una sociedad muy militarista. Los grandes patronos de la explosión demográfica siempre han sido los líderes religiosos y los líderes militares. Los líderes militares siempre han pensado que la potencia de un país depende del número de soldados que tenga en su ejército, y por lo tanto, cuanto más soldados tenga, mejor. Esto es curioso, esto no es nada nuevo. Y ya, por ejemplo, entre los antiguos aztecas en México se pensaba que los grandes héroes eran los soldados que se morían en combate y las mujeres que se morían pariendo, y había monumentos a los dos, y en la cosmología y en la teología azteca se pensaba que el Sol, durante su camino diurno en el firmamento, va acompañado de una especie de procesión de soldados muertos en combate y de mujeres muertas pariendo, porque eran los grandes, héroes del estado azteca. Y desde un punto de vista militar, ahora yo creo que las armas modernas han hecho obsoleta esta manera de pensar, pero antes sí, antes, cuando la gente luchaba con palos y con espadas, cuantos más brazos y palos tenía, más potente era un ejército.

Si nosotros sabemos cuál es el objetivo, lo que tenemos que hacer es perseguirlo. En Europa esto ahora no es un problema, porque la gente ya lo persigue por su cuenta. Esto es un problema muy grave en los países del Tercer Mundo, y básicamente en Latinoamérica, en África y en Asia del Sur. Entonces, los medios para conseguir el objetivo están claros. Son, por un lado, los diversos mecanismos que hay de control de la natalidad, por otro lado el aborto, y por otro lado, en fin, las políticas adecuadas para fomentar un crecimiento adecuado de la población.

Desde un punto de vista filosófico, sólo los individuos, sólo los animales individuales, sólo yo, o un gato concreto o un perro concreto, tenemos placeres y dolores. Sólo los animales concretos e individuales tenemos intereses. Entonces las entidades abstractas representadas por trozos de trapos y por los que la gente más o menos calenturienta o poco inteligente muere o está dispuesta a morir o a matar, estas entidades abstractas pura y simplemente no existen. Lo malo que tienen estas entidades abstractas es que son fantasmas, es decir, la patria o el Islam tienen exactamente el mismo status ontológico que el fantasma de Canterville. Si ustedes van al castillo de Canterville buscando el fantasma de Canterville, no lo verán, no lo tocarán, el fantasma de Canterville no come, el fantasma de Canterville no canta, el fantasma de Canterville no hace nada, el fantasma de Canterville tiene una existencia puramente imaginaria, en las cabezas de los que creen en él, lo cual no significa que si hay mucha gente que cree en el fantasma de Canterville, el fantasma de Canterville no pueda tener una gran influencia social, porque los que creen en él, por ejemplo, se pongan todos a gritar juntos por la noche y esto provoque qué sé yo qué. Todos estos otros fantasmas metafísicos, en la medida en que haya personas que creen en ellos, tendrán influencia, pero la influencia que tengan estos animales metafísicos será únicamente porque un reflejo de ellos estará en la mente de los animales reales. Cuando se dice que la patria sufre, o que el Islam necesita tal, y naturalmente la patria no sufre, ni deja de sufrir, ni tiene jaqueca, ni sabañones, ni nada, es decir, la patria más real, el sufrimiento como el goce son cosas que dependen de la excitación eléctrica de ciertas zonas del sistema nervioso, en especial de ciertas zonas del cerebro, y ninguna patria ni ninguna religión, ni ningún proletariado, ni ningún Islam ni ninguna historia abstracta de éstas tienen cerebro, ni tiene por lo tanto excitación eléctrica ni tiene placer o dolor. Aparte de nosotros los seres humanos, los únicos otros seres que tienen placer y dolor son los mamíferos superiores como los perros o los gatos, éstos sí que son reales entidades.

Es curioso que quienes más se han opuesto al control de la población y, por lo tanto, más responsables son de la inmensa miseria en que vive la mayor parte de los seres humanos en este momento, han sido los fanáticos políticos y religiosos. Por ejemplo, en China en la época de la revolución cultural, se desarrolló un fanatismo tremendo. Por ejemplo, a los niños que habían ido a las escuelas y habían sacado buenas notas, digamos más que notable, automáticamente por eso eran enviados a campos de concentración donde prácticamente se morían de hambre. En China hubo una especie de odio completo. Si alguien sabía hablar algún idioma extranjero, esto era motivo para los castigos más tremendos. Pues en China entonces, a Mao Tse Tung, en la época más fanática, se le ocurrió decir que esto de la explosión demográfica era una trampa de los ideólogos capitalistas, porque en el marxismo calenturiento que él propugnaba en aquel momento no existía este problema; que un niño más traía al mundo ya consigo dos manos más, y dos manos más bajo la gloriosa dirección del Partido Comunista, podrían producir alimentos para alimentar a no sé cuántos niños, por lo tanto este problema no existía.

Entonces China experimentó un progreso demográfico absolutamente desastroso y millones de personas empezaron a morir de hambre. Entonces, afortunadamente, se acabó este período y luego en China, a pesar de las muchas barbaridades que han hecho, la barbaridad que no han hecho es ignorar este problema demográfico, y China es ahora un país que desde hace quince años está encarando valientemente su problema demográfico.

Sin embargo en América Latina eso no ocurre. Es una cosa muy curiosa que si nosotros observamos, por ejemplo, el aborto, resulta que en los países de América Latina, por influencia de la iglesia católica, el aborto está prohibido. Son prácticamente, junto con España e Irlanda, los únicos países del mundo en que está prohibido. En Rumanía estaba prohibido en la época de Ceausescu, pero cuando Ceausescu cayó, prácticamente a la semana de caer, lo primero que se hizo fue liberalizar el aborto. Lo que ocurre es que la iglesia católica tiene una gran influencia. En Polonia, donde por reacción a la dictadura comunista, la iglesia católica ha adquirido un poder enorme, ahora los obispos polacos están presionando para que se cambien las leyes y se prohíba el aborto en Polonia.

Ceausescu prohibió en Rumanía el aborto, porque pensaba que si se permitía el aborto las mujeres iban a abortar, iban a tener menos hijos, y por lo tanto, el ejército rumano iba a tener menos soldados. Esta era pura y simplemente la razón, porque Ceausescu era ateo, no era por razones religiosas, obviamente. Ayer mismo salía en la prensa que en Madrid un musulmán, un egipcio, ha matado a su mujer porque quería abortar. Un fanático religioso de éstos piensa que venimos a este mundo, que es un valle de lágrimas, para sufrir. A los niños los manda Dios y la obligación es tenerlos. Lo mismo que el fanático político piensa que venimos para sufrir también, no por Dios, sino por la patria y que hay que sacrificarse por esto.

Yo creo que, me he extendido ya más allá del tiempo que tenía asignado. Lo único que he hecho, espero, es trazar una panorámica un poco vaga y rápida acerca de los problemas que plantea la explosión demográfica y espero que en el coloquio tengamos ocasión de precisar más las cuestiones. Gracias por su atención.

SITUACIÓN DE LA POBLACIÓN MUNDIAL: ORIENTACIONES Y POLÍTICAS

Tomás Jiménez Araya

Tomás Jiménez Araya

Nacionalidad: Española.

Profesión: Economista.

Estudios: Licenciado en Ciencias Políticas y Económicas (Universidad de Barcelona).

Cursos de postgrado en Historia y Economía (St. Antony's College, Universidad de Oxford).

Actividad profesional: Consultorio Del Fondo De Población De Las Naciones Unidas (FNUAP).

— Miembro de la Delegación del FNUAP en la Conferencia Internacional de Población (México, 1984).

— Miembro del Comité Científico Español de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Futuro Urbano (Barcelona, 1986).

Publicaciones: Artículos y contribuciones sobre población y desarrollo económico (Anales de Economía, Hacienda Pública, Investigación y Ciencia, Desarrollo, EL PAÍS).

UN MUNDO DE CINCO MIL MILLONES

L

os extensos y acelerados cambios demográficos de las últimas décadas que han conducido a la población mundial a superar la cifra de los cinco mil millones de

habitantes suscitan en general actitudes ambivalentes.

Contemplado a escala histórica, este hito demográfico es, en primer lugar, un éxito indudable de la especie humana. Es además un éxito contemporáneo y sobre todo de la segunda mitad del presente siglo. En efecto, a lo largo de casi toda la historia, la población mundial se ha mantenido prácticamente estable, entre los márgenes impuestos por un precario equilibrio de subsistencia, con alta mortalidad y alta natalidad.

No obstante, este mundo contemporáneo que ha logrado superar con éxito el hito de los cinco mil millones de habitantes es, como en tantas otras esferas, un mundo dividido en dos grandes campos demográficos. El propio logro de su crecimiento ha engendrado importantes incertidumbres para su futuro.

A grandes rasgos, el mundo presenta un marcado dualismo demográfico. Una cuarta parte de la población mundial, integrada por las regiones más desarrolladas (Europa, Norteamérica, la URSS, Japón, Australia y Nueva Zelanda) registra un crecimiento natural lento, próximo al 0,5%. Las tres cuartas partes restantes representadas por las regiones menos desarrolladas de Asia, África y América Latina, con altas tasas de fecundidad y mortalidad infantil, crecen a un ritmo medio cuatro veces superior, cerca del 2% anual. Los mayores crecimientos regionales se dan en África, un 3% anual y en Asia occidental con un 2,7%.

La humanidad ha tardado más de diecinueve siglos en alcanzar los primeros mil millones de habitantes. El hito de los dos mil millones tardó en cubrirse un tiempo mucho menor, poco más de un siglo, alcanzándose a mediados de la década de 1920. La mayor proporción de este crecimiento tuvo lugar en Europa y Norteamérica. Durante este período las tasas de mortalidad registraron un descenso gradual pero sostenido, gracias a la mejora de la nutrición (fuerte incremento de la oferta de alimentos por la revolución de las técnicas agrarias), la introducción de medidas de higiene y saneamiento urbano y la prevención de las enfermedades epidémicas (vacunación).

De forma paulatina, el aumento de la esperanza de vida al nacer, y los procesos interrelacionados de industrialización, urbanización y secularización dieron paso a tasas de fecundidad descendentes. Al final de esta fase, en los años treinta, la mayoría de los países europeos más industrializados habían cubierto ya su transición demográfica, con tasas de mortalidad y natalidad relativamente bajas y un crecimiento de población moderado. Un rasgo destacado de este proceso de transición fue la «desviación» de una parte importante de incremento natural de la población hacia la emigración exterior al continente americano y Australia.

Los hitos demográficos siguientes se han cubierto a un ritmo acelerado. A partir de la segunda posguerra mundial, el crecimiento de la población experimentó una abrupta aceleración, producto de cambios en las pautas demográficas de una profundidad y extensión sin precedentes (caída de la mortalidad, subida de la fecundidad). A mediados de los años setenta se alcanzaban los cuatro mil millones, doblándose de nuevo la población mundial en apenas cincuenta años. El siguiente hito de los cinco mil millones se ha superado en poco más de una década. Al ritmo actual, la población mundial aumenta a una tasa de mil millones de habitantes cada doce años. En el curso del siglo XX, el mundo habrá visto triplicar su población, de dos mil a seis mil millones de habitantes. Como gran novedad histórica, este fuerte crecimiento se ha producido fuera de los países más desarrollados y ha tenido lugar en el llamado Tercer Mundo, resultado de la extensión masiva de las medidas de prevención de la mortalidad.

Casi la mitad de la población mundial (2.300 millones de habitantes), formada por el conjunto de países industrializados más China, ha completado ya o está en curso de completar su transición demográfica, con bajas tasas de mortalidad y natalidad, próximas al equilibrio (algunos países europeos han entrado en una fase de crecimiento cero o negativo).

La otra mitad, constituida en su gran mayoría por países subdesarrollados de Asia, África y América Latina con tasas de mortalidad descendentes pero donde todavía se mantienen altas tasas de natalidad, está sufriendo presiones demográficas difíciles de sostener por hábitats ya de por sí precarios, viéndose atrapados en una espiral descendente de rápido crecimiento de la población, declive económico, deterioro ecológico e inestabilidad política y social, mutuamente reforzantes. Muchos de estos países, sobre todo en África y el Sureste asiático, se encuentran ya en su cuarta o quinta década de rápido crecimiento de la población, sin signos perceptibles de descenso en sus tasas de natalidad. En ausencia de desarrollo económico, y sin perspectivas de mejoras sustanciales de su nivel de vida, estos países ven alejarse el horizonte de la transición demográfica. En la actual situación internacional de recesión económica y rígidos controles migratorios, ni siquiera se presenta la posibilidad de recurrir a la emigración exterior para aliviar las presiones demográficas, como ocurrió en el caso de la transición europea.

Mientras tanto, en la otra mitad del mundo, especialmente en Europa, se empieza a hablar ya de una «segunda» transición demográfica. Toda una red de factores peculiares del modo de vida de las sociedades posindustriales, entre los que destacan la creciente participación de la mujer fuera del hogar y el acceso masivo a métodos anticonceptivos eficaces, han conducido a cambios radicales en la conducta reproductiva individual y en la formación y composición de la familia. Este proceso está caracterizado por un descenso general de la demanda de hijos (una preferencia por la calidad respecto a la cantidad), con una caída de la fecundidad hasta tasas inferiores al nivel de reemplazamiento de la población (2,1 hijos por mujer, y tasas de mortalidad y natalidad similares).

La pérdida de peso cuantitativo de la población europea respecto a otras regiones de crecimiento demográfico acelerado, se ha interpretado equívocamente como signo de «decadencia y/o amenaza» en un futuro próximo. Tal interpretación se basa en una concepción anacrónica de la riqueza social y de las relaciones internacionales y no se corresponde con una consideración fundamentada de la realidad presente y de las perspectivas predecibles.

En primer lugar, los cambios demográficos ocurridos en Europa (caída de la fecundidad, envejecimiento relativo de la población) son producto, por una parte, de una mayor libertad individual de opción respecto a la natalidad y, por otra, de un mayor control social de los factores de morbilidad y mortalidad que han dado lugar a una mejora generalizada de la calidad de vida. En segundo lugar, la verdadera riqueza de un país depende fundamentalmente de la calidad de sus recursos humanos y no del tamaño o de la estructura de edades de su población. Desde esta perspectiva, tales cambios están asociados al proceso de complejidad creciente de las sociedades democráticas avanzadas y no deben interpretarse como un signo de declive sino de maduración social. En este sentido, los cambios demográficos europeos deben abordarse sin alarmismos poniendo en práctica políticas integradoras y adaptativas a la nueva realidad.

Sin embargo, existe el riesgo de que las respuestas a los cambios demográficos y económicos tengan un signo autoritario. Si bien las políticas pronatalistas de tipo coercitivo parecen descartables, el riesgo autoritario vendría dado por una política reactiva, resistencialista, frente al supuesto peligro exterior originado por los desequilibrios demográficos con las regiones circundantes que se proyectarían sobre el espacio europeo a través de los flujos migratorios.

El riesgo de esta respuesta autoritaria empieza a tener signos poco tranquilizadores en los brotes de racismo y xenofobia que se han producido en algunos países europeos. Hasta ahora, la respuesta política en la mayoría de países ha sido ambivalente. Por un lado, condena moral, puramente declarativa y por otro endurecimiento de las medidas restrictivas, incluidas la expulsión directa, respecto a los extranjeros procedentes de fuera de la Comunidad Europea en situación irregular, y mayores controles inmigratorios. Es evidente, que la magnitud de la población afectada (más de 12 millones de trabajadores extracomunitarios, de los cuales unos 4 millones son ilegales) y las múltiples implicaciones sociales que comporta su situación, exigen mucho más que declaraciones o medidas reactivas simplemente coyunturales. Si se quiere de verdad evitar ese riesgo autoritario es preciso abordar el problema de su doble dimensión interna y externa y alcanzar soluciones duraderas a medio y largo plazo. Por una parte, son necesarias políticas concertadas a escala Comunitaria que pro-

muevan la plena integración ciudadana de la población de origen extranjero. Por otra parte, con carácter complementario, la Comunidad deberá desarrollar una amplia y generosa política de cooperación integral con los países circundantes, en especial los del Norte de África, con el fin de reducir los grandes desequilibrios económicos y sociales que están a raíz de los flujos migratorios, y establecer una regulación positiva de éstos en beneficio mutuo.

E

n ambas mitades de este dividido mundo demográfico, con rápido crecimiento en un caso y tendencia a la estabilidad en el otro, se están produciendo cambios profundos en los tamaños relativos de la población, en su distribución espacial y en la composición de su estructura de edades.

Bastaría comparar la situación a uno y otro lado de la rivera mediterránea para encontrar, a pesar de la proximidad geográfica, los máximos desequilibrios demográficos mundiales. En efecto, las poblaciones de Europa y África presentan las mayores disparidades existentes en las tasas de crecimiento, en la composición por edades, en la distribución rural y urbana, en las tasas de mortalidad infantil y de fecundidad, en definitiva, en la esperanza de vida al nacer. Mientras un europeo medio (ambos sexos) puede alcanzar los 74 años de vida, un Africano sólo llega a los 52 años. Si se mantienen las actuales tendencias, en el 2005, es decir, en apenas quince años, la población Africana (1.036 millones) doblará a la europea (521 millones).

Asimismo, las relaciones de dependencia intergeneracionales —jóvenes, adultos y ancianos— y entre población activa y no activa, urbana y rural, están experimentando transformaciones aceleradas, con fuertes presiones sobre el sistema educativo, los servicios sociales y el mercado de trabajo. Se estima que entre 1990 y 2000 la población activa (15-64 años) de los países industrializados crecerá unos 30 millones. En el mismo período, el crecimiento de la población activa de los países en desarrollo estará próximo a los 350 millones. Además, el mundo es ya un planeta urbano. Hacia el año 2000, la mitad de la población mundial vivirá en ciudades, en gran parte en metrópolis de gran tamaño. Sólo la consecución de un crecimiento económico sostenido en todo el mundo y una flexibilización de los controles migratorios y comerciales, difícil de vislumbrar en las condiciones actuales, podrían reducir los altos niveles de desempleo actuales y previsibles. Pero, a lo largo y ancho del mundo lo decisivo es que las grandes diferencias demográficas cuantitativas (número de habitantes) se ven eclipsadas por las crecientes desigualdades cualitativas (capital humano) en nivel educativo, estado de salud, capacidad tecnológica y disponibilidad de recursos de las respectivas poblaciones.

Más de mil millones de personas, una quinta parte de la humanidad, todavía no tienen acceso a agua potable, alojamiento digno, alimentación adecuada, enseñanza elemental y atención básica de salud. Durante la década de 1980, los ingresos medios han descendido casi un 10% en la mayor parte de América Latina y en más de un 20% en el África subsahariana, a la vez que se mantenían o aumentaban los índices de crecimiento demográfico, produciéndose así un auténtico retroceso en muchos países.

Más de diez millones de refugiados «medioambientales» han debido abandonar sus hábitats a causa de la degradación de las tierras de cultivo, por factores humanos y naturales asociados. En Asia, algunos de los países más poblados, que representan en conjunto más de la mitad de la población mundial, han registrado tasas de crecimiento económico sostenido y una cierta desaceleración del crecimiento demográfico, lo cual ha paliado algo su retraso relativo. No obstante, la pobreza absoluta mundial sigue teniendo su epicentro en Asia meridional. Cerca de la mitad del total de defunciones infantiles anuales, y del número de niños desnutridos y sin escolarizar corresponden a sólo tres países: Bangladesh, India y Pakistán. Pero la extensión de la penuria no se circunscribe sólo a los países pobres. Los propios países industrializados han visto aumentar la brecha entre los que tienen y los

que no tienen. Una década de crecimiento económico continuado no ha evitado, por ejemplo, la duplicación del número de familias sin hogar en el Reino Unido y en los Estados Unidos; ni el aumento, en este último país, del número de niños pobres en más de tres millones.

Hasta donde se pueden hacer proyecciones fundadas, de acuerdo con las pautas demográficas actuales, la población mundial seguirá creciendo y alcanzará sucesivos hitos de dos mil millones adicionales, en el curso al menos de una generación. Más allá nada es ineludible. No existe un mapa con el camino ya marcado. El mundo se encuentra en una encrucijada demográfica. El curso a seguir no depende del azar ni de un rígido determinismo. Una vía conduce, a través de una gradual desaceleración del crecimiento demográfico, a una corrección de los desequilibrios entre población y recursos y a una mayor capacidad para emprender estrategias de desarrollo sostenible, con una aproximación del horizonte de una población estable. La otra vía lleva por inercia, mediante el mantenimiento del proceso seguido en las últimas décadas, a crecientes desequilibrios económicos y a presiones demográficas y ambientales insostenibles, alejando cada vez más la perspectiva de una estabilización demográfica.

Baste pensar que si permaneciera el actual ritmo de crecimiento anual, la población mundial se doblaría en apenas 40 años, alcanzando la cifra de 10.000 millones en el 2030. En cualquier caso, el estado presente y futuro de la población mundial no depende ya de factores naturales sino de decisiones humanas.

El mundo está en condiciones, por primera vez en la historia, de dominar su destino demográfico de manera efectiva. Dispone de los conocimientos y de los medios para prevenir gran parte de la morbilidad y la mortalidad y para regular la fecundidad deseada, con el fin de asegurar la satisfacción de las necesidades y los derechos humanos básicos de todos, y un acceso equitativo y ecológicamente sensato a los recursos.

Según datos de la Encuesta Mundial de Fecundidad existe todavía una gran demanda no satisfecha de planificación familiar. Unos 300 millones de parejas del mundo en desarrollo no desean tener más hijos pero carecen de acceso a medios anticonceptivos eficaces para limitar el tamaño de su familia. Se estima que si tales parejas pudieran ejercer esa opción, la tasa de crecimiento demográfico de los países en desarrollo se reduciría en un 30%, con una disminución absoluta del incremento de población proyectada entre 1990 y 2025 de 1.300 millones de habitantes.

Asimismo, la reducción drástica de las altas tasas de mortalidad infantil (superiores al 150 por 1000) todavía prevalecientes en muchos países contribuiría también al descenso sostenido de la natalidad, al promover una mayor confianza de los padres en la supervivencia de sus hijos. Se trataría así de ofrecer a los individuos y las familias tanto la posibilidad de controlar la fecundidad no deseada como de prevenir la mortalidad de sus hijos con medidas de atención primaria de salud. En el año 1989 murieron 14 millones de niños menores de cinco años por causas derivadas de la desnutrición y las infecciones comunes de la infancia, fácilmente evitables mediante inmunización y otras medidas de atención básica maternoinfantil poco costosas. Ambas acciones combinadas en la reducción de la fecundidad y la mortalidad infantil tendrían un efecto sinérgico mucho mayor en la desaceleración del crecimiento demográfico.

Es evidente que la disminución del crecimiento de la población no resolvería por sí sola los enormes desequilibrios internacionales de todo tipo, pero reduciría considerablemente la magnitud de importantes obstáculos y ampliaría en gran medida el margen de maniobra para superarlos. Obviamente, la población mundial total engloba una gran constelación de situaciones nacionales, locales e individuales. La evolución de este conjunto heterogéneo depende de pautas demográficas que son resultado de circunstancias sociales y de comportamientos personales muy diversos. Ahora bien, en un mundo cada vez más interdependiente, los efectos de las distintas dinámicas de población y de las condiciones de acceso y utilización de los recursos repercuten de forma acumulativa a escala planetaria. Por tanto, la responsabilidad de hacer frente a las crecientes presiones demográficas y ambientales y de optar sobre el curso demográfico a seguir no puede estar compartimentada según sean las circunstancias nacionales, sino que debe ser el resultado de una acción concertada internacional entre los que tienen más capacidad de elegir y los que tienen menos.

Según las estimaciones de la División de Población de las Naciones Unidas, revisada recientemente al alza, la población mundial ha registrado un crecimiento anual medio de 87 millones en el período 1985-1990. Hacia final de siglo, la población total se incrementará en más de 1.000 millones adicionales, con un aumento anual medio de 90 millones durante el próximo decenio, hasta alcanzar los 6.251 millones de habitantes en el año 2000. La última revisión se debe sobre todo a una mejora de la información y no cambia sustancialmente las previsiones sobre el ritmo de crecimiento de la población mundial, pero indica una menor desaceleración de la esperada, en especial en los dos países más poblados, China y la India.

Las proyecciones de las Naciones Unidas prevén un descenso del ritmo de crecimiento de las regiones menos desarrolladas a partir del año 2000 hasta situarse al nivel de la tasa media mundial actual (1,7%), acompañado de una ligera disminución en las regiones más desarrolladas en torno al 0,4%. Aún contando con esta desaceleración, el impulso acumulativo permite vaticinar casi con toda seguridad que, entre 1990 y 2025, la población mundial se habrá ampliado en 3.000 millones, los cuales residirán en gran parte en las aglomeraciones urbanas del Tercer Mundo, agravando así las presiones sobre un hábitat cada vez más frágil.

El reverso de este dualismo geográfico mundial es una abismal desigualdad en el acceso y utilización de los recursos, que puede expresarse sintéticamente en la enorme disparidad existente en el consumo de energía primaria. Según datos de la Comisión de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (Informe Brundtland), la cuarta parte de la población mundial, integrada por los países más industrializados, consume las tres cuartas partes de la energía primaria disponible. El consumo de energía per cápita (medio en kilovatios/año) en los países industrializados es siete veces mayor que el correspondiente al del grupo de países en desarrollo que alberga a la inmensa mayoría de la población mundial.

A partir de esta situación, cualquier proyección que tenga en cuenta las interacciones dinámicas entre población, recursos y medio ambiente conduce a escenarios materialmente insostenibles, de no producirse cambios profundos en las pautas de desarrollo actuales. Cambios no sólo demográficos sino también del modo de producción y de consumo, en definitiva del modo de vida.

Las estrategias de desarrollo sostenible exigirán necesariamente una combinación de cambios tanto en las regiones desarrolladas como en desarrollo. De acuerdo con las estimaciones de la Comisión Brundtland, en las regiones desarrolladas será necesario introducir cambios tecnológicos para lograr métodos de producción menos intensivos en energía y menos contaminantes y una sustancial reducción del consumo per cápita de energía primaria próxima al 50%. En las regiones en desarrollo, la reducción del crecimiento demográfico deberá ir acompañada de un aumento del consumo energético per cápita de alrededor de un 30%, como resultado de la recuperación del crecimiento económico y la introducción de tecnologías más eficientes.

Nada de esto será factible sin un enorme esfuerzo de reasignación de las inversiones y sin la correspondiente voluntad política para afrontarlo.

Para ello, como requisito fundamental, será necesario introducir cambios de prioridad en la asignación de los recursos en favor de los grupos de población más vulnerables. Es decir, austeridad para los que tienen y más producción y más consumo para los que no tienen.

Dada la profundidad y amplitud de los desequilibrios demográficos y económicos mundiales, las estrategias de desarrollo sostenible deberán tener en cuenta la necesidad de una mayor movilidad internacional de todos los factores de producción. Estamos en una economía global, pero los mercados mundiales están lejos de ser perfectos. Frente a una casi absoluta movilidad financiera del

capital, las barreras proteccionistas distorsionan gravemente los flujos comerciales de mercancías, tecnologías y servicios, y los crecientes controles migratorios presentan grandes obstáculos que suponen la práctica inmovilidad de la fuerza de trabajo.

A finales de los años ochenta la participación de los países en desarrollo en el PIB mundial apenas alcanzaba al 17% mientras su población representaba el 75% de la población total del mundo. Estas grandes disparidades Norte-Sur se ven impulsadas por un proceso de doble sentido. Por una parte, se produce una brecha creciente en términos de ingresos per cápita. Por otra parte, la brecha entre el mundo industrializado y el mundo en desarrollo se está reduciendo en cuanto a los índices de mortalidad infantil y esperanza de vida. Así pues, la gran mayoría de la población del Tercer Mundo tiene una vida más prolongada y mejor educación pero carece de oportunidades para desarrollar plenamente su capacidad.

En un horizonte temporal próximo, durante la década de los años 1990, nacerá la generación más numerosa hasta ahora, cerca de 1.500 millones de personas que en su inmensa mayoría, más del 90%, pertenecerá a los países en desarrollo. Hacia el 2000 habrá en estos países 2.600 millones de menores de veinticinco años, más del 40% del total proyectado para la población mundial en esa fecha.

Si las nuevas generaciones del mundo en desarrollo no logran mejorar sus condiciones de vida a través de un mayor acceso de sus países a los mercados internacionales, en términos comerciales, tecnológicos y financieros más equitativos, se acentuará enormemente la compulsión a emigrar en busca de mejores oportunidades económicas. En la perspectiva de los años noventa, esta circunstancia plantea la necesidad de mejorar de forma sustancial la distribución global de oportunidades de desarrollo, mediante una acción concertada internacional. Entre las acciones prioritarias más evidentes pueden citarse una marcada reducción del proteccionismo y las subvenciones agrícolas de los países ricos, una solución compartida del problema de la deuda entre acreedores y deudores, y un incremento sustancial de la ayuda internacional orientada al desarrollo de los recursos humanos y la erradicación de la pobreza absoluta.

El Foro Internacional sobre Población y Desarrollo en el siglo XXI (Amsterdam 6-9 de noviembre de 1989), promovido por el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), ha sido un marco de referencia oportuno para evaluar el pasado reciente y trazar el curso de acción prioritario en este decenio y principios del próximo siglo.

Para ello será necesario una integración explícita de los objetivos demográficos en las estrategias de desarrollo sostenible. El punto focal de tales estrategias deberá ser la promoción de la condición social de la mujer, sobre todo en materia educativa y laboral, para ampliar su capacidad de elección personal. A este respecto se insta a los gobiernos a que garanticen a todas las parejas el derecho humano básico a decidir libre y responsablemente el número y el espaciamiento de sus hijos, así como el acceso a la información y a los medios adecuados para hacerlo.

Entre los objetivos prioritarios mínimos a alcanzar en el año 2000 figuran los siguientes:

- Reducir la tasa de mortalidad infantil a niveles inferiores a 50 por 1.000 nacidos vivos en todos los países y para todos los subgrupos de población. En la actualidad, un conjunto de países con una población total superior a los 2.000 millones de habitantes, aún registra niveles de alta y muy alta mortalidad infantil, entre 100 y 300 por mil.
- Reducir a la mitad la tasa de mortalidad materna por todas las causas, incluida el aborto ilegal, particularmente en los países donde el nivel actual es superior a 100 por 100.000 nacimientos. Se estima que medio millón de mujeres mueren al año por causas asociadas al embarazo y al parto, en general madres con demasiado número de hijos, demasiado seguidos. Una de cada 21 mujeres Áfricanas muere por causas relacionadas con la gestación de sus hijos. En Europa esta proporción es de una a 2.000.
- Incrementar la prevalencia del uso de métodos anticonceptivos en los países en desarrollo hasta alcanzar al menos al 50% de las mujeres en edad de procrear, habida cuenta de las demandas insatisfechas de planificación familiar. Esto supondrá ampliar el número de parejas usuarias de 326 millones en la actualidad a 535 millones en el año 2000.

- La consecución de los tres objetivos anteriores facilitaría considerablemente la reducción de la fecundidad total en los países menos desarrollados hasta niveles compatibles con las proyecciones de población de las Naciones Unidas según la variante media.
- Elevar la esperanza de vida media al nacer a 62 años o más para hombres y mujeres en los países con altos niveles de mortalidad.

N

o es fácil traducir estos objetivos en términos de costes. Los programas integrales de población abarcan una serie de actividades interrelacionadas de carácter sanitario, educativo, socioeconómico, así como la utilización de servicios conexos de información, comunicación y evaluación. Se estima que el total de gastos nacionales e internacionales destinados a actividades de población en los países en desarrollo es en la actualidad de unos 4.500 millones de dólares al año. El cumplimiento de los objetivos mínimos establecidos requerirá doblar esta cifra hasta alcanzar los 9.000 millones de dólares anuales para el año 2000. Es un incremento importante pero realista. Para dar una referencia comparativa, esta cifra es equivalente al gasto militar mundial diario, o para ser más precisos representa un 5% del gasto anual en armamento de los países pobres del mundo.

En términos más próximos a Europa, esta suma representa la quinta parte de los subsidios agrícolas anuales de la Política Agrícola Común de la Comunidad cifrada en unos 20.000 millones de dólares, que se ha convertido ya en uno de los indicadores convencionales de despilfarro económico.

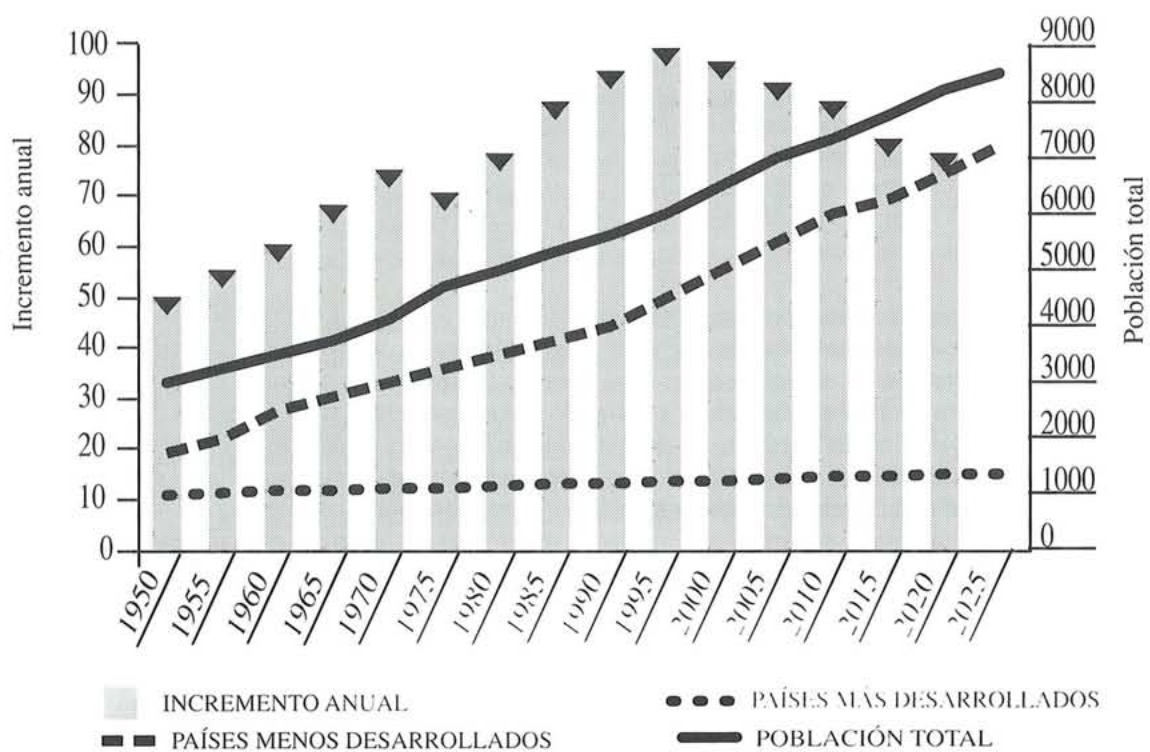
Si se consolida el clima de distensión internacional —una vez desaparecida la incógnita de la crisis del Golfo Pérsico— los dividendos de la paz y de la austeridad podrían prestar así una ayuda inestimable mediante la transferencia de recursos desde actividades esencialmente improductivas hacia programas de población vitales para la solución de algunos de los problemas más graves del presente y para la salvaguardia del futuro.

El reto principal para los próximos años tanto para Europa como en el resto del mundo será la búsqueda de una creciente adaptación y ajuste entre estructura demográfica y estructura económica con el horizonte de una población estabilizada y un desarrollo económicamente sostenible. Para ello será preciso diseñar y poner en práctica nuevas políticas sociales preventivas centradas en la calidad de los recursos humanos (educación, salud, vivienda, medio ambiente), con el fin de avanzar hacia una economía de pleno empleo y una democracia participativa que garantice la igualdad de oportunidades y el ejercicio de los derechos humanos, políticos y sociales en todo el mundo.

Todo hace prever que este avance nos conducirá muy probablemente hacia sociedades pluriétnicas y pluriculturales, como anticipan ya de forma conflictiva los escenarios urbanos de las grandes metrópolis.

Tanto mejor si logramos asumir que este proceso inevitable es además positivo y deseable.

GRÁFICO 1. Población mundial, 1950-2.025. (Millones de personas)



Fuente: Estimaciones y proyecciones (variante media) de la División de Población de las Naciones Unidas, 1988.

LA MUJER, CLAVE DEL COMPORTAMIENTO DEMOGRÁFICO

Aurora García Ballesteros

Aurora García Ballesteros

Catedrática de Geografía Humana de la Universidad Complutense de Madrid, en la que se doctoró en Historia con un trabajo sobre Geografía urbana de Guadalajara. En sus investigaciones se ha dedicado preferentemente a temas relacionados con la ciudad, en especial, a sus problemas demográficos y sociales.

Entre sus libros y artículos cabe citar «Crecimiento y problemas de la Población Mundial», «Actividad y paro en España», «Estructuras demográficas», «El espacio subjetivo de Segovia»... Dentro del campo de Geografía Social, ha sido una de las primeras personas que se ha preocupado en España por el espacio de la mujer, siendo coordinadora del coloquio sobre el uso del espacio en la vida cotidiana.

INTRODUCCIÓN

E

s un hecho incuestionable que el número de nacimientos es un factor determinante del crecimiento y de la distribución por edades de una población, y que el número

de nacimientos viene dado por la estructura y el volumen de la población femenina combinados con el comportamiento respecto a la fecundidad de las mujeres en edad de procrear.

Por lo tanto, creo que es absolutamente clave estudiar ese comportamiento y los factores que lo determinan y además, y dado que los efectos de ese comportamiento sobre la natalidad van a repercutir de forma esencial en la vida en general de la población, y que la propia natalidad va a repercutir de una manera especial en la vida de las mujeres, analizar cómo las posibles medidas demográficas repercuten en la misma y se adecúan de la mejor forma posible a sus deseos y a sus necesidades.

Por eso voy a exponer primero unas ideas generales sobre el actual descenso de la fecundidad para ver después posibles medidas a tomar, si es que hay que tomarlas, pero sobre todo medidas a tomar desde el punto de vista de la mujer.

EL DESCENSO DE LA FECUNDIDAD EN ESPAÑA

E

n efecto, en el Estado español hemos asistido a una muy brusca caída de la fecundidad con diferencias territoriales importantes, siendo notorio el declive sobre

todo a partir de 1977-1978; pensemos que en 1975 el índice sintético de fecundidad tenía un valor de 2,8, en 1985 un valor de 1,6 y hoy las últimas estimaciones lo situán en valores inferiores a 1,4: es decir, que en este plazo se ha producido un descenso de un 41% en el índice sintético de fecundidad, algo más de un hijo por mujer. Hay que señalar ya una cosa: los estudios más fiables indican que más de la mitad de este descenso se ha producido sobre la base de que no han nacido hijos no deseados, lo cual me parece positivo. Y, además, en España en 1981 se bajó del mítico (después explicaré por qué digo mítico) nivel de reemplazo, ya que 1981 por primera vez el índice sintético de fecundidad tuvo un valor inferior a 2,1.

Por otra parte, aún no parece que se hayan estabilizado por completo los valores del índice sintético; es lógico dado el menor volumen de las cohortes demográficas que están en edad de procrear, pero lo que sí está claro es que ya hay una desaceleración en la caída de ese índice sintético. Este proceso ha hecho que pasemos de ser uno de los países de mayor nivel de fecundidad de Europa, a ser uno de los de menor fecundidad. Si yo no tengo mal los datos, en estos momentos sólo tienen índices sintéticos más bajos que el español Dinamarca, Italia, Luxemburgo y Alemania. Y, por supuesto, con contrastes territoriales, los dos extremos serían Euskadi con un índice 1,13, y Andalucía-Murcia-Extremadura con valores en torno a 2.

La fecundidad ha caído, pues, de una manera generalizada pero sobre todo, en las edades más fecundas, y ha caído especialmente a nivel del tercer hijo; es decir, primero y segundo hijo (después me referiré de nuevo a ello), más o menos se mantienen, donde se produce ya el declive claro es en rango del tercer hijo. Creo que ésto es lógico, porque demuestra que por fin nuestras pautas de fecundidad se están adaptando a nuestras pautas de mortalidad, que se ha vuelto a reequilibrar los dos componentes básicos de toda dinámica demográfica.

Estos son los hechos que provocan en mi opinión, algunas reflexiones que son las que podrían dar pie a un posterior coloquio.

EL DESCENSO DE LA FECUNDIDAD ¿MOTIVO DE PREOCUPACIÓN?

En primer lugar, ante esta situación, han surgido preocupaciones más o menos fundamentadas sociodemográficamente, e incluso se proponen intervenciones.

Ayer se decía aquí con toda justeza que estamos preocupándonos por un problema cuya importancia en el contexto internacional es mínima. Es verdad, la preocupación demográfica mundial no es la baja fecundidad es la contraria, la alta fecundidad. Pero, en fin, aquí y ahora la baja fecundidad da lugar a esta preocupación. Y a unos temores, algunos de los cuales yo no comparto: caminamos a una sociedad envejecida. En efecto el envejecimiento es consecuencia de la reducción de la fecundidad, pero también se produce ya, por la cima de la pirámide, como consecuencia del retroceso de la mortalidad, puesto que hemos superado el umbral de la esperanza media de vida de 70-72 años. Envejecimiento al que parece temerse y que en mi opinión lo único que hará será configurar un nuevo tipo de sociedad.

Envejecimiento que se trate de poner en relación con el futuro del sistema de pensiones e incluso de la propia Seguridad Social. Tema de gestión económica que no se debería mezclar con el descenso de la fecundidad, pues en un próximo futuro no van a descender significativamente las cohortes activas y además, pero por qué no pensar en el avance tecnológico, en el consiguiente incremento de productividad y en aumentar (y hablo de España) la tasa de actividad que es de las más bajas de Europa. Es decir, por qué no pensar en una mayor incorporación de la mujer al mundo laboral. Si de lo que se trata es de aumentar el número de personas que cotizan, se podría también estudiar un nuevo modelo para aumentar el número de personas que cotizan, que no tiene por qué ser el tradicional. Y en el que también pueden tener cabida, los inmigrantes, pues España ha pasado de ser país de emigración a receptor de inmigrantes del Tercer Mundo.

Otro temor se refiere al umbral de reemplazo generacional. Hemos bajado de 2,1, estamos en 1,4 o menos. Ya no hay reemplazo de las generaciones, se está agotando la capacidad de agotamiento demográfico, nos vamos a extinguir. Por ahí he leído en un artículo, en una revista, que China camina al autogenocidio y nosotros, si seguimos por este camino, también. Opiniones que merecen ser comentadas, ya que cabe la pregunta de si hoy es necesario contener el umbral de reemplazo, sobre todo si hay una nueva estrategia para mantener constante la aportación al mercado de trabajo. En efecto, el umbral del 2,1 es demográficamente claro, perfecto. Es un umbral pensado en términos numéricos, en términos cuantitativos: mantener el mismo volumen de población. Pero es que a lo mejor hoy tenemos que pensar, en otro umbral que evidentemente va a conducir a menor número de población, pero con una distinta valoración cualitativa. El tema pienso que merece reflexión, pues en el fondo del centro de la discusión es si es necesario que continúe incrementándose la población de la Tierra o no. E incluso, si todo el actual nivel tecnológico, no sería mejor en pensar en una redistribución de la actual población más acorde con los recursos vía migraciones internacionales, e incluso en una cifra inferior de habitantes con superior calidad de vida para todos los pueblos.

Lo que es evidente es que la crisis de la fecundidad ha agravado evoluciones demográficas que ya estaban en marcha. Y va a modificar, está ya modificando, los tradicionales equilibrios en el seno de nuestra sociedad entre las diferentes clases de edad. Esto sí que es una realidad incuestionable. Por lo tanto, no será más bien que tenemos que pensar en un nuevo modelo social, que no tiene por qué tener estas connotaciones negativas que estamos leyendo en la prensa: conservadurismo, ausencia de innovación; problemas económicos, etc. En mi opinión, el menor número de habitantes no es un parámetro importante; es más, a nivel mundial es un parámetro deseable, sino que lo que es importante es buscar un nuevo equilibrio entre los componentes de esa población.

La baja fecundidad yo creo que hoy está planteando un dilema, una elección..., y un dilema económico en gran medida. Hay que elegir entre un coste diferido en términos de envejecimiento, decrecimiento de la población, y por lo tanto nuevo modelo económico de pensiones, de costes económicos de inversión sanitaria, de todo lo que queramos, o un coste económico a realizar hoy, que suponga, por ejemplo, socializar en cierta medida la reproducción humana mediante la toma de determinadas decisiones a las que luego me referiré, y que en síntesis, permitan a las mujeres conciliar

sus dos deseos como aparece en la mayoría de las encuestas que se han realizado sobre este tema en España y fuera de ella: conciliar trabajo con maternidad. Esas medidas son medidas caras posiblemente, pero medidas que si se considera preciso, hay que tomar hoy.

CAUSAS DEL DESCENSO DE LA FECUNDIDAD

P

ara tomar las medidas, convendría preguntarnos por las causas de la caída de la fecundidad; y es obvio que, de nuevo ahí el tema clave es la mujer. La mujer afectada

por causas económicas. Pero también por un cambio radical en sus pautas de comportamiento socioculturales, un cambio radical en incluso su sistema de valores. Para mí hay una fecha clave en España, 1979 el año en que se despenaliza la venta y difusión de los contraceptivos; año en el que se empiezan a crear los centros de planificación familiar, aunque todavía en 1986, según datos del Instituto de la Mujer, sólo había 331. Por eso digo que es un año clave, porque todos estos hechos lo que están conduciendo es a que cada vez más caminemos a tener el número de hijos que deseamos, tanto dentro del matrimonio como en otras formas de convivencia.

Si vemos las actitudes y opiniones de los españoles ante la natalidad, de acuerdo con la encuesta que se realizó en España en el año 85, me parece que aparece bastante claro una serie de cosas. En primer lugar, no hay -como a veces se ha dicho, desde ciertas posturas confesionales-, en la sociedad española egoísmo, hedonismo, rechazo del hijo, todo lo contrario. La existencia de hijos es valorada muy positivamente para la estabilidad de la pareja, y prácticamente las dos terceras partes de los encuestados contestan que si no tiene hijos, es por imposibilidad -ahora veremos por qué tipos de imposibilidad-, sólo una cuarta parte de los encuestados afirma que no desea tener hijos, con contrastes también territoriales.

El número de hijos que desea tener es de 2,5, 2,54 para ser exactos, con una cuestión importante para el futuro: las cohortes más jóvenes son las que colocan el umbral del número de hijos más bajo, dando una media para las cohortes de 16 a 24 años de 2,27. Por lo tanto, estas cohortes más jóvenes creían que las parejas estaban teniendo más hijos de los deseados; entonces parece lógico pensar que cuanto más posibilidades tengan de utilizar más seguros y fiables procedimientos de control de la natalidad, más van a adecuar sus deseos a la realidad, y por lo tanto la baja de la fecundidad no va a tocar todavía fondo.

En cuanto a los motivos que allí se destacaban para tener más hijos de los previstos, precisamente estaba la falta de dominio en las técnicas anticonceptivas. Y por el contrario, entre los motivos más importantes para reducir los hijos deseados, aparecían las dificultades económicas, e incluso en algún caso las dificultades de tipo fisiológico. El primer hijo es muy deseado y no tenemos nada más que estar viendo constantemente en los periódicos los esfuerzos de todo tipo, incluso desde algunos puntos de vista de manipulación genética hasta discutibles, que se hace para vencer la esterilidad y tener el primer hijo. Por supuesto todo esto, de nuevo insisto, con contrastes territoriales y sociales. Las cifras ideales de número de hijos, por ejemplo, suben entre las personas de menor cultura, en los autopoisonados políticamente en la derecha, en los que frecuentan prácticas religiosas, en las clases alta y medio-alta, y en las regiones más natalistas: Andalucía, Canarias y Murcia, por ejemplo.

En cuanto a la actual natalidad en España, son curiosos los resultados de esta encuesta. Aproximadamente la mitad de los encuestados opina que el número de nacimientos es bajo, pero todavía aparece una tercera parte que considera que este número es elevado, y en lo que hay más unanimidad, más de dos tercios de la población considera que va a continuar descendiendo la fecundidad y que ese descenso es algo positivo.

Y algo positivo que se vincula a la situación económica, lo cual me parece que es francamente interesante. No es cuestión de entrar en profundidad en este tema, y además me imagino que se

referirá a ello Montserrat Solsona esta tarde, pero sí comentaré la relación entre fecundidad y paro pues es evidente que el comportamiento procreador se ha visto de algún modo afectado en España por las altas cifras de paro, y el descenso de la fecundidad precisamente está permitiendo aliviar por la base de la pirámide la presión sobre el mercado del trabajo. Por eso pensar en, como he leído en un periódico, aumentar el número medio de hijos en Euskadi hasta cinco o seis por familia, sin tener en cuenta ni el volumen de las cohortes demográficas, ni la situación del mercado laboral, me parece una postura muy respetable confesionalmente, pero que creo que no ha examinado con detalle las consecuencias de lo que propone, porque si no difícilmente lo podría sostener.

Como posibles causas también del descenso de la natalidad en España, además de las dificultades económicas, se señalaba en esa encuesta el uso de anticonceptivos, la creciente actividad profesional de la mujer y su mayor independencia. Tal vez también por eso algunas de las medidas que se propugnan tienden a apartar a la mujer de la actividad profesional. Y, finalmente, se señalaba la insuficiencia de las ayudas económicas a la familia, mientras que por el contrario la legalización del aborto y las facilidades para el divorcio se consideraban como causas menos decisivas en la limitación del número de nacimientos.

Planteadas de esta manera las cosas, no hay rechazo desde luego del niño en la sociedad española; la disminución de la fecundidad se produce básicamente a partir del tercer y por supuesto cuarto hijo, que ya son incompatibles con la actividad profesional femenina, a no ser que se produzca una espaciación muy clara entre el segundo y el tercero y el cuarto. Fenómeno que recientemente se empieza a producir en algunas zonas de España, y que creo que puede ser interesante de valorar en un futuro.

¿ES CONVENIENTE ACTUAR SOBRE EL DESCENSO DE LA FECUNDIDAD?



Ante todo esto, posibles alternativas, esas alternativas pienso que deberían de partir de la reflexión en primer lugar sobre la conveniencia o no de que aumente el nivel

de fecundidad, y si consideramos que es conveniente, ¿a qué plazo?, es decir, primero creo que habría que estar seguros de que es conveniente volvernos a situar en el 2,1, y me parece que esto ya es en sí muy discutible. Y si la respuesta es afirmativa, viene una segunda cuestión, ¿con qué medida? ¿cómo debe intervenir el Estado? ¿Es necesario que intervenga el Estado o no? Las opiniones sobre si el Estado debe favorecer el descenso de la natalidad en España, en la encuesta del año 85, estaban muy divididas entre la afirmación, la negación y la abstención. El porcentaje más elevado, era un 33%, creía que el Estado debería de hacer lo posible para evitar el descenso de la natalidad, e interesantemente esa opinión, donde aparecía con más fuerza, era en los estratos más jóvenes de la población, 16 a 24 años. Estratos que ante todo y sobre todo reclamaban medidas de tipo económico, medidas entre las que se incluía evitar el paro de los jóvenes.

Realmente la preocupación por el tema del descenso de la fecundidad, la intervención o no del Estado y el tipo de medidas a tomar, no es algo nuevo. Es verdad que ahora como estamos inmersos en este tema, nos parece que es nuevo y crucial. Hace cuatro años se celebró en Madrid un simposium internacional sobre tendencias demográficas y planificación económica. En la sesión de clausura de ese Congreso intervino, en primer lugar, Carlota Bustelo, Directora en aquel entonces, del Instituto de la Mujer, que afirmó, leo literal: «no es bueno que la tasa de fecundidad siga descendiendo, porque nos preocupa el futuro de nuestra población». Ahora bien, dejó muy claro que desde el Instituto de la Mujer se descartan todas las políticas sociales que vayan en la dirección de aumentar las prestaciones familiares por cada hijo, pues se pensaba que era una manera de despilfarrar recursos, aunque admitía que podría ser necesario en caso de familias muy necesitadas una política de este tipo, pero siempre de manera excepcional. La señora Bustelo pensaba que en España sería mucho más factible,

por barato y eficaz, desarrollar servicios sociales que permitieran a la mujer trabajar (causa de limitación de nacimientos) y tener hijos, deseo casi generalizado.

En esa misma sesión, el Secretario de Estado de Economía y Planificación declaraba: «la actitud que recomendaría un político es la de sana preocupación, la de ocuparse de los problemas, no despreocuparse, no alarmarse, porque los problemas demográficos de España no alcanzan la dimensión como para aconsejar lo que ustedes llaman políticas demográficas». Es verdad que el propio Secretario de Estado de Economía y Planificación, en su intervención en una sesión de la Conferencia de Ministros Europeos encargados de asuntos familiares que se celebró en Bruselas en mayo de 1987, afirmaba que parece que a medio plazo España deberá sumarse a los países europeos que realizan políticas de sostenimiento de la natalidad, aunque éstas no deben consistir en obstaculizar la difusión del control de nacimientos o en primar la inactividad económica de las mujeres.

El tema está así planteado en España. Y es más, encuestas hechas por encargo de Organismos Oficiales en Madrid hace unos años, han puesto de relieve que entre las mujeres actualmente activas no llega ni al 10% las que manifiestan su propósito de abandonar la actividad laboral en el futuro, y que aquellas mujeres que han sido activas, pero han dejado de trabajar, hubieran preferido seguir trabajando, a pesar de haber tenido hijos, y que si tuvieron que dejar de trabajar fue por falta de guarderías, por las malas condiciones de trabajo y de sueldo que las ofrecían, por falta de formación no en el momento de entrada al trabajo, pero sí en el momento de volver a intentar la reincorporación al mismo, por falta de colaboración de toda la familia en las tareas domésticas, por la oposición del marido (un 18%) y en fin por la opinión general contraria a que las mujeres trabajen (14%).

La encuesta está hecha en Madrid, y las cifras me parece que son interesantes, pues detectan algunas actitudes de la sociedad española ante las mujeres, que deben de cambiar.

La vuelta de la mujer casada al trabajo, al alcanzar el menor de los hijos la edad escolar, cosa que ha sucedido en otros muchos países europeos, no está tan generalizada ni es tan fácil. La mujer se siente en gran medida impotente, por los motivos mencionados, para desarrollar una actividad económica paralela a la masculina, y por si ello no bastara, posee una aguda conciencia de discriminación en el mercado del trabajo y siempre tiene que estar demostrando que es mejor, y no solamente eso, sino que incluso incorporada al mercado de trabajo siempre sigue siendo ejército tradicional de reserva en el mundo laboral, y siempre gravita sobre ella una mayor facilidad para ser despedida.

Pero os decía hace un momento, y ya con esto vamos a ir sacando algunas conclusiones y terminando, que esta preocupación por aumentar la fecundidad no es sólo de hoy ni nueva. Yo he traído un ejemplo, un texto de Federico Burgdörfer, Director General de Estadística en Munich cuando gobernaba en Alemania Adolf Hitler. Este señor en un libro que publica por esas fechas, en torno a los años de la Segunda Guerra Mundial, que se llama exactamente así: «Disminución de la natalidad: la enfermedad de Europa y su curación en Alemania». Dice cosas como éstas: «el interregno entre el Imperio y el Nacionalismo significaba en Alemania no ya una simple crisis del Estado o de la economía, sino una crisis esencialmente vital de orden biológico, el pueblo alemán había perdido el deseo de vivir y de reproducirse, no sólo era un pueblo sin espacio, era además un pueblo sin energía vital voluntaria». Pero llega el Nacionalsocialismo y toma una serie de medidas. Y habla este señor de cómo nacen, entre los años 33 y 40, tres millones de niños más de los esperados, y los llama el autor «hijos del patriotismo». Creo que es una denominación francamente muy interesante.

Cuando se están planteando estos temas, Burgdörfer habla ya de cuál debe de ser la cifra de natalidad necesaria, qué efectivos de población hay que conservar, y de la cifra global de habitantes o el volumen de aquellos grupos que representan capacidad de trabajo, fuerza militar, potencialidad de reproducción; plantea como el objetivo de la política demográfica tiene que ser el mantenimiento de la nación en fase de constante crecimiento, habla de que el nacionalsocialismo sabe que ese deseo de fecundidad es para nosotros el fruto más hermoso, que el aumento de la natalidad como una vez dijo el Fürher, es la mejor bendición que podemos recibir como resultado de nuestra transformación interna y externa; por lo tanto, el cambio observado en el desarrollo de la natalidad se debe menos al efecto de medidas determinadas que al efecto indirecto de la transformación total experimentada

en Alemania, el pueblo ha reconocido que la cuestión de la natalidad es cuestión de interés vital, y a este convencimiento hay que atribuir la mayor parte de la renovación de la vitalidad del pueblo y su deseo y voluntad de ser fecundo.

Y proponen medidas prácticas: préstamos a la nupcialidad; ayuda a los hijos; sobresueldo por familias numerosas a los empleados y funcionarios de la administración pública; tarifas de contribución sobre la renta, sobre utilidades y sobre herencias según la posición de la familia y el número de hijos; medidas de política demográfica en beneficio de la población rural; graduación de las matrículas escolares según el número de hijos; plazas gratuitas y becas para hijos de familias numerosas y sanas; padrinazgos de honor por ejemplo, en Berlín y Stuttgart se hicieron padrinazgos de honor para las familias que tuvieran tres o cuatro hijos; etc. Es decir, medidas para ayudar al sostenimiento de la familia, en una palabra. Podría haber traído otros textos, el discurso de Mussolini a las madres del Lacio, a las que las acusaba de falta de patriotismo por tener las cunas vacías; o textos españoles de los años 40-50 en el mismo sentido. La preocupación, por lo tanto, no es nueva.

Pero, y con ello voy a terminar, a mí lo que me sorprende en esa preocupación es que se habla muy pocas veces de la mujer. Y si hay intervención para estimular la fecundidad, debería de ser con acciones en materia, sí, de política familiar en un sentido amplio, porque hoy afortunadamente yo creo que hay un cambio básico en nuestra sociedad, y es que la mujer ha tomado conciencia de su propia condición. Y ha empezado a rechazar el destino de esposa y madre que se le ha impuesto a lo largo de la historia como algo derivado de forma natural de su propia biología. Creo que la mujer ha tomado conciencia de que cada vez es más capaz de elegir su propio destino y de jugar un papel fundamental en las grandes decisiones de nuestra época, y en especial, en las que se refieren a las conductas demográficas.

Para mí no deja de ser, cuando menos paradójico, que hasta el presente la mitad de la humanidad ha soportado las decisiones que sobre la natalidad ha tomado la otra mitad, pues, parece que las recomendaciones de carácter natalista se toman de espaldas a la mujer e incluso en contra de sus intereses, como si tuviese que tener un papel pasivo.

Las cosas ya no son así, afortunadamente. Entonces, pienso que en el momento actual sería necesario, en primer lugar, valorar la fecundidad a tenor de nuevos parámetros: nuevos parámetros de mortalidad, nuevos parámetros tecnológicos, aumento de productividad, nuevos parámetros de población activa, incorporación de la mujer a esa población activa, etc.; en segundo lugar, valoración de las bajas tasas de fecundidad en el contexto internacional, el problema mundial es la alta fecundidad no la baja; en tercer lugar, tomar medidas si se quiere, y si se considera necesario, pero no relegando de nuevo a la mujer, con propuestas como el salario al ama de casa. Incluso, se pueden tomar medidas que a lo mejor no tienen eficacia demográfica, pero que son capaces de conciliar la actividad profesional y las responsabilidades familiares. En una palabra, hay que socializar.

El papel del ama de casa entre la población inactiva me parece que obvia que en el trabajo doméstico se están realizando tareas especializadas: limpiadora, enfermera, cocinera, planchadora, pedagoga, y no sé cuántas tareas más; es decir, se está supliendo a una masa laboral posiblemente superior al número de amas de casa que hay en el momento actual. Luego mantener la ideología del ama de casa creo que no es algo solamente ideológico, sino es también algo de tipo económico. Todas estas cosas pienso que pueden salir en el coloquio, pero sobre todo valoremos cada vez más la calidad que la cantidad; valoremos cada vez los hijos, pero sólo los deseados; asumamos el tema toda la sociedad, no lo carguemos todo sobre la mujer; tengamos en cuenta la opinión de las mujeres en las decisiones que tanto les afectan, y yo creo que sólo por esta vía se pueden abrir nuevas perspectivas demográficas. Eskerrik asko. Muchas gracias.

EL CASO DE SUECIA: CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO EN UNA DEMOCRACIA AVANZADA

Eva M. Bernhardt

Eva M. Bernhardt

Licenciada en Demografía por la Universidad de Pennsylvania, USA. N. en 1940, sueca. Profesora e investigadora en el Departamento de Demografía de la Universidad de Estocolmo desde 1983.

Ha trabajado durante muchos años sobre el tema «Las fases de la vida de las mujeres» en relación con la vía adoptada por las mujeres suecas para combinar actividad económica y maternidad (maternidad física y crianza de los hijos).

En 1990 dirigió un proyecto de investigación sobre el proceso de declive de la dramática mortalidad infantil en Estocolmo a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Ponente en el Congreso de Acción Positiva celebrado por EMAKUNDE / Instituto Vasco de la Mujer, en junio de 1990 (Vitoria).

S

uecia es un país del norte de Europa de escasa densidad de población con poco más de 8 millones de habitantes. Ya que frecuentemente ha sido considerada como precursora de tendencias demográficas, puede ser interesante observar sus desarrollos recientes para ver si pueden detectarse aspectos del crecimiento demográfico que pudieran ser seguidos en alguna otra parte de Europa.

Hasta este momento, en Suecia, el crecimiento de la población ha sido siempre positivo. En otras palabras, al contrario que en otros países europeos, en Suecia aún no ha habido ningún año con disminución real de la población, aunque se ha estado cerca en 1982 y 1983 cuando el crecimiento natural y la migración neta apenas sobrepasaban el cero. La fecundidad fue muy baja en los años treinta, luego aumentó durante los cuarenta y se mantuvo bastante estable a un nivel moderado en los cincuenta y principios de los sesenta. Después de alcanzar su punto máximo en 1964-1965, la fecundidad descendió rápidamente a fines de los sesenta y durante los setenta, de manera similar a la mayoría de los demás países de Europa Occidental. Sin embargo, la tendencia decreciente se invirtió a finales de los setenta, produciéndose un continuo aumento desde 1983. Estos crecimientos y descensos se deben en parte a cambios en el modelo de la edad de fecundidad. Como los demógrafos saben bien, las relaciones de tiempo son más drásticas en sus fluctuaciones que si se calculan las medidas demográficas en relación a una cohorte. En Suecia ninguna cohorte de este siglo ha tenido suficientes nacimientos para reproducirse a sí misma, aunque las mujeres nacidas a comienzos de los años treinta se acercaron mucho a ello. Por lo tanto, el crecimiento continuo de la población sueca se debe principalmente a la inmigración y a la mortalidad descendente. El efecto de la inmigración ha sido rejuvenecer la población ya que la mayoría de los inmigrantes son jóvenes. En 1988 el aumento neto de la misma, desde comienzos de los cincuenta, se ha estimado en más de un 8 por ciento de la población.

Las previsiones más recientes pronostican para Suecia un aumento continuado de la población hasta el año 2025, aunque en proporción más lenta después del cambio de siglo. Estas previsiones están basadas en la presunción de que la fecundidad se mantiene a un nivel relativamente elevado (1,9 hijos por mujer) y que la migración neta disminuye algo, pero se mantiene positiva (es decir, hay un excedente continuado de inmigrantes sobre los emigrantes). Lo que significaría una población de 9 millones de habitantes en el año 2025.

En el momento presente, los índices de natalidad en casi todas las sociedades occidentales son insuficientes para asegurar una plena reproducción de la población. Los demógrafos entienden por reproducción plena o fecundidad de reposición, el nacimiento de un número suficiente de hijos que asegure numéricamente el reemplazo generacional. Casi todos los comentaristas pronostican la continuación de una fecundidad de reposición negativa, lo que quiere decir menos de dos hijos por mujer. En una situación general de fecundidad de reposición negativa en las sociedades occidentales, Suecia ha conseguido mantener un nivel relativamente alto, a pesar de todos los factores que hablarían de lo contrario -tales como una frecuencia alta de convivencia extramatrimonial y niveles muy altos de participación de las mujeres en la actividad laboral-. De hecho, como se ha mencionado, el índice de natalidad sueca ha aumentado de manera bastante drástica desde comienzos de los ochenta, en contraposición a las tendencias de otros países europeos. En estos últimos, excepto en España, hay señales de recuperación de las bajas tasas de natalidad de los setenta y comienzos de los ochenta. Sin embargo, en ninguno de ellos, los incrementos han sido tan importantes como en Suecia. En 1988 y 1989 la tasa de fecundidad total en Suecia era de 2,0 hijos por mujer, comparada con la de 1,6 para los doce países de la Comunidad Económica Europea. El valor previsto para la tasa de fecundidad total en Suecia en 1990 es de 2,1 hijos por mujer, por tanto, todavía no hay signos de cambio en la tendencia ascendente.

Las tendencias en la tasa de fecundidad total para Suecia, España y los doce países de la CEE son conocidas. La de los doce países de la CEE disminuye escalonadamente desde 1965 en adelante, alcanzando un nivel muy bajo de 1,55 en 1987, y aumentando suavemente hasta 1,6 en 1988. España se desvía un poco del modelo general europeo al comenzar su descenso diez años después y continuar hasta 1988, sin ningún punto de cambio a la vista. La cifra estimada para 1988 era 1,38, la segunda

más baja entre los 12 países comunitarios (Italia tuvo una tasa incluso más baja, sólo 1,34). Para Suecia la tasa de fecundidad total nunca bajó de 1,6, y como acabo de mencionar, ha continuado su aumento hasta el día presente. Es apresurado decir si Suecia es precursora o simplemente un caso desviado del contexto europeo de fecundidad, pero nunca antes en la historia ha sucedido que este país tuviera la tasa de fecundidad más alta de Europa Occidental, exceptuando Irlanda e Islandia.

Centrándonos ahora en las condiciones del mercado de trabajo, Suecia tiene uno de los índices más altos de empleo femenino en el mundo industrializado. En 1988 trabajaban fuera de casa el 82% de las mujeres, mientras que los hombres lo hacían en un 86%. Así pues, las mujeres constituían casi la mitad de la mano de obra, considerando el número de personas económicamente activas. A comienzos de los ochenta, casi la mitad de las mujeres empleadas trabajaban a tiempo parcial (lo que significa menos de 35 horas a la semana), mientras que esto sólo se daba en el 7% de los hombres. Al contrario que las mujeres, los hombres con hijos menores de 7 años estaban menos dispuestos a trabajar a tiempo parcial que los hombres en general. Las mujeres también manifiestan distintas razones que los hombres para trabajar a tiempo parcial: entre las del grupo de edad de 25-44 años, el 85% dijeron que estaban ocupadas cuidando de su propio hogar o que no querían un trabajo de jornada completa, mientras que esto se aplicaba tan sólo al 30% de los hombres trabajadores a tiempo parcial del mismo grupo de edad. Por otra parte, 40% de los hombres dijeron que trabajaban a tiempo parcial a causa de sus estudios o porque no podían encontrar un trabajo de jornada completa. Esto solamente se verificaba para un 12% de las mujeres. Recientemente, el trabajo a tiempo parcial se ha convertido poco a poco en algo menos común (Sundström 1990), pero la combinación más frecuente para parejas con hijos es todavía la de que el marido trabaje a tiempo completo y la mujer a tiempo parcial. Solamente el 12% de mujeres casadas o que viven con su pareja eran exclusivamente amas de casa.

Desde 1979 todos los padres con hijos preescolares tienen el derecho legal a trabajar a tiempo parcial. Con anterioridad, esto sólo se aplicaba al sector público de la economía. En el sector privado era decisión personal del empresario garantizar una reducción de las horas de trabajo. No obstante, la existencia de un derecho legal no es garantía de su práctica de manera igual y general. Un estudio sueco sobre las mujeres que volvían al trabajo después del parto mostró que a menudo encontraban dificultades considerables para hacer uso de los derechos y beneficios que tenían de acuerdo con la ley.

Existe una gran línea divisoria en el mercado de trabajo sueco entre aquellos que tienen un trabajo permanente o temporal. Se dictó una nueva ley en 1974 que estipulaba, que como regla general, la gente debería ser contratada permanentemente y no podría derogarse salvo por «razones pertinentes», como la de escasez de trabajo. Esto significa que la gente con trabajo permanente tiene plena seguridad de empleo. Los trabajos temporales pueden durar sólo hasta seis meses, salvo que se sustituya a alguien con permiso para ausentarse del trabajo -por ejemplo con permiso de maternidad-, en cuyo caso el empleo dura hasta que el trabajador permanente regrese. Por supuesto, las mujeres tienen plena seguridad laboral en relación con el parto, en el sentido de que ni el embarazo ni el parto son razones válidas de despido (se prohibió el despido por matrimonio o embarazo desde 1939). Tampoco los beneficios del permiso de maternidad dependen de que el trabajo sea temporal o fijo. Sin embargo, muchas mujeres que se mueven de un trabajo temporal a otro tratarán probablemente de posponer el parto al momento en que tengan un trabajo permanente al que puedan volver tras el permiso de maternidad.

La política familiar sueca tiene tres componentes esenciales: primero existe una ayuda económica amplia a familias con hijos, cuyo elemento más importante es el subsidio infantil. Segundo, hay un sistema extenso de atención a los hijos fuertemente subvencionado. Tercero, también existe un elaborado sistema de beneficios para los padres, incluyendo el derecho al permiso para ausentarse del trabajo. Ciertamente los beneficios por maternidad se dan de alguna forma en todos los países europeos, pero son más sólidos en Suecia que en la mayoría de los otros países. El permiso por maternidad remunerado ha existido desde 1955 cuando duraba tres meses. Se aumentó a 6 meses en 1963. Se realizaron otras mejoras en la última mitad de los setenta. Recientemente se ha aumentado a 15 meses. El derecho al permiso remunerado por maternidad solía restringirse a mujeres con al menos 9 meses de trabajo retribuido anterior al parto. Desde 1974, todas las mujeres independientemente de su empleo previo, son titulares de un nivel mínimo de beneficios por maternidad. Sin embargo, las mujeres empleadas reciben el 90% de su salario anterior durante la mayor parte del período de permiso. Existen, por tanto, fuertes incentivos económicos para estar empleada con anterioridad al parto y para tener el siguiente hijo dentro de los 2 años y medio después del anterior, en cuyo caso la mujer mantiene el mismo nivel de beneficios por maternidad incluso si no trabaja entre los nacimientos. Desde 1979, los padres también tienen derecho a obtener un permiso para ausentarse del trabajo hasta 18 meses después del parto. Este derecho se aplicaba en el sector público incluso antes. En el sector privado, el empresario individual podía por supuesto ser «generoso» y ampliar el permiso para ausentarse, si estaba interesado en que una trabajadora específica volviese al trabajo, por ejemplo si tenía concretas habilidades que interesaban a la empresa. La mayoría de las mujeres, sin embargo, trabajan en puestos donde son fácilmente sustituibles.

Estrictamente hablando, el permiso de maternidad en Suecia debería ser llamado permiso de los padres. Desde 1974 el permiso puede ser compartido entre el padre y la madre. Ambos tienen el derecho a permanecer en casa y cuidar de un hijo enfermo durante cierto número de días al año. Tal permiso es retribuido como el seguro de enfermedad, es decir, en relación con los ingresos. Además, cada residente en Suecia tiene derecho a cuidados médicos, incluyendo la interrupción del embarazo y el asesoramiento sobre anticonceptivos, una pensión de vejez básica y ayudas a la familia, independientemente de cualquier actividad remunerada. Los beneficios de la Seguridad Social, tales como el esquema de seguro de enfermedad y el subsidio de desempleo, dependen naturalmente de si el individuo tiene (o tuvo) un trabajo. Existe también una pensión similar de ingresos adicionales, cuya cuantía depende del número de puntos de la pensión que se hayan acumulado durante los años de actividad económica. La gente que trabaja a tiempo parcial (la mayoría son mujeres) se enfrentan al riesgo de obtener pensiones más bajas. Otro riesgo del trabajo a tiempo parcial es que, a menos que se trabaje un mínimo de 17 horas a la semana, no se tendrá derecho a beneficios por desempleo o a subsidio en el caso de suspensión de empleo.

De manera similar a otros países occidentales, Suecia tiene un mercado de trabajo dividido, es decir las mujeres se encuentran generalmente en ocupaciones distintas a las de los hombres. Las típicas ocupaciones femeninas son las de oficinistas, mecanógrafas, taquígrafas, enfermeras y otras labores sanitarias, profesoras y otros trabajos de cuidado de hijos, asistentes sociales, empleadas de hogar e interinas, dependientas y, en el campo de la manufactura, costureras y trabajadoras del sector textil. La división ocupacional parece por tanto persistir, a pesar de la política oficial que promueve la igualdad de los sexos.

Finalmente, unas pocas palabras sobre el cuidado de los hijos, que es por supuesto un factor crucial de la alta participación femenina en la actividad laboral en Suecia. Se ha primado la expansión del cuidado público de los hijos desde finales de los sesenta. En 1987, casi el 70% de los hijos con edad entre 1-6 años tenían un día de cuidado público de diferentes formas. Los centros de atención diaria están abiertos todo el día y proporcionan cuidado y educación de alta calidad para hijos de 9 meses a 6 años, cuyos padres están trabajando o estudiando. Existe también una atención diaria familiar proporcionada por cuidadores empleados por los municipios que acogen a hijos de hasta doce años en su propia casa y que normalmente tienen sus propios hijos pequeños. Hijos de 4-6 años, que no

tienen sitio en un centro de atención diaria, pueden pasar 3 horas al día en un centro preescolar de tiempo parcial que proporciona actividades educacionales gratis. Para hijos escolares de hasta 11 años existen casas para después del colegio, que proporcionan el cuidado fuera de las horas escolares y durante las fiestas del colegio para hijos con padres trabajadores o estudiantes. Naturalmente, también existe un cuidado de los hijos de carácter privado, es decir, cuidan de los hijos sus parientes, educadores privados o centros privados o cooperativas de cuidado diario.

Tras esta breve presentación de las condiciones en Suecia, pasaré a una exposición más general sobre la emancipación de las mujeres y el cuidado de los hijos. Cuando las mujeres, hacia final del siglo pasado, lucharon por el derecho al voto y otros derechos civiles y económicos, los índices de fecundidad eran generalmente tan altos que el posible efecto de inhibición de la fecundidad debido a la emancipación de las mujeres era escasamente utilizado como un contrargumento. Entonces, a menudo, se consideraba el descenso de la fecundidad como equivalente a progreso social. En los sesenta, la preocupación por impedir una explosión demográfica en los países del Tercer Mundo se convirtió en algo destacado. Se sugirió entonces elevar el estatus de las mujeres, por ejemplo dándoles educación y haciéndoles interesarse en otras cosas que en tener hijos, como uno de los medios para frenar el crecimiento de la población en los países en vías de desarrollo. El argumento correspondiente fue también utilizado en relación con los países más desarrollados. Hacia la última década, los países más industrializados han sido testigos de un descenso de su fecundidad hasta niveles de reposición negativos junto con un aumento sustancial en la participación laboral de las mujeres. La preocupación por el posible efecto negativo de una emancipación extralimitada de las mujeres occidentales en el índice de natalidad ha empezado entonces a emerger.

Un famoso demógrafo americano afirmó una vez que «nuestro pasado éxito en la reposición de la población, a través de toda la historia de la humanidad, ha estado condicionado al trato discriminatorio a las mujeres». Si semejante trato discriminatorio cesa o es reducido bruscamente, el resultado inevitable sería entonces una fecundidad de reposición negativa. Así, es un punto de vista común, particularmente entre los demógrafos varones, el que no hay modo alguno en que se pueda conseguir tanto la igualdad de sexos como una fecundidad suficiente. Me gustaría desafiar esa opinión.

En todas partes, casi toda la reproducción de la sociedad ocurre en el marco familiar. Aunque el significado de la «familia» varía en las diferentes sociedades, el cuidado de los hijos por individuos solteros, fuera de cualquier tipo de unidad familiar, continúa siendo un fenómeno marginal. Esto es cierto incluso en un país como Suecia, donde casi la mitad de todos los hijos hoy en día nacen fuera del matrimonio. La mayoría de estos hijos «ilegítimos» nacen de padres que viven juntos en una relación extramatrimonial (aunque una proporción importante de ellos se casarán poco después del nacimiento del hijo). De hecho, el cuidado de los hijos por mujeres que viven solas ha disminuido en Suecia en las últimas décadas.

Por tanto, es natural empezar una exposición acerca de una fecundidad de reposición negativa con el examen de una familia contemporánea. A pesar del descenso general en los índices de matrimonio, es probable que la propensión a vivir en relaciones de pareja haya permanecido bastante estable, por lo menos en el contexto europeo. En los países con los más bajos índices de matrimonio —esto se da sobre todo en Suecia y Dinamarca— el matrimonio ha sido en gran medida sustituido por relaciones extramatrimoniales. Ello no significa que los porcentajes de población que vive sin mantener una relación de pareja no sean importantes. La tabla 2, aportando cifras de los censos suecos de 1975, 1980 y 1985, muestra que —incluso entre hombres y mujeres de 30 años— de un 25 a un 30% viven sin mantener una relación de pareja y los porcentajes han aumentado algo con el tiempo. De todas

formas, si se considera el índice relativamente alto de divorcios (los índices de disolución de relaciones extramatrimoniales son incluso mayores), se observa que los porcentajes de población de edad superior a los 30 años que vive en relación de pareja (matrimonial y extramatrimonialmente) se han mantenido bastante estables. Los porcentajes son aún mayores para los que, viviendo juntos, no están casados en el momento de la toma de datos.

Un porcentaje en aumento de todas las relaciones de pareja que son uniones extramatrimoniales puede tener efectos sustanciales en el índice de fecundidad general, si la cohabitación no es equivalente al matrimonio en términos de su función reproductora. Los datos suecos muestran que la fecundidad en cohabitación es claramente menor que en el seno del matrimonio. Pero ello puede deberse en parte a un fenómeno selectivo. Es decir, las mujeres/parejas con menores intenciones de fecundidad tienden a elegir la cohabitación extramatrimonial más que el matrimonio formal, o, en el contexto actual sueco, se sienten menos motivadas a legalizar su cohabitación informal mediante el matrimonio.

Aunque en un país como Suecia, el matrimonio ya no se considera como marco absolutamente necesario para la llegada de un hijo, esto no significa que exista una completa disociación entre la fecundidad y el estado civil. Los resultados del Informe sobre la Fecundidad en Suecia de 1981 muestran que el 40% de las mujeres que tuvieron su primer hijo en cohabitación, se casaron como posterior suceso demográfico, es decir, antes de que tuvieran un segundo hijo o de que se separasen. Además, se ha puesto de manifiesto que el embarazo sigue conectado al matrimonio, ya que las mujeres que viven con su pareja y quedan embarazadas tienen una probabilidad cuatro veces mayor de casarse que las que no lo hacen. Esto significa que en muchos casos un embarazo o un nacimiento aún desencadena un cambio del estado civil. De todas formas, la formación de una relación de pareja ya no puede ser interpretada automáticamente como signo de una intención de tener hijos. La mayoría de los hombres y mujeres jóvenes que empiezan a vivir juntos, aún no han tomado ninguna decisión sobre tener hijos. La cohabitación es un modo de vida en que la conexión automática con la natalidad se ha roto. Comenzar una relación de pareja -que más tarde puede o no convertirse en matrimonio- y tener un hijo son dos decisiones separadas en la sociedad sueca contemporánea.

Como en otros países occidentales, la familia sueca ha dejado de ser hace tiempo una unidad de producción, para convertirse, en cambio, en una unidad de consumo. Pero esto no significa que la producción doméstica haya cesado totalmente. Incluso con los mecanismos de ahorro de trabajo y con muchos productos comerciales que eran generados anteriormente en casa, una gran parte del trabajo físico y mental se realiza todavía hoy en el seno de las unidades domésticas. La mayor parte de este trabajo doméstico (no remunerado) todavía se realiza por las mujeres. Además de estas ocupaciones domésticas tradicionales, las mujeres están cada vez más comprometidas con trabajos remunerados fuera de casa. Por lo que el sistema familiar basado en el modelo tradicional trabajador/ama de casa ha desaparecido más o menos y ha sido sustituido por una familia de dos perceptores de ingresos.

¿Han cambiado los roles sexuales en la familia como resultado de la incorporación creciente de las mujeres en el mercado de trabajo? Parece existir la idea imperante entre los sociólogos de la familia de que los roles sexuales igualitarios y el comportamiento del rol sexual son incompatibles con las familias numerosas, quizá incluso con las familias pequeñas. Así, las parejas igualitarias tenderían a permanecer sin hijos o a tener familias mínimamente numerosas. Sin embargo, desde mi punto de vista, no existe una conexión automática entre los roles del sexo igualitarios y la abstención o la restricción severa en la natalidad. La relación también podría ir en otra dirección.

En Suecia ha habido un creciente interés en estudiar el papel y el comportamiento de maridos y

padres en el contexto familiar. Un investigador (Sandquist 1987), comentando los resultados de un número de estudios llevados a cabo en Suecia, dice que «la conclusión de tales estudios normalmente destaca las desigualdades entre mujeres y hombres... pero el énfasis en las desigualdades que continúan puede oscurecer los importantes cambios que han tenido lugar». Por ejemplo, un reciente estudio sobre el uso del tiempo en Suecia mostró que «las tareas del cuidado de los hijos son compartidas generalmente de manera bastante igual entre los padres, mientras que la mayoría de las tareas del hogar son fuertemente típicas de un sexo». El uso por los hombres de los permisos laborales en Suecia muestra una utilización amplia de los «días por ser papá» -10 días en el momento del parto; esta oportunidad es utilizada por el 85% de los padres- como también del permiso de los padres para el cuidado de sus hijos por un corto espacio de tiempo -en gran medida para posibilitar a uno de los padres estar en casa cuando el hijo está enfermo-, en que los hombres lo solicitan un 45% de las veces, es decir, se comparte casi de manera igual con las madres. Esto puede interpretarse como que se están extendiendo en todas las empresas de Suecia la idea de que las responsabilidades de un padre hacia su hijo tienen preferencia respecto a sus responsabilidades laborales. Es notable que sean aquellos aspectos del esquema del permiso de los padres que implican una repartición de los roles, en lugar de una inversión en los roles, los que se hayan convertido en los más comunes. Los hombres utilizan sólo el 5% de los días en los primeros nueve meses de la vida del hijo, ya que en esta etapa se requeriría una inversión de los roles más definitiva, es decir, el padre es el que se tendría que quedar en casa en lugar de que sea la madre la primera que cuide del recién nacido.

¿Existe alguna razón para creer que la repartición o la inversión de roles en la familia afectará las tasas de fecundidad? Es una pregunta difícil de contestar ya que la influencia podría ir en ambas direcciones: hasta el punto de que, las mujeres podrían verse más inclinadas, por ejemplo, a tener 3 hijos en vez de 2, debido a que un reparto del rol facilita la combinación del trabajo con la maternidad. Por otro lado, se ha argumentado que la incorporación creciente de los hombres en las labores de la casa y en el cuidado de los hijos podría hacer disminuir su interés en tener (más) hijos. Desgraciadamente existen muy pocas evidencias a nivel individual acerca de este tema tan controvertido. Pese a ello, y puesto que los hombres suecos están probablemente más involucrados tanto en las tareas de casa como en el cuidado de los hijos más que los hombres de otros países, el alto índice de natalidad en Suecia sugiere que existe una relación positiva.

En las sociedades modernas industrializadas se dan generalmente una relación negativa entre la fecundidad y el trabajo de las mujeres, pero la dirección causal está lejos de ser clara. Sin duda, la fecundidad ejerce una influencia negativa en la participación en la actividad laboral, en el sentido de que un recién nacido tiene un efecto inhibitorio drástico e inmediato en la participación en la actividad laboral de la mujer que acaba de ser madre. No obstante, este efecto tiende a ser temporal y disminuye a medida que el niño se hace mayor. Por otro lado, la influencia del empleo en la fecundidad es un tema mucho más discutido. Tradicionalmente, la imposibilidad, o la casi imposibilidad, de hacer compatibles trabajo remunerado fuera de casa con el parto y la educación de los hijos es asumida de manera que conduce a muchas mujeres con «ambiciones de una carrera» a restringir su fecundidad. Pero podría parecer que la incompatibilidad de un empleo con la maternidad ha llegado a debilitarse a través del aumento del trabajo a tiempo parcial y de la disponibilidad creciente de centros institucionalizados de cuidado de los hijos. Desde un punto de vista feminista, puede señalarse que la incompatibilidad del trabajo con la maternidad es principalmente una consecuencia de las estructuras de género existentes en la sociedad y de las relaciones de poder consiguientes dentro del matrimonio. Por ello, los países con las estructuras de género modificadas parecerían tener una mejor oportunidad de alcanzar una natalidad cercana al nivel de reposición.

Las demandas ocupacionales y las expectativas se basan aún en la presunción de que el trabajador es un individuo relativamente libre de responsabilidades domésticas o familiares. Como las mujeres/madres no pueden cumplir esa expectativa, tienen que realizar ajustes en su situación personal. Por ejemplo, trabajando a tiempo parcial y/o limitando el tamaño de la familia, si quieren hacer compatibles los dos roles. Ya que las condiciones de la vida laboral han sido determinadas según el modelo del trabajador varón, es decir, un hombre individual que no tiene obligaciones familiares

(aparte de la financiera de mantener a su familia), las mujeres sólo pueden entrar en el mundo de la producción económica de los hombres en los mismos términos. Si ellas «se convierten en hombres» también en ese sentido querrán desahogarse de los deberes del hogar y del cuidado de los hijos. De otra forma, simplemente, no pueden competir. Obviamente, no existe en el mercado de trabajo moderno nada que incentive al matrimonio o a la reproducción. Por ello, probablemente no es una coincidencia el que, con la curiosa excepción de Finlandia, todos los países con una alta participación femenina en la actividad laboral tengan también una alta proporción de mujeres empleadas a tiempo parcial.

Un sociólogo americano que estudió el cambio de situación de los padres trabajadores en Suecia en el período de 1968-81 encontró que el medio cultural sueco proporciona soportes emocionales y estructurales para aquellos que combinan el trabajo con la paternidad/maternidad, y que este soporte, en particular su parte estructural, ha aumentado con el tiempo. Esto explicaría por qué se observa una disminución en los porcentajes de madres trabajadoras que presentan síntomas de agotamiento psicológico. No obstante, las madres continúan experimentando niveles más altos de fatiga, agotamiento y tensión psicológica que los padres. En un debate reciente sobre las políticas en pro de la natalidad en Europa Occidental, se señaló que la introducción en Suecia del derecho a un permiso extendido al postparto, que en principio también puede utilizarse por los padres, parecía ser uno de los pocos éxitos en los esfuerzos por reducir el conflicto entre la paternidad/maternidad y el trabajo. Por tanto, puede señalarse que Suecia ha elaborado la única política realmente efectiva en el mercado de trabajo para los padres.

Alcanzar la igualdad de sexos ha sido a menudo equiparado a que las mujeres se comporten como los hombres, especialmente en el sentido de ser más activas económicamente. Los roles sexuales igualitarios pueden incluir un poco más de fregado y cuidado de los hijos por parte de los maridos, pero la parte más revolucionaria de la transformación ha sido la creciente participación en la actividad laboral de las mujeres que son esposas y madres. Incluso, si la llamada integración de las mujeres en la economía ha sido parcial e incompleta, ello es probablemente el «sine qua non» para la superación de la previa situación de inferioridad de las mujeres en la sociedad. La grieta sexual se ha cerrado al haber adoptado las mujeres ciertos aspectos del «comportamiento masculino». Sin embargo, en conjunto, el rol masculino en su forma presente es un modelo imposible para los seres humanos en general, ya que no incluye ni el parto ni la educación de los hijos (excepto de una forma muy subsidiaria). No puede generalizarse, ya que a largo plazo ello significaría la extinción de la población. Por tanto, si la «eliminación de la discriminación por razón de sexo» significa tratar a las mujeres como a los hombres, es una estrategia autodestructiva desde el punto de vista de la reproducción de la población. El problema al que nos enfrentamos hoy en los países occidentales es que las mujeres han entrado en el mundo de los hombres, pero no ha sucedido a la inversa en una escala lo suficientemente amplia.

Cuando los economistas discuten los costes y beneficios de los hijos, el tiempo utilizado en criarlos es considerado normalmente como un coste, ya que representa el abandono de otras oportunidades, pero puede también ser visto como un beneficio puesto que es el vehículo a través del cual se obtienen muchas satisfacciones. En otras palabras, una gran parte del placer que proporciona el tener hijos radica en el tiempo que se pasa con ellos. Esto parece ser verdad tanto para los hombres como para las mujeres. Sin embargo, debido al modo en que hoy la paternidad/maternidad está socialmente organizada, muchos hombres pasan relativamente poco tiempo con sus hijos. Esto quizá ocurre menos en Suecia que en otros países occidentales, pero la extensión del trabajo a tiempo parcial particularmente entre las mujeres con hijos preescolares, siendo menor entre los hombres con hijos pequeños, indica claramente que, incluso en Suecia, las mujeres son los padres primarios.

En resumen, Suecia ha tenido la ventaja de un movimiento de emancipación continuo, aprobado por el gobierno. Esto ha dado como resultado la combinación de una relativa igualdad de géneros con un índice de natalidad cercano al nivel de reposición. Queda por ver si las circunstancias presentes serán suficientes o no para elevar permanentemente el nivel de fecundidad hasta una reproducción plena. No hay duda de que la gente decide la mejor manera en que puede alcanzar una calidad de vida óptima bajo las circunstancias imperantes. Me gustaría indicar que los hijos contribuyen a esa calidad de vida y que el frecuentemente mencionado conflicto entre los intereses individuales y los de grupo es aparente. Lo que deberíamos preguntarnos es cómo podemos cambiar las «circunstancias imperantes». ¿Cuáles son estas circunstancias imperantes que impiden a los individuos alcanzar una calidad de vida en la que se incluye a los hijos como una parte importante?

Un aspecto absolutamente crucial es la necesidad de crear unas mejores condiciones de trabajo orientadas hacia la familia. El rol del trabajo femenino es vulnerable a las demandas familiares. Por el contrario, generalmente para los maridos la frontera de trabajo-familia es permeable: las demandas del trabajo afectan al tiempo de la familia. Para alcanzar una plena igualdad de géneros, ambos roles deben ser simétricamente permeables a las demandas del trabajo y de la familia. Me gustaría señalar que esto sería beneficioso también desde el punto de vista de los índices de natalidad crecientes, ya que significaría un paso hacia una paternidad/maternidad más igualitaria, lejos de la situación presente con una maternidad primaria y una paternidad secundaria.

¿Por qué es importante esto? En el debate actual sobre los bajos índices de natalidad y sobre lo que puede hacerse acerca de ellos, muchos comentaristas han apuntado a favor de la mejora de la maternidad, la importancia de las recompensas sociales para una paternidad/maternidad responsable y la necesidad de un reforzamiento positivo de la vida familiar. Me parece que lo que necesita reforzarse es una paternidad activa y responsable. Si los hombres llegaran a estar involucrados más activamente con sus hijos, en una etapa temprana, no sólo facilitarían a las mujeres combinar la crianza de los hijos con el trabajo remunerado, sino que presumiblemente también crearían una disposición síquica para la paternidad en la próxima generación, de la misma intensidad que la ya existente entre las mujeres para la maternidad. Sin esto, probablemente no tendremos la oportunidad de alcanzar una fecundidad de reposición. Lo más que podemos esperar es la obstrucción de decrecimientos mayores, en circunstancias como se dan en Suecia. Una reestructuración de las instituciones sociales de maternidad y paternidad en combinación con una transformación de las condiciones de la vida laboral, como se está llevando a cabo en Suecia, haría compatible la plena igualdad de los géneros con una fecundidad de reposición. A mi entender, Suecia está en el buen camino y los otros países podrían hacer bien en seguirlo.

TABLA 1. Fecundidad y participación en la actividad laboral en Suecia

AÑO DE NACIMIENTO	TASAS DE FECUNDIDAD GENERAL	PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LA ACTIVIDAD LABORAL			HOMBRES	RATIO DE SALARIOS MUJERES-HOMBRES (%)
		Total	Casadas	Con hijos		
1963	2,33	54,5	47,0		89,9	
1964	2,47	54,0			89,6	
1965	2,41	53,8	47,2		89,3	
1966	2,37	55,1	49,3		89,0	
1967	2,28	54,9	49,8		88,1	
1968	2,09	56,4	51,8		88,0	
1969	1,94	57,6	53,4		87,5	
1970	1,94	59,3	56,1	57,6	87,0	
1971	1,98	60,9	58,2	60,2	86,9	
1972	1,93	62,0	59,8	61,5	86,6	
1973	1,88	62,7	61,2	62,4	86,8	71,5
1974	1,89	65,2	63,6	65,5	87,5	74,0
1975	1,78	67,9	66,2	69,0	88,3	77,2
1976	1,69	69,1	67,7	70,4	88,6	79,7
1977	1,65	70,6	69,8	73,1	88,0	81,2
1978	1,60	72,1	71,8	75,5	87,6	79,6
1979	1,66	73,8	73,8	78,0	87,8	80,7
1980	1,68	75,1	75,6	80,5	87,7	81,5
1981	1,63	76,3	77,7	83,1	86,6	78,8
1982	1,62	76,9	78,9	83,9	86,3	78,1
1983	1,61	77,6	80,0	81,8	86,0	78,2
1984	1,65	78,2	80,9	82,9	85,6	80,0
1985	1,73	79,2	82,0	84,0	86,0	N.a.
1986	1,79	80,0	82,9	85,6	85,9	N.a.
1987	1,84	81,1	N.a.	85,0	85,7	N.a.
1988	1,96	81,8	N.a.	85,8	86,2	N.a.
1989	2,00					

TABLA 2. Porcentaje de población que viven en relación de pareja (matrimonial y extramatrimonialmente) y porcentaje de las relaciones extramatrimoniales del conjunto de relaciones, por edad y sexo. Suecia, 1975, 1980 y 1985. Datos del censo

HOMBRES

GRUPOS DE EDAD	% DE RELACIONES MATRIMONIALES Y EXTRAMATRIMONIALES			% DE RELACIONES EXTRAMATRIMONIALES DEL CONJUNTO DE RELACIONES DE PAREJA		
	1975	1980	1985	1975	1980	1985
20-24	26,9	23,3	21,3	70,8	80,5	86,2
25-29	61,6	55,4	50,5	35,5	50,7	61,4
30-34	75,0	71,9	66,6	14,6	25,8	36,6
35-39	79,0	76,9	74,0	7,6	13,9	22,3
40-44	79,8	78,0	76,5	5,5	8,9	14,6
45-49	78,9	78,1	77,0	4,6	6,8	10,8

MUJERES

GRUPOS DE EDAD	% DE RELACIONES MATRIMONIALES Y EXTRAMATRIMONIALES			% DE RELACIONES EXTRAMATRIMONIALES DEL CONJUNTO DE RELACIONES DE PAREJA		
	1975	1980	1985	1975	1980	1985
20-24	50,5	45,8	40,3	56,8	69,3	77,9
25-29	74,9	70,7	65,3	22,7	36,9	48,1
30-34	76,9	79,2	75,7	9,5	18,0	25,2
35-39	81,1	80,5	78,2	5,6	10,2	17,1
40-44	82,6	80,4	77,9	4,4	7,3	9,4
45-49	81,7	80,1	77,6	3,9	5,9	9,2

BIBLIOGRAFÍA

BERNHARDT, Eva (1988a) The choice of part-time work among Swedish one-child mothers. «European Journal of Population». Vol. 4, núm. 2, 117-144.

BERNHARDT, Eva (1988b). Fertility and Employment. Ponencia escrita para el Simposio sobre el Cambio de Población y la Sociedad Europea, European University Institute, Florencia, Italia, diciembre 7-10.

BERNHARDT, Eva (1990). Women's emancipation and childbearing. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Acción Positiva para las Mujeres, Vitoria-Gasteiz, junio 1990.

GUSTAFSSON, Siv y T. MEISAARI-POLSA (1990). Why does fertility in Sweden increase? Informe para la CEE, Arbetslivscentrum, Estocolmo, junio 1990 (Borrador).

HOEM, J.M. y Brita HOEM (1990). Sweden's remarkable fertility increase. Departamento de Demografía, Universidad de Estocolmo, agosto 1990 (Borrador).

SANDQUIST, Karin (1986). Swedish Family Policy and Attempts to Change Paternal Roles. En C. Lewis y M. O'Brien (eds.) «Reassessing Fatherhood». Sage Publications, Londres.

SUNDSTRÖM, Marianne (1990). Parenting policies for young families in Sweden. En preparación en Kalm y Kamerman (eds.): «New Developments in Parenting Policies», Universidad de Columbia.

MUJER, TRABAJO Y POBLACIÓN ACTIVA EN ESPAÑA

Montserrat Solsona Pairó

Montserrat Solsona Pairó

Tras su licenciatura en Ciencias Económicas, especialidad de Sociología, por la Universidad de Barcelona cursó la maestría en Ciencias Sociales de la Población en el centro Latinoamericano de Demografía de las Naciones Unidas, ubicado en Santiago de Chile. De vuelta a Barcelona entra a formar parte de la Universidad Autónoma de Barcelona como Profesora Ayudante de Demografía de la recién creada Facultad de Ciències Polítiques i Sociologia. A la vez realiza funciones de investigadora asociada del Centre d'Estudis Demogràfics de la misma Universidad. Los temas por los que demuestra mayor interés son dinámica demográfica regional, las transformaciones en el comportamiento imparcial y la constitución de la familia y la actividad económica de la mujer. Actualmente está realizando la tesis doctoral sobre mujer, trabajo y regiones en el estado español en la cual se basa la ponencia presentada en estas Jornadas.

INTRODUCCIÓN

En mi intervención me voy a referir principalmente a aquella parte de la aportación de la mujer a la actividad económica que es medida por las fuentes estadísticas

de la población activa del Estado Español. Con el objeto de situar el tipo de trabajo que estas fuentes miden, en primer lugar expondré brevemente los criterios que conforman el paradigma de referencia para la definición de la población activa en las estadísticas oficiales, y sus implicaciones en la captación de la actividad económica femenina.

En segundo lugar, hablaré de la evolución de la población activa femenina en el conjunto del estado español desde 1970 hasta la actualidad, atendiendo fundamentalmente a los cambios producidos en la relación entre ciclo familiar e historia laboral de la mujer. Me basaré en esta parte, en una explotación propia de la Encuesta de Fecundidad de 1985 —que ha sido posible por disponer de la cinta magnética de la encuesta— y en otras fuentes de información —Censos de Población, Padrones Municipales de Habitantes y Encuesta de Población Activa (EPA)— más utilizadas en los estudios sobre la actividad económica de la población.

Por último, a partir del análisis provincial de la evolución reciente de la participación femenina en la actividad laboral, argumentaré la necesidad de incorporar la dimensión espacial en el análisis de la actividad femenina, por cuanto la situación ilustrada por los promedios estatales, oculta enormes disparidades territoriales. Quizás convenga señalar de entrada que la Encuesta de Población Activa, considerada como la fuente principal para el estudio del mercado de trabajo en España, se convierte en una herramienta poco útil para el análisis territorial de la actividad femenina, puesto que en sus tabulaciones provinciales, iniciadas en 1976, no se tiene en cuenta ni siquiera el estado civil de las mujeres. Por tanto, el imput informativo de esta tercera parte, proviene exclusivamente de los censos de población y de los padrones municipales de habitantes. Por lo que se refiere a la Encuesta de Fecundidad, realizada con una muestra representativa a nivel de Comunidades Autónomas, todavía no puedo ofrecer resultados desagregados a nivel territorial, porque tal como ha dicho Rosario Galdós en la presentación, hoy expondré los primeros resultados de una investigación en curso, llamada tesis doctoral.

EL PARADIGMA DE REFERENCIA Y LAS FUENTES ESTADÍSTICAS

Un estudio que quiera comparar la participación femenina en la actividad económica, en las distintas regiones del Estado Español, debe remitirse nece-

sariamente a las estadísticas oficiales existentes sobre la población activa; a pesar de que las definiciones utilizadas para clarificar a la población, según la condición de actividad, contienen serias restricciones para la captación adecuada del trabajo que desarrolla la mujer en nuestra sociedad.

Partiendo de un concepto amplio de actividad económica —entendida como la producción de bienes y servicios necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas— habría que considerar tanto la actividad productiva de la mujer como la reproductiva. Sin embargo, en general, el patrón-trabajo de referencia utilizado para contabilizar a la población activa, es aquel que con mayor frecuencia es desempeñado por los hombres adultos, caracterizado por una cierta estabilidad, por desarrollarse fuera de casa, a tiempo completo y a cambio de un salario acorde con la legislación vigente. Así, las estadísticas oficiales de la población activa dejan al margen buena parte del trabajo realizado por las mujeres, de la misma manera que el Producto Nacional Bruto tampoco incluye el fruto de su trabajo.

Con las estadísticas existentes pues, no es posible obtener estimaciones del trabajo que realiza la mujer en la esfera reproductiva, entre otras cosas porque se niega el carácter económico del trabajo

doméstico, a pesar de que muchas familias no podrían subsistir si no fuera por la gran actividad desarrollada por las amas de casa, tal como han mostrado algunos estudios de microsociología. Efectivamente, contamos ya con varias investigaciones que tienen como propósito evaluar el trabajo doméstico, en relación a la producción incluida en las Cuentas Nacionales en unos casos, y en términos de ingresos familiares en otros (Ruesga, 1988; Carrasco et al., 1990). En el estudio de Carrasco y otros autores, realizado desde la segunda perspectiva metodológica en Barcelona, se destaca entre sus conclusiones, que un cincuenta por ciento del salario global de la clase baja, fijado en torno a las 400.000 pesetas mensuales, corresponde al trabajo doméstico, el resto proviene de rentas monetarias (30%) y del salario social percibido en términos de servicios (20%) (Carrasco et al., 1988).

El trabajo realizado en calidad de ayuda familiar, es decir, sin remuneración alguna, sólo se registra parcialmente en las estadísticas oficiales de población activa. Este tipo de trabajo, desarrollado frecuentemente por mujeres y por varones que se encuentran en los extremos de la franja de los adultos, es decir, por niños y ancianos, es considerado como un trabajo de segunda categoría porque se basa en relaciones no laborales definidas en el ámbito familiar, mientras que, el trabajador asalariado, por el mero hecho de percibir un salario a cambio de su trabajo adquiere un estatus social reconocido. Las personas que trabajan como ayuda familiar no gozan de esta consideración, y además para formar parte de la población activa deben cumplir con un requisito de dedicación mínima establecido en 15 horas semanales o un tercio de la jornada laboral normal, condición no exigida al resto de los trabajadores.

En relación con el trabajo asalariado, no se tiene en cuenta la particular vinculación de las mujeres con el mercado de trabajo, en especial en el caso de la mujer casada, la cual, en virtud de la división sexual del trabajo que atribuye al hombre el papel de mantenedor del hogar, debe cumplir con un doble rol, como trabajadora y como madre y esposa, manteniendo así un vínculo más frágil con el mercado de trabajo. Esto implica que la mujer será requerida para aquellos puestos de trabajo menos estables, eventuales, temporales o con una dedicación a tiempo parcial, y en particular en la economía sumergida.

A pesar de todo lo dicho hasta aquí, una revisión de las modificaciones introducidas en los últimos años, por el Instituto Nacional de Estadística, tanto en los Censos de Población, como en la Encuesta de Población Activa, permiten ver el futuro con cierto optimismo (Solsona, 1989). Estos avances no son ajenos a las discusiones latentes en los foros internacionales ni a las resoluciones tomadas por los organismos correspondientes. Así, la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en las recomendaciones dictadas en 1982 señala que el trabajo de subsistencia debe merecer la misma consideración que el trabajo asalariado y que sus actores deben incluirse en la población activa del país correspondiente. Las Naciones Unidas, por su parte, en la Conferencia celebrada en 1985 en Nairobi, con motivo de la década de la Mujer, adquirió el compromiso de promover que los países incluyeran el trabajo doméstico en las Cuentas Nacionales.

LA INTENSIDAD DE LA ACTIVIDAD LABORAL FEMENINA

M

e referiré únicamente a la actividad femenina, porque aunque la actividad masculina también está sujeta a cambios, estos afectan más al calendario

de la vinculación con el mercado de trabajo que a la propia intensidad de la actividad laboral de los hombres. Hablo de intensidad en términos demográficos, es decir, para designar la frecuencia con que los varones que forman parte de la población potencialmente activa se vinculan efectivamente con el mercado de trabajo, ya sea como ocupados, ya sea buscando empleo. Es cierto que las tasas globales de actividad de los varones disminuyeron durante el período estudiado; entre 1970 y

1986 según los datos censales se pasó de una tasa según la cual un 81 por ciento de los hombres de 16 años y más eran activos a otra según la cual este colectivo representaría el 70 por ciento de todos los varones del mismo segmento de edad. Pero esta disminución se explica por un acortamiento de la vida activa, debido a un retraso en la edad de entrada a la actividad laboral, como consecuencia del alargamiento de los estudios, y a un adelantamiento de la edad de salida de la actividad, al fijarse la jubilación a una edad más temprana. Sin embargo, podemos afirmar que en todo este tiempo, la intensidad de la actividad laboral masculina no ha cambiado. Dicho de otro modo, los hombres no se ven en la disyuntiva de tener que elegir entre dedicarse a las labores del hogar o buscar un empleo, porque la división sexual del trabajo que asigna al hombre la responsabilidad de mantener el hogar, desafortunadamente, sigue teniendo plena vigencia en nuestra sociedad. Mientras que, como todo el mundo sabe, cuando una mujer casada decide trabajar fuera de casa, debe de acometer, las más de las veces, una doble jornada.

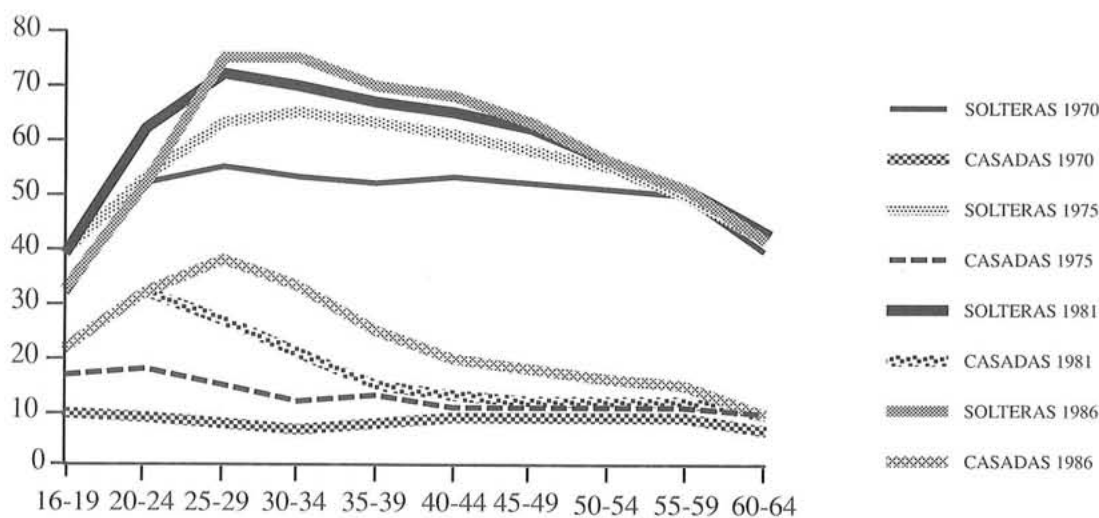
En determinadas etapas del ciclo familiar, cuando coinciden en un mismo hogar niños pequeños y familiares ancianos, demandando muchos cuidados y atenciones, la doble jornada de las mujeres puede resultar muy dura de sobrellevar. Por ello, cuando la necesidad no apremia, la mujer opta por renunciar al trabajo extradoméstico. Esta renuncia es más frecuente entre las clases más bajas básicamente por dos razones. Primero porque en este contexto las familias tienen escasas posibilidades de sustituir el trabajo doméstico por bienes y servicios adquiridos en el mercado. Y segundo, porque las mujeres pertenecientes a estos grupos sociales acceden al mercado de trabajo no por una motivación profesional, sino para mantener cierto nivel de consumo familiar en tiempo de crisis; esto también quiere decir que estas mujeres no cuestionan el hecho de que su lugar está en casa. De todas maneras, las generaciones más jóvenes que gozan de niveles de instrucción más elevados que sus progenitores, no son extrañas a los profundos cambios que se están produciendo en la situación de la mujer, entre los que el trabajo extradoméstico juega un papel crucial y el proyecto familiar está sujeto a nuevas condiciones.

Hecha esta introducción, quiero señalar que las estimaciones acerca de la intensidad de la actividad económica femenina deben tomarse como un mínimo, tanto en razón de las limitaciones de las definiciones de trabajo utilizadas en los censos y las encuestas, como a causa de la escasa valoración que las propias mujeres y sus esposos o compañeros hacen de su trabajo. A menudo, el trabajo de la mujer es considerado más como una «ayuda» al cabeza de familia, especialmente si este se desarrolla en el propio ámbito familiar, que como una actividad comparable a la desempeñada por el varón. Sólo por este motivo, es de esperar que las estimaciones procedentes de la Encuesta de Población Activa, realizada por entrevistadores especializados, sean siempre algo superiores a las de los censos, los cuales utilizan el método de empadronamiento, según el cual cada persona debe de autoclasificarse como activa o inactiva.

En los últimos 20 años se ha producido un cambio importante en el comportamiento laboral de la mujer indicativo de que en las decisiones sucesivas en relación con el ciclo familiar (matrimonio, nacimiento de los hijos,...), van ganando terreno aquellas que suponen garantizar su independencia económica y que tienden a potenciar su propia realización profesional. Este cambio se resume en un incremento del cincuenta por ciento de la llamada tasa de actividad femenina entre 1970 y 1986, según se desprende de las estimaciones del Censo de Población de 1970 y del Padrón Municipal de Habitantes de 1986: el cociente entre las mujeres activas de 16 a 64 años y todas las mujeres de este mismo grupo de edad, ha pasado de ser del 20,2 por cien en 1970 al 33,74 por cien a inicios de 1986.

El incremento de la tasa de actividad femenina entre 1970 y 1986, para el conjunto del Estado español, se explica por un aumento en la propensión a trabajar de las generaciones femeninas más jóvenes. Y de entre ellas, el cambio es más notable entre las mujeres casadas, separadas o divorciadas que entre las mujeres solteras. Del análisis de las tasas de actividad por edad, se desprende que en las edades centrales de la maternidad, en las que anteriormente se producía el abandono, a menudo definitivo, de la actividad laboral, es donde el cambio ha sido más intenso (ver gráfico 1). Esta constatación confirma que una buena parte de las mujeres apuesta por la superación del paradigma excluyente del empleo según el cual las mujeres deben elegir entre la vida familiar y la vida profesional.

GRÁFICO 1. Tasas de actividad femenina por edad y estado civil. 1970/75/81/86

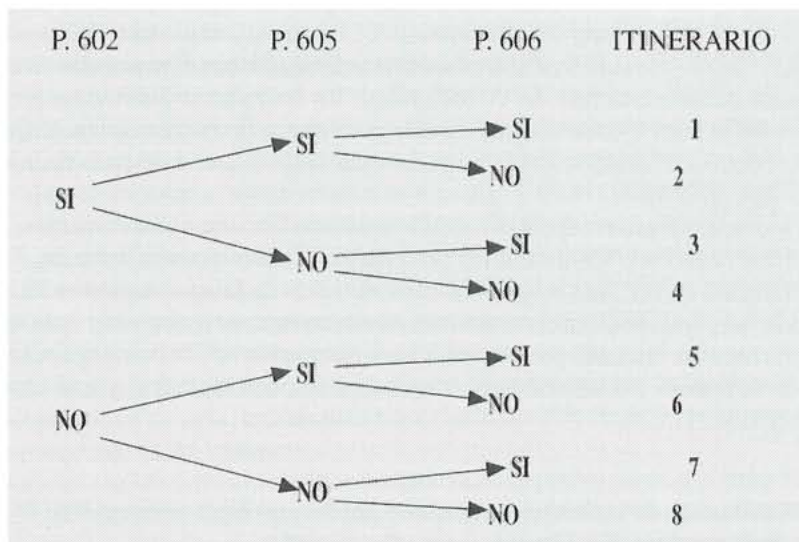


Fuente: Elaboración propia a partir de datos censales y padronales.

A modo de ilustración, tomemos la frecuencia de la actividad laboral entre las mujeres de 25 a 29 años, en 1970 y en 1986, según fueran casadas o solteras. Los datos censales en la primera fecha, indican que algo más de la mitad (el 55% para ser exacta) de las mujeres solteras se registraron como activas, mientras que en 1986 lo hicieron las 3 cuartas partes de este colectivo. El punto de partida para las mujeres casadas era muy bajo —sólo el 8%—, pero al final, en 1986, cerca del 40% estaban integradas de alguna forma en el mercado de trabajo. Por primera vez en 1986, la actividad de las casadas de este grupo de edad no sólo ya no dibujaba una curva descendente respecto del grupo anterior, de 20 a 24 años, sino que registraba una intensidad mayor. En virtud del descenso de la fecundidad podría argumentarse que estas mujeres, aún habiéndose casado, pueden haber aplazado la decisión de ser madres, y es cierto que en los últimos años se ha producido un ligero retraso en la edad mediana de la maternidad, sin embargo, los resultados de la Encuesta de Fecundidad permiten reforzar la argumentación anterior, en el sentido de que cada vez más la mujer se propone compatibilizar la actividad maternal con la actividad laboral.

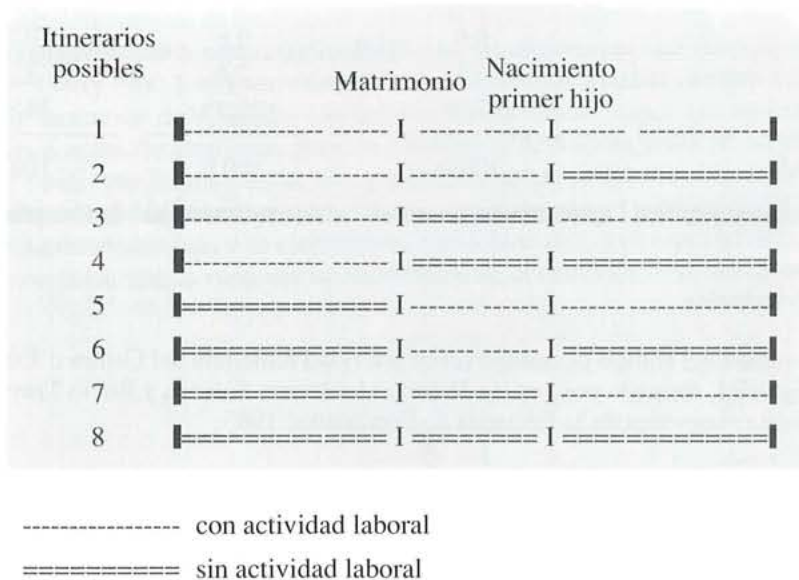
La Encuesta de Fecundidad de 1985 es la segunda de este tipo que se realiza en España. La primera tuvo lugar en 1977 en el marco del Programa de investigación sobre la fecundidad, que contando con la colaboración de diferentes organismos (Naciones Unidas, Instituto Internacional de Estadística y Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población) llevó a cabo la Encuesta Mundial de Fecundidad. Ocho años más tarde, el INE (Instituto Nacional de Estadística) hizo una nueva encuesta de Fecundidad dirigida a mujeres en edad fértil, alguna vez casadas o unidas o solteras. El cuestionario utilizado es muy amplio y pretende recoger información para el estudio de la fecundidad y de la nupcialidad que permita a su vez elaborar previsiones y aportar datos a las organizaciones internacionales dedicadas al mismo objeto de estudio. Asimismo, la encuesta dedica un módulo a la historia ocupacional de las entrevistadas y a la situación laboral en el momento de la encuesta. Para estudiar las relaciones entre el ciclo familiar y la historia laboral me he basado concretamente en las siguientes preguntas: 1.- ¿Trabajó antes del primer matrimonio o unión? (Pregunta 602), 2.- ¿Trabajó entre el matrimonio o unión y el nacimiento del primer hijo? (Pregunta 605), 3.- ¿Trabajó después del nacimiento del primer hijo? (Pregunta 606). A partir de estas tres preguntas, para el colectivo de mujeres que comparten la experiencia de haberse casado o unido alguna vez y de haber tenido por lo menos un hijo, he podido diseñar ocho trayectorias vitales distintas de la combinación de la presencia o ausencia de la actividad laboral en las distintas etapas del ciclo familiar (véase el gráfico 2 y gráfico 3).

GRÁFICO 2. Preguntas relacionadas con los itinerarios de historia ocupacional y ciclo familiar de las mujeres casadas o unidas con hijos en edad fértil. España 1985.



Fuente: Elaboración propia a partir de la Sección 6a de la Encuesta de Fecundidad de 1985 dedicada a la Historia Ocupacional.

GRÁFICO 3. Itinerarios de historia ocupacional y ciclo familiar de las mujeres casadas o unidas con hijos en edad fértil. España 1985



Fuente: Elaboración propia a partir de la Sección 6ª de la Encuesta de Fecundidad de 1985 dedicada a la Historia Ocupacional.

El gráfico 3 ilustra que en función de la situación laboral de la mujer en las distintas etapas de la primera fase de la formación de la familia —antes del matrimonio, entre el matrimonio y el nacimiento del primer hijo y después del nacimiento del primer hijo— los ocho itinerarios distintos forman un abanico de posibilidades que se mueve entre aquellas mujeres que han trabajado siempre (itinerario 1) y las que no lo hicieron nunca (itinerario 8). En su mayoría se trata de historias laborales continuas, es decir, las mujeres una vez abandonada la actividad laboral no se volverían a incorporar a ella, por lo menos durante esta fase del ciclo familiar. En las carreras discontinuas, en cambio, la salida de la actividad se corresponde con una entrada posterior, tal es el caso de una mujer que trabaja de soltera, deja el empleo cuando se casa y se pone a trabajar de nuevo después de haber tenido su primer hijo (ver itinerario 3).

Los resultados obtenidos por este procedimiento, creo, son sumamente interesantes. De una parte permiten identificar cuáles son los itinerarios principales y cuáles son minoritarios. De otra parte, al trabajar directamente con la cinta magnética, la explotación de la información se ha concebido de forma que se pudieran captar los cambios recientes en este terreno en la situación de la mujer, o dicho de otro modo, de cómo las distintas generaciones han ido resolviendo la compaginación del trabajo reproductivo con el trabajo extradoméstico. Veámos cuáles son las cifras y qué conclusiones se pueden sacar (ver tabla 1).

TABLA 1. Distribución de las mujeres casadas o unidas con hijos según el tipo de historia ocupacional (en %). Generaciones seleccionadas.

GENERACIÓN	1940-44	1955-59	1935-66
EDAD en 1985	40-44	25-29	18-49
ITINERARIO			
1	23,0*	38,2*	28,8*
2	3,6	7,7	4,7
3	7,4	4,6	6,6
4	33,0*	25,0*	30,0*
5	1,7	1,0	1,6
6	0,0	0,6	0,2
7	3,5	2,6	3,2
8	27,8*	20,3*	24,9*
TOTAL	100,0	100,0	100,0

* Itinerarios principales

Fuente: Elaboración del equipo de trabajo sobre actividad femenina del Centre d'Estudis Demogràfics, formado por Leticia Suárez, Montserrat Solsona y Rocío Treviño, a partir de la cinta magnética de la Encuesta de Fecundidad 1985.

En la columna tercera de la tabla 1 se reproduce la distribución por itinerarios ocupacionales de todas las mujeres de la muestra pertenecientes al colectivo estudiado, es decir, de las mujeres alguna vez casadas o unidas y con hijos, las cuales representan un 60 por ciento de la muestra. Exactamente nuestro colectivo está formado por 5.390 mujeres de un total de 8.782 mujeres en edad reproductiva, de 18 a 49 años, que fueron entrevistadas en la Encuesta de Fecundidad de 1985; el resto de las mujeres o bien eran solteras o bien habiéndose casado o unido, en el momento de la entrevista no tenían hijos. En la misma tabla 1 aparece la distribución por itinerarios ocupacionales de mujeres pertenecientes

al colectivo estudiado, nacidas en la inmediata posguerra (generación 1940-44) y de la generación que nació justo antes de iniciarse la recuperación y explosión de la natalidad de los años sesenta, entre 1955 y 1959 (tabla 1: columnas primera y segunda, respectivamente). El tiempo que separa el nacimiento de ambas generaciones, 15 años, es suficiente para evaluar las mutaciones producidas en la situación social y familiar de la mujer en España, originadas a finales de los sesenta, y potenciadas por los movimientos feministas de los setenta, momento en el que las mujeres de la generación más joven estaban en edad de empezar a trabajar y pronto de casarse y formar una familia.

Tanto si tomamos al conjunto de las generaciones estudiadas, como si tomamos cualquiera de las dos generaciones seleccionadas, se advierte que los itinerarios mayoritarios son el 4, el 1 y el 8, sin embargo el orden de importancia es distinto en cada caso. Para el conjunto de las generaciones (ver columna tercera de la tabla 1), se constata que un 30 por ciento de las mujeres (1.615 mujeres), fueron atribuidas al itinerario 4, léase mujeres que trabajaron siendo solteras y dejaron de hacerlo al contraer matrimonio. El itinerario 1, que indica una actividad laboral continuada, está a muy poca distancia del anterior puesto que agrupa al 29 por cien de las mujeres del colectivo estudiado (1.549 mujeres de la muestra). El itinerario 8, es el opuesto al anterior, pues reúne a las mujeres que declararon no haber trabajado en ninguna de las etapas del ciclo familiar estudiadas. Estas mujeres, que se consideran de profesión amas de casa, representan para el conjunto de las generaciones a una cuarta parte del colectivo estudiado (1.344 mujeres).

Para las mujeres nacidas en la inmediata posguerra, la experiencia más común está representada por el itinerario 4: trabajaron hasta que se casaron y después lo dejaron para no volver. En segundo lugar aparecen las de profesión amas de casa, y en tercer lugar las que trabajaron sin parar (itinerario 1). La generación de la segunda mitad de los cincuenta presenta un panorama muy distinto: cerca del 40 por ciento de las mujeres, se casan y dan a luz, sin abandonar el trabajo. Una cuarta parte sólo trabajaron de solteras, mientras que una quinta parte en esta etapa de su vida no realizaron ningún trabajo extradoméstico. Las diferencias entre generaciones son, pues, notables.

A modo de conclusión general conviene destacar lo siguiente: 1ª) que el modelo de ama de casa para toda la vida nunca fue el más generalizado; 2ª) que las mujeres que no han trabajado antes del matrimonio tienen pocas posibilidades de trabajar después, tan sólo un 5 por ciento de las mujeres entrevistadas pertenecientes al colectivo estudiado se habían encontrado en esta situación; y 3ª) la propensión a abandonar el trabajo entre las mujeres que han trabajado de solteras, con motivo del matrimonio o del nacimiento de los hijos, es menor en la generación de 1955-59 que en la generación nacida en la posguerra (49% versus 65%). En efecto, las mujeres nacidas después de 1950, concretamente entre 1955 y 1960, han desarrollado una carrera laboral completa y sin interrupciones durante el período de formación de la familia con una frecuencia mucho mayor que aquellas que nacieron 5, 10 o 15 años antes. Se confirma, pues, la generación de los cincuenta como la generación del cambio. Cabe decir que las mujeres de esta generación se han podido beneficiar de la existencia de avances técnicos que han reducido mucho el tiempo necesario para el trabajo doméstico, de un acceso mayor a la educación superior, y de cierta expansión del terciario y en especial del sector público en la etapa democrática, que ha supuesto un incremento de la demanda de mano de obra femenina.

DÓNDE Y CÓMO TRABAJAN LAS MUJERES



isto que las mujeres se están incorporando cada vez más a la actividad laboral del sector formal de la economía, que se corresponde, grosso modo, con el trabajo que es captado por las estadísticas oficiales, procede preguntarse en qué condiciones se están incorporando estas mujeres. Diversos estudios sobre los cambios en la estructura de la población

activa femenina han demostrado que esta incorporación creciente en el mercado de trabajo no va acompañada de una superación de la discriminación laboral por razón del sexo (Casas, 1988; De Miguel, 1988).

A cualquier edad, los hombres tenían en 1970 y siguen teniendo en 1986, tasas más elevadas que las mujeres; siendo entre casados y casadas mucho más importantes que entre solteros y solteras. A mayor nivel de instrucción la propensión a trabajar cada vez es más pareja entre hombres y mujeres, pero la probabilidad de conseguir un empleo es mucho mayor en caso de ser varón. A cualquier nivel de estudios la tasa de paro femenina supera la masculina, a excepción de los niveles más bajos en los que las mujeres nutren las filas del «paro desanimado» declarándose fácilmente amas de casa en lugar de paradas y buscando empleo. El análisis de la población ocupada por sexo y sectores productivos muestra un mercado de trabajo fuertemente segregado: las mujeres ocupadas se concentran en el sector servicios, siendo este el único sector en el que participan casi al cincuenta por cien con los hombres, mientras que en todos los demás están francamente subrepresentadas. La presencia de las mujeres en la industria se localiza en unas pocas ramas, en la industria alimentaria y la manufacturera del textil, el cuero, el calzado y la confección. Sus ocupaciones siguen siendo una replica del trabajo que desarrollan en el hogar. Las mujeres son contratadas como enfermeras, cocineras, camareras, servicio doméstico, docentes, administrativas y similares. Esta mañana, me ha llamado mucho la atención que Eva M. Bernhardt comentara lo mismo en relación con el caso sueco. Me parece poco esperanzador, teniendo en cuenta que en este país existe desde hace mucho tiempo la preocupación por implementar políticas sociales con el fin de conseguir una sociedad más igualitaria.

La segregación ocupacional también se constata al analizar la categoría profesional y los salarios percibidos. En algunas categorías laborales se han producido algunos progresos, como en el caso del grupo de profesionales y técnicos, en el que las mujeres han aumentado su presencia, pero ello responde más a una recomposición de las clases sociales que a un mejor posicionamiento o ubicación de la mujer en la estructura ocupacional. En efecto, los cambios producidos en la estructura social a lo largo de los ochenta, como consecuencia de un aumento del nivel de instrucción de la población activa y sobre todo de las transformaciones en las relaciones laborales, suponen una reducción de los trabajadores asalariados fijos y un aumento de los asalariados eventuales, autónomos, cooperativistas, así como de los profesionales y técnicos. De hecho, a igualdad de formación, las mujeres acceden al mercado laboral en categorías de la pirámide ocupacional más bajas que los hombres. En las Facultades de Derecho, por ejemplo, el 51 por ciento del alumnado son mujeres, sin embargo en el cuerpo de jueces, las mujeres sólo representan el 35 por cien. Por otra parte, las mujeres perciben salarios más bajos que los hombres por los mismos trabajos.

Aunque paradójicamente la variable sexo fue eliminada de la Encuesta de Salarios en 1980 cuando la ley prohibió la discriminación salarial por razón de sexo, y, por tanto, no tenemos estadísticas oficiales al respecto, todo el mundo sabe que dicha discriminación persiste. No sólo la discriminación indirecta, que remite a las mujeres a los trabajos peor pagados, sino también la discriminación directa que consiste en pagar menos a las mujeres por realizar el mismo trabajo que los hombres. Por poner un ejemplo conocido, recuérdese la lucha, que en el mes de mayo del año pasado, emprendieron las cien trabajadoras de la empresa Jaeger de la multinacional Fiat de Barberà del Vallés, para eliminar la discriminación salarial que sufrían con respecto a sus 309 compañeros de la misma categoría, los cuales recibían 9.000 pesetas mensuales más en concepto de «plus de asiduidad». Recuérdese también que la empresa tuvo que admitir finalmente la equiparación salarial entre hombres y mujeres. En fin, los datos que continuamente proporciona la Encuesta de Población Activa muestran también que el peso de los trabajos a tiempo parcial y de los contratos eventuales es, por supuesto, mayor entre la población ocupada femenina que entre la masculina, así como la situación de paro de larga duración.

EL TRABAJO FEMENINO EN LAS REGIONES DE ESPAÑA. NIVEL Y TENDENCIAS

P

ara estudiar las diferencias regionales de la actividad laboral de las mujeres podía haber recurrido a la información disponible por Comunidades Autónomas, sin embar-

go, he preferido trabajar con datos provinciales porque a menudo las provincias que pertenecen a una misma Comunidad Autónoma adoptan comportamientos distintos.

En 1970 el nivel de la actividad femenina difería mucho de unas provincias a otras. En un estudio de Lourdes Beneria publicado a finales de los setenta se destaca que a principios de la década la variación existe no sólo entre provincias agrícolas e industriales, o entre áreas urbanas y rurales, sino también entre provincias dentro de los mismos grupos y que estas diferencias estriban tanto en la producción remunerada como en el tipo de trabajo que la mujer realiza. Las pronunciadas diferencias en la participación de la mujer en la producción agrícola parecen estar relacionados con el sistema de propiedad de la tierra, la concentración o diseminación del habitat y el tipo de cultivo que predomina en un área determinada. Entre las regiones de mayor renta y/o más industrializadas, la participación femenina en la producción remunerada también difiere por provincias, aunque el grado de variación es menor que entre las áreas agrícolas. Las provincias orientadas hacia los servicios y en especial hacia el turismo, como Mallorca y Gerona, tienen altas tasas de participación femenina. Entre las áreas más industrializadas, Cataluña tiene unas tasas más elevadas que el País Vasco, porque en Cataluña las industrias ligeras como en el caso del textil tienden a emplear más mano de obra femenina que la industria pesada predominante en el País Vasco (Beneria, L., 1977, p.p. 48-54).

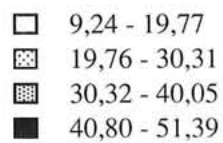
Las diferencias en las tasas de actividad provinciales en 1970 quedan ilustradas en el mapa 1. Tal como se puede leer en la leyenda del mapa, en esta fecha, en la mayoría de las provincias se declaraban activas menos del veinte por cien de las mujeres de 16 a 64 años de edad. Únicamente Madrid, cinco provincias mediterráneas (Barcelona, Gerona, Castellón, Valencia y Baleares), y ocho provincias del Norte Peninsular (Navarra, Alava, Gipuzkoa, Cantabria, León, La Coruña, Lugo y Pontevedra), presentaban tasas superiores al veinte por cien, o sea, superiores a la tasa promedio del estado. El caso más distante lo constituía la provincia agrícola de Lugo, donde más del cincuenta por ciento de las mujeres en edad activa se declararon activas. Este hecho está asociado a las altas tasas de emigración masculina y al tipo de habitat diseminado, pero sobre todo a la importancia de las explotaciones agrarias familiares, donde el papel de la mujer es clave para garantizar su continuidad. Dejando de lado Lugo, vemos que el nivel de la actividad femenina de las provincias que registran la tasa máxima, Pontevedra y Barcelona (28%), es tres veces mayor que la mínima, Ciudad Real (9%). Quince años más tarde, sigue habiendo una diferencia de 20 puntos porcentuales, entre la tasa máxima, ahora Gerona (40%) y la mínima, Cuenca (19%), pero en 1986, la primera ya sólo duplica a la última (ver mapa 2). Por tanto, podemos decir que las diferencias territoriales entre 1970 y 1986 se han reducido. Por otra parte, en este período, la tasa de actividad femenina se incrementó en todas las provincias, excepto en Lugo. ¿Por qué Lugo se comporta de forma tan particular? ¿Es que puede considerarse que el nivel que alcanzó en 1970 era insuperable? No, la evolución de la tasa de Lugo se explica por la estructura envejecida de la población activa femenina dedicada, como se ha dicho, a la producción agrícola. El paso del tiempo reduce el contingente de la población activa femenina a medida que las generaciones más jóvenes reemplazan a las mayores, y renuncian a trabajar en el campo.

Tasas de actividad femenina (16-64 años). Datos provinciales, 1970 y 1986

Mapa 1 1970



Mapa 2 1986

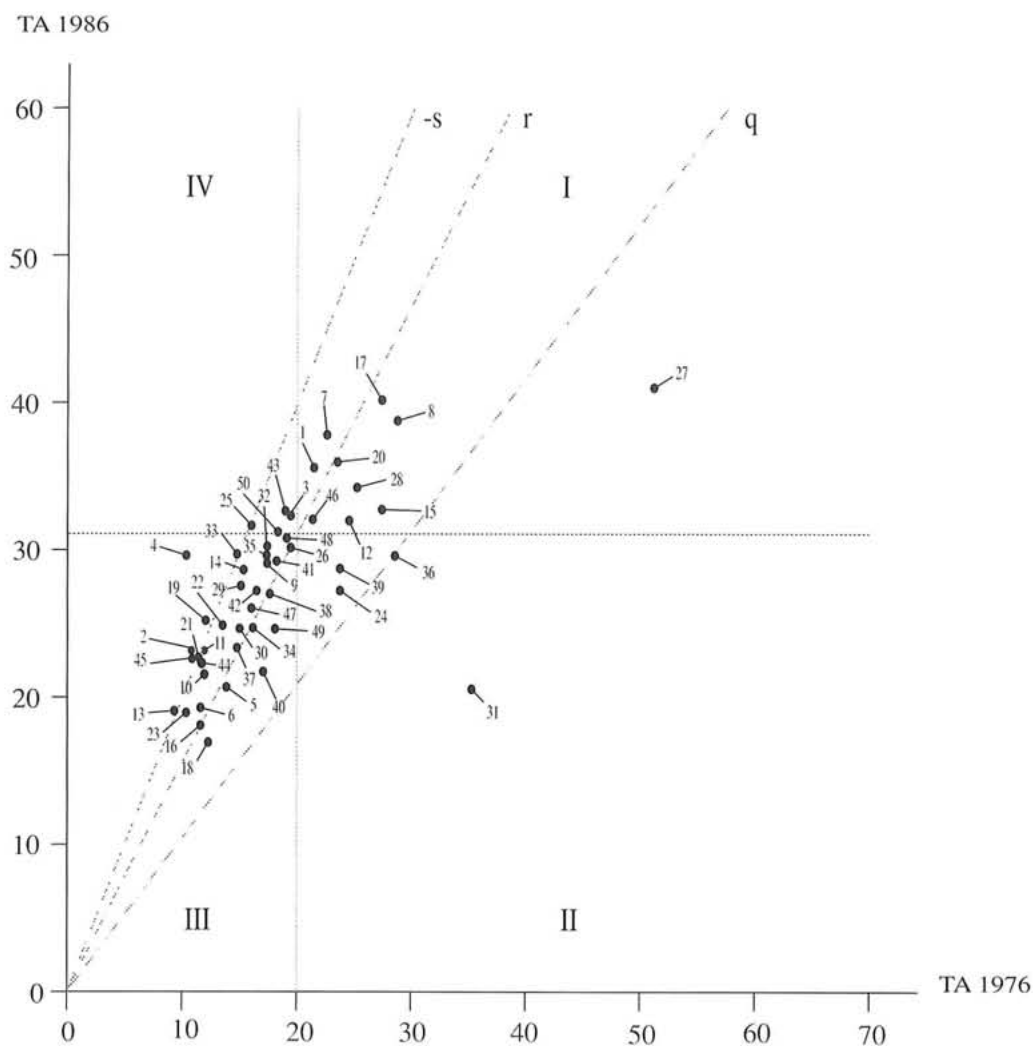


Fuente: Elaboración propia a partir de datos censales y padronales.

En el mapa de 1986, se puede ver que sólo quedan cuatro provincias (Badajoz, Jaén, Ciudad Real y Cuenca) con tasas inferiores al veinte por cien, siendo Cuenca la última de la fila (ver mapa 2). En este momento, en la mayoría de las provincias se declaraban activas entre un veinte y un treinta por ciento de las mujeres en edad activa. Por otra parte, las regiones que registraron en 1986 tasas superiores al treinta por cien, coinciden a grosso modo, con las que ya estaban mejor situadas en 1970, sin embargo, hay que comentar algunas ausencias y novedades. De entre los primeros puestos han desaparecido León, Orense y Pontevedra, en parte por las mismas razones que el retroceso experimentado por Lugo. Ahora las regiones que destacan por su alta tasa de actividad se localizan en el Norte de Galicia, Baleares y Madrid, en el arco mediterráneo, desde Gerona hasta Alicante y en el eje del Ebro que se extiende desde el País Vasco, hasta Tarragona (véase en el mapa 2 las provincias con la trama más oscura). Hay que destacar, por tanto, la incorporación de Lérida, Tarragona, Alicante y Zaragoza. Existe pues, cierta correlación entre el mapa de la actividad femenina de 1986 y el mapa del desarrollo económico regional que podría elaborarse para una fecha cercana a 1986 a partir de alguna variable macroeconómica, como el Producto Interior Bruto por habitante o la tasa de crecimiento del PIB, en el que se detectaría una tendencia al declive económico en las regiones de la cornisa cantábrica, el desplazamiento del centro de gravedad de la economía española hacia el Este peninsular y la tendencia al declive persistente en el interior de la península, con la excepción de Madrid (ver la introducción editorial de Papeles de Economía, 34, 1988).

Con el fin de ilustrar mejor la evolución y tendencia provincial de la actividad femenina he elaborado el gráfico 4 donde es posible situar la tasa de actividad de cada provincia en relación con el promedio de España y con relación a las demás provincias, al principio y al final del período estudiado, así como, el ritmo de crecimiento de las respectivas tasas provinciales entre 1970 y 1986. En efecto, las coordenadas que definen la ubicación de España en el diagrama en función de las tasas promedio de actividad femenina de 1970 y 1986, dividen a las provincias en cuatro cuadrantes. En el cuadrante I se localizan aquellas provincias que tenían en las dos fechas tasas superiores a las de España, es decir: Lugo, Gerona, Barcelona, Valencia, Castellón, Baleares, Gipuzkoa, Alava, Navarra y Madrid. En el cuadrante II encontramos, Pontevedra, León, Santander y Castellón, que estuvieron situadas entre los primeros puestos en 1970 y que en 1986 registraron tasas inferiores al promedio del estado. En los dos cuadrantes restantes, el III y el IV, se ubican todas las provincias que en 1970 tuvieron tasas inferiores al veinte por cien y al promedio del estado. La gran mayoría de ellas en 1986 seguían teniendo tasas más bajas que la tasa promedio de España (ver cuadrante III), pero unas pocas han mejorado su situación en estos quince años. Son las provincias que componen el cuadrante IV: Lérida, Tarragona, Alicante y Zaragoza, de las que hemos hablado un poco más arriba, y que según los datos censales que estamos manejando, se perfilan como áreas en las que la mujer mantendría en 1986 un vínculo algo más fuerte con el mercado de trabajo, como las regiones que se localizan en el cuadrante I. De todas formas, conviene no olvidar que entre las mujeres activas no se cuentan únicamente las mujeres ocupadas sino también aquellas que estando paradas están disponibles para trabajar. Por tanto, creo que la tasa de actividad que estamos analizando a veces refleja más una actitud hacia el trabajo que un vínculo real con el mercado de trabajo. Con ello quiero indicar que es imprescindible abordar el análisis de la actividad femenina teniendo en cuenta sus dos componentes: ocupación y paro, prestando una atención especial al segundo componente.

GRÁFICO 4. España: Evolución de las tasas de actividad femenina. 1970-1986. Datos provinciales (16-64 años, en %)



1 = ARABA	11 = CÁDIZ	21 = HUELVA	31 = NAVARRA	41 = SEVILLA
2 = ALBACETE	12 = CASTELLÓN	22 = HUESCA	32 = ORENSE	42 = SORIA
3 = ALACANT	13 = CIUDAD REAL	23 = JAÉN	33 = ASTURIAS	43 = TARRAGONA
4 = ALMERÍA	14 = CÓRDOBA	24 = LEÓN	34 = PALENCIA	44 = TERUEL
5 = ÁVILA	15 = A CORUÑA	25 = LLEIDA	35 = LAS PALMAS	45 = TOLEDO
6 = BADAJOZ	16 = CUENCA	26 = LA RIOJA	36 = PONTEVEDRA	46 = VALENCIA
7 = BALEARES	17 = GERONA	27 = LUGO	37 = SALAMANCA	47 = VALLADOLID
8 = BARCELONA	18 = GRANADA	28 = MADRID	38 = TENERIFE	48 = BIZKAIA
9 = BURGOS	19 = GUADALAJARA	29 = MÁLAGA	39 = CANTABRIA	49 = ZAMORA
10 = CÁCERES	20 = GIPUZKOA	30 = MURCIA	40 = SEGOVIA	50 = ZARAGOZA

Nota: las provincias se clasifican por las matrículas de los coches.

Fuente: tabla 2

TABLA 2. Tasas de actividad femenina por estado civil (16-64 años). Datos provinciales, 1970/75/81/86

	1970			1975			1981			1986		
	Total	Soltero	Casado	Total	Soltero	Casado	Total	Soltero	Casado	Total	Soltero	Casado
ARABA	21,29	58,00	4,97	24,18	63,04	8,80	28,95	60,17	16,69	35,41	57,56	25,00
ALBACETE	10,93	31,06	2,51	11,98	32,89	3,41	20,49	49,77	8,40	23,13	49,23	11,21
ALACANT	19,43	55,65	6,30	21,02	60,13	7,61	26,72	61,65	14,74	32,27	59,80	21,68
ALMERÍA	10,03	22,70	4,22	16,22	29,81	10,31	20,53	37,45	14,51	29,88	51,05	21,67
ÁVILA	13,91	31,69	4,43	13,99	35,06	3,55	17,36	39,55	6,59	20,93	41,00	10,82
BADAJOZ	11,56	27,89	3,08	10,75	26,53	3,08	16,07	36,64	6,71	19,28	39,44	9,82
BALEARES	22,34	51,31	11,59	26,27	57,75	15,41	33,37	59,98	24,38	37,74	56,39	29,91
BARCELONA	28,29	72,19	11,44	35,45	73,66	22,38	33,87	65,79	23,02	38,65	59,15	30,09
BURGOS	17,37	42,69	3,68	19,26	46,12	6,00	24,45	48,97	12,11	29,05	46,82	19,87
CÁCERES	11,99	29,40	3,07	12,96	30,75	3,90	20,40	43,90	9,75	21,84	41,88	12,73
CÁDIZ	11,16	28,72	1,96	12,80	33,38	3,30	17,89	41,71	7,68	23,18	46,60	12,01
CASTELLÓN	24,49	54,45	13,27	23,21	55,82	12,23	26,60	56,57	16,96	30,21	52,60	22,11
CIUDAD REAL	9,24	23,76	2,25	9,71	25,23	2,69	15,78	38,12	5,85	19,22	43,07	8,13
CÓRDOBA	15,16	34,80	5,32	15,75	33,32	7,17	21,78	45,27	10,82	28,92	50,00	19,05
A CORUÑA	27,14	45,56	16,59	26,08	45,23	16,76	31,78	46,77	25,54	32,84	43,95	28,03
CUENCA	11,47	28,39	4,05	10,73	27,83	3,36	17,04	38,99	7,72	18,78	38,45	9,76
GIRONA	27,46	61,82	15,51	29,37	62,24	18,82	33,49	60,30	25,78	40,21	57,24	34,42
GRANADA	12,12	27,73	4,28	13,77	30,52	5,79	20,75	40,61	11,30	27,34	44,37	19,05
GUADALAJARA	12,08	31,23	2,80	16,27	41,35	4,44	21,09	46,47	9,81	25,32	49,09	14,33
GIPUZKOA	23,42	59,18	4,94	24,87	61,72	9,00	30,17	59,73	17,19	36,06	57,42	24,85
HUELVA	11,46	28,08	3,58	11,48	29,70	3,81	16,55	39,97	7,72	22,90	46,21	13,13
HUESCA	13,24	35,05	4,16	15,51	41,01	5,63	21,09	46,13	11,41	24,80	44,66	16,38
JAÉN	10,28	23,67	4,35	11,76	26,98	4,46	16,17	36,40	7,46	19,23	38,91	10,27
LEÓN	23,76	37,95	16,17	24,44	37,10	17,85	26,32	40,58	20,01	27,47	40,27	21,67
LLEIDA	16,22	45,71	5,91	19,13	49,63	8,87	25,85	51,62	17,16	31,53	49,28	24,99
LA RIOJA	19,39	49,75	4,99	20,52	53,22	6,74	27,49	57,61	15,58	30,31	52,92	20,51
LUGO	51,36	59,12	47,54	42,05	47,37	39,16	39,73	45,30	37,68	40,09	42,49	39,28
MADRID	25,19	63,98	5,24	26,60	64,42	9,29	31,57	62,71	16,89	34,37	56,93	21,72
MÁLAGA	15,05	38,21	3,84	17,53	45,47	5,50	23,88	52,99	11,73	27,07	50,86	15,89
MURCIA	14,71	39,30	4,83	15,21	42,49	5,06	21,67	48,96	11,73	24,87	45,24	16,37
NAVARRA	20,70	48,82	3,83	22,81	53,88	6,74	28,14	55,76	14,32	35,21	56,26	23,72
OURENSE	17,34	29,72	10,61	38,14	46,45	33,96	28,68	40,23	23,53	30,01	36,78	27,16
ASTURIAS	14,84	32,67	6,52	16,54	34,31	9,03	23,43	43,48	15,71	29,12	47,22	21,91
PALENCIA	15,77	34,85	3,78	16,64	35,38	5,18	21,11	42,94	9,72	24,88	43,42	14,77
LAS PALMAS	17,16	40,30	6,42	19,52	44,52	9,34	24,28	42,90	16,00	29,82	45,12	21,64
PONTEVEDRA	28,35	48,86	16,95	36,00	54,82	27,17	35,56	53,01	28,89	29,52	42,79	23,82
SALAMANCA	14,71	34,47	3,25	16,57	36,73	5,22	20,73	40,55	9,92	23,51	40,15	13,92
TENERIFE	17,71	38,77	7,63	16,93	37,97	8,09	23,76	43,18	15,17	27,11	42,04	19,33
CANTABRIA	23,87	40,98	14,67	21,29	40,71	11,51	26,04	48,08	16,50	29,79	46,42	20,43
SEGOVIA	17,13	35,09	9,15	14,02	33,35	5,08	18,28	37,31	8,93	21,62	37,85	13,11
SEVILLA	18,13	43,66	4,93	19,18	48,24	6,41	22,87	51,63	10,50	29,41	53,99	17,77
SORIA	16,44	34,38	5,62	18,28	40,14	6,16	23,00	43,33	11,39	27,37	44,02	18,02
TARRAGONA	18,86	51,24	7,39	21,20	57,43	9,65	26,16	59,86	16,08	32,85	54,92	25,17
TERUEL	11,88	31,48	4,22	13,76	34,10	5,88	18,83	41,23	10,09	22,40	41,12	15,33
TOLEDO	10,83	29,64	2,20	14,12	39,32	3,69	19,80	49,42	7,43	22,98	51,56	10,75
VALENCIA	21,33	55,71	7,33	22,15	59,34	8,29	27,08	60,56	14,81	32,07	55,64	22,11
VALLADOLID	16,15	41,00	3,01	17,80	45,89	4,58	22,50	48,62	10,58	26,25	47,54	15,19
BIZKAIA	19,33	56,05	3,79	21,20	57,48	6,70	25,69	55,65	13,37	30,65	53,09	19,70
ZAMORA	18,24	32,43	9,83	19,43	33,30	11,84	25,19	39,60	18,39	24,96	39,62	18,30
ZARAGOZA	18,24	50,10	3,67	19,65	54,81	5,39	25,65	56,60	12,68	31,03	55,80	19,84
ESPAÑA	20,25	47,54	7,60	22,71	50,47	11,06	26,78	52,88	16,10	30,77	51,14	21,39

Fuente: Elaboración propia a partir de datos censales y padronales.

Para finalizar con la exposición de la evolución de la geografía de la actividad femenina en España, quiero hacer notar que los ejes q, r y s, dibujados en el gráfico 4 permiten describir mejor el camino recorrido por cada provincia entre 1970 y 1986. El eje q corresponde a la bisectriz del diagrama. En las provincias situadas por debajo de la bisectriz, la tasa de actividad femenina decrece en el período estudiado (Lugo es la única), las que coinciden con ella registran una tasa constante (no hoy ningún caso, aunque Pontevedra está muy cerca) y en las provincias situadas en la parte superior de la bisectriz o eje q, la tasa de actividad crece entre 1970 y 1986. Dado que la inmensa mayoría de las provincias se encuentran en esta situación, he querido distinguir tres situaciones para afinar un poco más el análisis de las tendencias regionales.

En el área contenida entre los ejes q y r, con los crecimientos positivos menores, se encuentran las provincias que tenían las tasas más altas en 1970, o sea, las galaico leonesas (La Coruña, Pontevedra, Zamora y León) y Cantabria, las catalanas (Gerona y Barcelona), la levantina (Castellón) y además de Segovia y Madrid. ¿A qué se debe este crecimiento tan débil? Bueno, pues a razones distintas en cada una de las regiones. En las regiones del Noroeste de la Península, Galicia, León y Cantabria, la tasa de actividad en 1970 era elevada por la gran aportación de trabajo femenino en la producción agrícola de tipo familiar. Diversos estudios han destacado que el trabajo de la mujer en la agricultura es más importante en las regiones donde predominan las explotaciones agrícolas marginales, de menor tamaño, con escasa participación en la esfera comercial, es decir, poco dinámicas (García Ramón, M D et altri, 1990). Pero las mujeres más jóvenes, con un nivel de instrucción más elevado, poseen unos deseos de realización profesional que muy raramente coinciden con las de sus mayores, y prefieren abandonar el campo. En las zonas urbanas, tienen dificultades para acceder al mercado de trabajo por el escaso desarrollo del sector servicios. Este hecho unido al envejecimiento de las activas rurales explica que en estas regiones en el período estudiado, a pesar de mantenerse entre los primeros puestos en el ranking provincial de la actividad femenina, en términos absolutos, la población activa femenina ha crecido menos que en cualquier otra parte del estado, y en algunos casos, como Lugo, incluso ha disminuido su volumen.

En Cataluña, en 1970 las mujeres tenían tasas bastante elevadas, sobre todo en las comarcas de Barcelona y Gerona de industria tradicional téxtil, en Levante también, por el peso de la industria del calzado y el cuero y por las actividades terciarias ligadas al turismo. Los efectos de la llamada crisis industrial se han dejado sentir allí donde la presencia de la mujer en los sectores fabriles era más notable, así, en Cataluña, por ejemplo, las cifras oficiales reflejan una regresión de la actividad femenina desde 1975 hasta 1983, momento a partir del cual se inicia una lenta recuperación (Alabart, A 1987). Pero muy probablemente se ha producido al mismo tiempo un gran trasvase de ciertas actividades manufactureras del sector formal a la llamada economía sumergida. En algunas localidades a finales de los años setenta se llevaron a cabo estudios que permiten afirmar tal hipótesis. Muriel Casals estudió el caso de Sabadell, y a partir de la evolución del consumo energético doméstico e industrial llegó a estimar que una tercera parte de la producción textil en aquellos años se estaba realizando de forma sumergida (Casals, M. 1986). Por lo que se refiere al País Valenciano, se han hecho numerosos estudios sobre el trabajo a domicilio y la economía sumergida, entre los que hay que destacar los de Enric Sanchis, en los que se demuestra hasta qué punto la economía de esta región se apoya en el trabajo de las mujeres. De manera que no es nada arriesgado afirmar que en esta región el trabajo de la mujer es muy superior del registrado por las estadísticas oficiales. En todo caso, las cifras padronales de 1986 muestran cierta continuidad ascendente de las tasas de actividad femenina con respecto al período anterior de pre-crisis, de manera que aunque hubieran emergido ciertas actividades económicas se podría hablar de creación neta de puestos de trabajo en el sector formal de la economía.

Entre el eje r y s, están las tres quintas partes de las provincias. El crecimiento de las tasas de actividad es mayor que en el caso anterior, sin que la tasa registrada en 1986 llegue a doblar la de 1970, lo cual sólo se logra a la izquierda del eje s. Aquí tenemos algunas provincias que en 1970 ya destacaron por tener tasas mayores que el promedio estatal, como Palma de Mallorca y las cuatro provincias de Euskal Herria (Gipuzkoa, Alava, Bizkaia y Navarra). También están Lérica, Tarra-

gona, Alicante y Zaragoza, únicas componentes del cuadrante IV, y otras provincias como Valladolid o Sevilla, bastante urbanizadas, y que en otros terrenos han mostrado un fuerte dinamismo demográfico y socio-económico, y que al igual que las anteriores, al inicio del periodo estudiado la intensidad de la actividad femenina sorprendía por ser extraordinariamente baja. En los últimos 15 años, parece que las generaciones más jóvenes van incorporándose lentamente al mercado de trabajo por la demanda de trabajo femenino proveniente del terciario y en particular del sector público.

Las provincias más rurales del interior de la península, de Extremadura, Castilla La Mancha y gran parte de Castilla-León y Andalucía, también están entre los ejes r y s, pero la intensidad de la actividad femenina en 1986 sigue siendo muy baja. Aparentemente, pues, en estas regiones interiores, las mujeres siguen sin trabajar, con la única excepción de las mujeres solteras jóvenes que han entrado en una dinámica distinta. Siempre estuvieron relegadas a la esfera reproductiva, nunca tuvieron un papel muy destacado en la producción agrícola, en la meseta Norte por la importancia de la agricultura extensiva cerealista y en la meseta Sur (Castilla-La Mancha, Extremadura y Andalucía) porque la estructura de la propiedad es latifundista. En Andalucía, más bien, la mujer que por necesidad adquiría el estatus de jornalera, en la mayoría de los casos, estaba deseando casarse para «liberarse del trabajo». Actualmente, en estas regiones, las mujeres no cuentan, y en muchos casos tampoco los hombres, con muchas posibilidades de empleo, por lo menos en el sector formal. Sin embargo, estudios puntuales señalan que las áreas rurales de estas regiones pueden constituir zonas preferentes para aquellas empresas multinacionales o locales, que basan su producción en el uso intensivo de mano de obra, y en la segmentación de los procesos productivos. La preferencia por ubicar las unidades productivas en zonas rurales, y por contratar a mujeres con bajo nivel de instrucción, que no cuentan con experiencia laboral ni sindical alguna, debe entenderse como una estrategia para abaratar al máximo los costes del factor trabajo. En efecto, los sistemas de contratación son de lo más precarios y la perspectiva de continuidad en el trabajo es bastante débil (Sabate, A. 1989). Además, la modalidad del trabajo a domicilio no requiere para nada cuestionar la división sexual del trabajo dentro del hogar. De nuevo, las mujeres comparten el lugar geográfico de la producción con el de la reproducción.

Las provincias situadas a la izquierda del eje s, son las que registran cambios más grandes en las tasas de actividad entre 1970 y 1986. Hay que destacar la provincia de Almería, cuya tasa de 1986 es tres veces la de 1970 (30% y 10%, respectivamente). ¿Cómo puede explicarse un cambio tan espectacular? Almería pertenece a la región andaluza donde, como acabo de decir, no existía apenas tradición de trabajo extradoméstico entre las mujeres, donde estaba bien afianzada la idea de que el único lugar de la mujer estaba en el hogar. Este cambio imprevisible, que ha dado al traste con los valores tradicionales respecto al rol de la mujer en la sociedad, se ha producido durante las últimas décadas, ante la posibilidad de explotar y comercializar determinados productos primarios bajo la condición de realizar una inversión mínima de capital a cambio de contar con una dedicación intensiva de mano de obra. Se ha desarrollado así, a menudo a partir de empresas familiares, la llamada agricultura del plástico, muy competitiva a nivel exterior, y que controla un sector de la exportación de los productos hortícolas. Las estadísticas señalan que mujeres de todas las edades, casadas y solteras, han sido llamadas a formar parte de la población activa. Otras provincias andaluzas, como Cádiz, Huelva, Granada comparten con Almería incrementos muy notables de sus tasas de actividad, muy probablemente por la expansión del sector turístico. Por otra parte, también se localizan a la izquierda del eje s, las provincias castellano-manchegas de Toledo, Ciudad Real, Guadalajara y Albacete, que pertenecen de alguna forma al área de influencia de Madrid. Pero según parece, en el caso de Toledo y Ciudad Real el aumento en la actividad femenina no es debido a la creación de empleos en estas zonas, sino que se trata de mujeres que diariamente se desplazan a la capital salvando distancias de unos 40 kilómetros para acceder a su puesto de trabajo.

En suma, creo haber dibujado, aunque muy rápidamente, el mapa de la actividad laboral de la mujer en dos momentos en el tiempo, 1970 y 1986. Es difícil localizar geográficamente aquello que era válido para el promedio del estado español, más bien se tiene la impresión de que conviven en un mismo estado realidades sociales muy dispares, con un único denominador común: el aumento de

las tasas de actividad entre las generaciones jóvenes, factor que quizás permita imaginar un escenario regional futuro más homogéneo. En todo caso, parece claro que la distinta propensión de las mujeres a trabajar fuera de casa se explica tanto por el contexto económico, léase características de la mano de obra que se demanda, como por el contexto social en el que tiene lugar la construcción social de las relaciones de género. La estructura productiva regional determina en gran medida las posibilidades de integración de la mujer al trabajo. Donde predomina la explotación agraria familiar la mujer trabaja intensamente; donde se ubica la industria pesada se crean pocos empleos femeninos; y la industria manufacturera (textil, confección, calzado, juguetes...), o alimentaria demanda casi exclusivamente mano de obra femenina. Donde se produce una expansión de los servicios, administrativos, personales, etc. allí hay una gran cantidad de mujeres trabajando. Los valores sociales tienen, creo, una gran capacidad para adaptarse a las necesidades económicas. A pesar de lo cual, no conviene despreciar su mediación, que en este caso se puede concretar más en la forma de vinculación de las mujeres con las actividades productivas que a la propia disponibilidad para trabajar. Por último, quiero destacar que al contrastar el mapa de la actividad femenina con otros mapas que reflejan variables sociodemográficas comunmente asociadas a la actividad femenina, como el nivel de la fecundidad o la estructura familiar, se comprueba la falta de correspondencia entre ellos. Las regiones con la fecundidad más alta no son necesariamente las que tienen una actividad menos intensa, la familia extensa tampoco predomina donde la mujer trabaja más fuera del hogar.

REFLEXIONES FINALES

P

ara concluir quisiera manifestar mis inquietudes en relación a la problemática de la mujer y el mundo laboral. Por una parte, pienso que debemos valorar positivamente

el acceso creciente de la mujer al trabajo extradoméstico, especialmente en el caso de las mujeres casadas, porque esto denota que la mujer está dispuesta a hacer ajustes entre el ciclo familiar y el itinerario laboral, para poder disfrutar de ambos derechos, tal como lo hacen los hombres, sin que nadie se lo cuestione. En esta línea, las actuaciones públicas deben de enfocarse en el sentido de favorecer y garantizar el disfrute por parte de las mujeres de la vida familiar y la vida profesional. En este terreno queda mucho por hacer. Las guarderías, por ejemplo, hay muy pocas y son caras.

Por otra parte, me preocupa el hecho de que esta incorporación no se produzca en condiciones de igualdad con los hombres. Es muy importante preguntarse por qué las mujeres juegan un papel secundario en el mercado de trabajo. Algunos economistas han querido explicar este fenómeno por la vía de la oferta de trabajo, alegando que estas invierten muy poco en su formación y que además eligen profesiones poco valoradas o mal remuneradas. Es posible que esta sea una parte de la verdad pero no toda la verdad. En la práctica empresarial a las mujeres se las deja de lado, incluso se las aparta de los puestos mejor remunerados cuando estos se crean en sectores como el téxtil en los que siempre han tenido una presencia mayoritaria. A partir del momento en que es preciso introducir innovaciones tecnológicas, los hombres sustituyen a las mujeres porque no se las considera adecuadas para este trabajo más cualificado.

En la práctica cotidiana familiar se prioriza la formación profesional de los hijos varones frente a la de las hijas. En una etapa posterior, cuando las hijas se conviertan en madres, tendrán que responsabilizarse en primer lugar de las tareas domésticas, y aunque no lleguen a ser madres, serán las únicas responsables del trabajo reproductivo, del trabajo de cuidar a los ancianos y enfermos de la familia. Y desde luego esta es la principal razón por la que la mujer está discriminada en la esfera productiva. Hasta que no se cambie el modelo vigente según el cual el hombre es el encargado principal de mantener a la familia y la mujer la única responsable del trabajo reproductivo, ésta seguirá jugando un papel secundario en el escenario del mercado de trabajo.

Las alternativas a este modelo, son hoy por hoy muy costosas para la mujer. Puede elegir entre trabajar en las mismas condiciones que el hombre, renunciando, por supuesto a la vida familiar. Puede intentar trabajar como el hombre y llevar al mismo tiempo las tareas domésticas, con lo cual se encuentra con la problemática de la doble jornada o la doble presencia. Finalmente, puede trabajar poco, a tiempo parcial, eventualmente, pero entonces las posibilidades de obtener un trabajo interesante y de realizarse profesionalmente, en un mundo organizado bajo el modelo laboral de los hombres, son francamente escasas. Yo por supuesto soy de las que pienso que este modelo debe ser cuestionado, que el mercado de trabajo debe flexibilizarse para que todas las personas, hombres y mujeres, podamos beneficiarnos con el cambio, compartiendo el trabajo doméstico y la actividad laboral. Estoy segura de que todos saldremos ganando.

BIBLIOGRAFÍA

ALABART, Anna y SOLSONA, Montserrat (1988): «De l'activitat de la dona a Catalunya, desde 1970 a 1987», trabajo inédito realizado para la CIRIT, Barcelona.

BENERIA, Lourdes (1977): «Mujer, economía y patriarcado durante la España franquista», Barcelona, Editorial Anagrama.

BERNHARDT, Eva (1988): «Fertility and employment», Florencia, Symposium on Population Change and European Society.

CASAS, José Ignacio (1988): «La participación laboral de la mujer en España», Madrid, Instituto de la Mujer.

CASALS, Muriel (1986): «La economía sumergida en Sabadell» en «Problemas estadísticos de la economía sumergida», Madrid, Instituto Nacional de Estadística.

DE MIGUEL, Carmen (1988): «La participación femenina en la actividad económica. Estructura y tendencias.» en «Información Comercial Española», Marzo.

DURÁN, M^a Angeles (1972) «El trabajo de la mujer en España. Un estudio sociológico», Madrid, Editorial Tecnos.

GARCÍA RAMÓN, M^a Dolors, SOLSONA, Montserrat y VALDOVINOS, Núria (1990): «The Changing Role of Women in Spanish Agriculture: Analysis from the Agricultural Censuses, 1962-1982» en Journal of Women and Gender Studies, 1, Enero.

KEMPENEERS, Marianne y LELIEVRE, Eva (1989): «L'analyse du travail femenin en demographie: Avantatges et limites de l'approche biographique», Nueva Delhi, «XXI Congres General de Population».

RUESGA, Santos M. (1988): «La mujer en la economía sumergida», en «Información Comercial Española», Marzo.

SABATE, Ana et altri: «División del trabajo según género y reestructuración económica: La industria de la confección en las zonas rurales (C.A. de Madrid)», en «Iberian Studies», en prensa.

SANCHIS, Enric (1984): «El trabajo a domicilio en el País Valenciano», Madrid, Instituto de la Mujer.

SOLSONA, Montserrat (1989): «El problema de la medición del trabajo de la mujer», en «Documents d'Anàlisi Geogràfica», 14.

V.V.A.A. (1988): «Evolución general de las disparidades regionales en la CEE y en España» en «Papeles de Economía Española 34».

NAVARRA: CRECIMIENTO CERO

Andrés Valentín

Andrés Valentín González

Trabaja desde 1975 en el Departamento de Estadística del Gobierno de Navarra. En este período ha trabajado en las distintas operaciones de estadística demográfica, siendo responsable de las publicaciones realizadas al respecto.

Ha colaborado en distintos estudios, encargándose de los aspectos socioeconómicos o específicamente demográficos.

Es autor de distintos trabajos y artículos sobre temas socioeconómicos y, entre ellos, sobre la población navarra.

Actualmente es jefe del Centro de Información y Documentación de Navarra de la Sección de Estadística del Gobierno de Navarra.

INTRODUCCIÓN



ituados ante la perspectiva de «Navarra: crecimiento cero», título propuesto para esta intervención, bueno será comenzar haciendo un repaso de lo que hasta el presente ha ve-

nido ocurriendo con nuestra población, ya que los fenómenos sociales y muy especialmente los demográficos hunden sus raíces en el pasado.

Hasta la referencia censal de 1960 la población de Navarra presenta un crecimiento inferior al estatal. Durante los años sesenta el incremento de la población navarra asciende a 15,7%, porcentaje superior a la media estatal. A partir de 1970, la población en Navarra vuelve a presentar tasas de crecimiento inferiores a las estatales. Como vamos a ver, estas diferencias aparecen también, si analizamos los saldos migratorios. Podemos, por tanto, distinguir tres períodos en la evolución de la población de Navarra a lo largo del presente siglo.

TABLA 1. Evolución de la población de Navarra y España

Año	N A V A R R A			E S P A Ñ A		
	Población de hecho	Índices	Variación intercensal	Población de hecho	Índices	Variación Intercensal
1900	307.669	100,0	-	18.617.956	100,0	-
1910	312.235	101,5	1,5	19.992.451	107,4	7,4
1920	329.875	107,2	5,7	21.508.135	114,6	7,6
1930	345.883	112,4	4,9	23.844.796	126,7	10,9
1940	369.618	120,1	6,9	26.187.899	139,2	9,8
1950	382.932	124,5	3,6	28.368.642	150,5	8,3
1960	402.042	130,7	5,0	30.903.137	163,7	8,9
1970	464.867	151,1	15,7	34.132.801	181,9	10,1
1975	483.867	157,3	4,1*	36.026.319	193,5	5,9*
1981	507.367	164,9	9,1	37.746.260	202,3	10,5
1986	512.676	166,6	1,0*	38.891.313	208,9	3,0*

* Variaciones de la población según los Padrones Municipales de Habitantes sobre el correspondiente Censo anterior

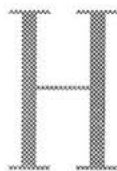
Hemos de hacer notar que las referencias temporales de estos períodos tienen que ver con las operaciones censales, que ponen de manifiesto los cambios tendenciales, y no con el inicio preciso de dichos cambios.

La variación de los ritmos del crecimiento demográfico de Navarra está muy ligada a los cambios experimentados en las estructuras económicas de nuestra comunidad.

Hemos de constatar que en 1981 la población del Estado había duplicado la de principios de siglo. Por el contrario, las últimas cifras referidas a Navarra muestran que no es previsible cuándo se podrá duplicar la población que tenía en 1900.

Navarra puede haber alcanzado ya la densidad de 50 habitantes por Km²., inferior a la del conjunto del Estado y mucho más aún a la que presenta la Comunidad Autónoma Vasca. Se trata, pues, en términos absolutos y comparativos, de una región poco poblada.

EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE NAVARRA
EL LARGO PERÍODO DE LOS SALDOS MIGRATORIOS NEGATIVOS



asta 1960, Navarra mantiene un modelo económico tradicional basado en la agricultura y con muy poca industrialización. Durante esos años es típico ex-

ponente de una región emigrante, expulsora de población hacia los centros de desarrollo económico del país e incluso del extranjero: cada decenio, Navarra presenta un saldo migratorio negativo de alrededor de 18.000 personas.

TABLA 2. Evolución de los Saldos Migratorios

AÑOS	SALDOS MIGRATORIOS
1901-1910	-25.959
1911-1920	-14.485
1921-1930	-21.182
1931-1940	-10.300
1941-1950	-16.836
1951-1960	-20.499

No obstante, el crecimiento vegetativo es lo suficientemente amplio como para enjugar esas pérdidas y mantener unos ligeros incrementos de población, siempre inferiores, como hemos dicho, a los del conjunto del Estado. Estos moderados incrementos, similares a los que presentan Alava, La Rioja o Aragón, contrastan con la evolución experimentada por Bizkaia y Gipuzkoa, ya en una fase avanzada de industrialización.

La tasa bruta de natalidad desciende, en este período, del 31 por 1.000 de principios del siglo al 20 por 1.000 que presenta entre 1956 y 1960. Esta tasa es, en Navarra, sistemática y ligeramente inferior a la media estatal.

Igualmente la tasa bruta de mortalidad desciende de un 21,6 por 1.000 en el primer quinquenio del siglo al 9,3% en el último de este período; es ligeramente inferior a la media estatal hasta 1950 y se sitúa por encima en la última década, como consecuencia del envejecimiento comparativo de nuestra población.

El resultado del comportamiento de la natalidad y la mortalidad, que hemos comentado, es un crecimiento vegetativo en torno al 9 por 1.000, ligeramente superior al estatal hasta 1950.

En este período se ha iniciado un proceso, ciertamente poco intenso, de concentración de la población, pero no podemos hablar todavía de un proceso de urbanización: en 1960 la población que reside en municipios de más de 10.000 habitantes (Pamplona y Tudela) sólo representa el 28,4% del total provincial.

EL IMPULSO INDUSTRIALIZADOR

El crecimiento de la población navarra entre 1960 y 1975 asciende a 92.598 habitantes. En esos quince años, el cre-

cimiento ha sido casi el mismo que en los sesenta precedentes.

La tasa bruta de natalidad se mantiene en torno al 20 por 1.000 y la tasa bruta de mortalidad en torno al 9 por 1.000, lo que representa una tasa de crecimiento vegetativo estabilizada e inferior a la estatal.

La causa fundamental de este cambio de tendencia en el comportamiento demográfico de Navarra,

La causa fundamental de este cambio de tendencia en el comportamiento demográfico de Navarra, que sitúa su crecimiento por encima del estatal, hay que buscarlo, por tanto, en los movimientos migratorios. En efecto, Navarra pasa a tener saldos migratorios positivos, que explican la intensidad del crecimiento de la población en estos años.

TABLA 3. Evolución de los Saldos Migratorios

AÑOS	SALDOS MIGRATORIOS
1961-1970	+ 18.510
1971-1975	+ 8.319

El proceso industrializador, que conoce Navarra en esos años, explica, no sólo el cambio de tendencia de los saldos migratorios, sino también el intenso proceso de urbanización, que reduce ostensiblemente la población rural de la zona media y norte y concentra más de la mitad de la población en municipios que superan los 10.000 habitantes.

Sin embargo, todos esos procesos van a perder intensidad rápidamente: ya en el primer quinquenio de los años setenta, el crecimiento demográfico de Navarra es inferior a la media estatal. En los años siguientes, aparecen tendencias que explican el estancamiento de la población, del que hablaremos a continuación. Por una parte, el saldo migratorio se reduce significativamente y, por otra, se inicia en 1976 un brusco descenso de los nacimientos que pasan de 8.663 en esa fecha a 4.829 diez años más tarde.

EL ESTANCAMIENTO DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

Los últimos quince años presentan un panorama demográfico de claro estancamiento. El brusco descenso de la tasa

de natalidad, unido a una tasa de mortalidad estabilizada, nos aproxima a un crecimiento natural de la población prácticamente nulo. Por otra parte, los saldos migratorios, todavía positivos, son cada año más reducidos. Cabe, por ello, deducir que nos aproximamos a nuestro título: «Navarra, crecimiento cero». Sin embargo, esta conclusión debe matizarse.

En los últimos tres o cuatro años el número de nacimientos se ha estabilizado, presentando incluso algún síntoma de leve recuperación; la tasa de fecundidad ha alcanzado unos niveles tan bajos que no es previsible que siga descendiendo. Pero los nacimientos no dependen sólo de la fecundidad, sino también de la composición por edades de la población en edad fértil y, como veremos a continuación, tampoco es previsible, a corto y medio plazo, que por esta razón siga disminuyendo el número de nacimientos. Estas hipótesis y la de una mortalidad estabilizada hacen previsible un débil crecimiento natural de la población.

El comportamiento de las migraciones depende fundamentalmente de la tensión de empleo de los mercados de trabajo. Posteriormente veremos que no es previsible que Navarra se convierta en demandante neta de empleo. Pero las tasas de desempleo del entorno más próximo y la situación general de los mercados de trabajo tampoco hacen pensar en la aparición de polos de atracción para la fuerza de trabajo excedente en nuestra comunidad.

Antes de seguir adelante, quiero introducir una reflexión que me parece necesaria ante distintos debates que se plantean en nuestra sociedad. ¿El crecimiento demográfico es «per se» un bien en sí mismo? Dicho de otra manera: si nuestra población no cree, ¿qué ocurre? Espero que quienes amenazan desde una perspectiva pronatalista con este riesgo contesten a estas preguntas.

ESTRUCTURA ACTUAL DE LA POBLACIÓN
ANÁLISIS DE LA PIRÁMIDE DE POBLACIÓN

E

l análisis de la estructura de la población pone de manifiesto la huella que han dejado en nuestra pirámide acontecimientos del pasado, algunos tan lejanos como la

denominada «gripe del 18» o el aumento de la mortalidad masculina durante la guerra civil. De una manera mucho más obvia aparece el fenómeno de la disminución de los nacimientos durante el referido proceso bélico.

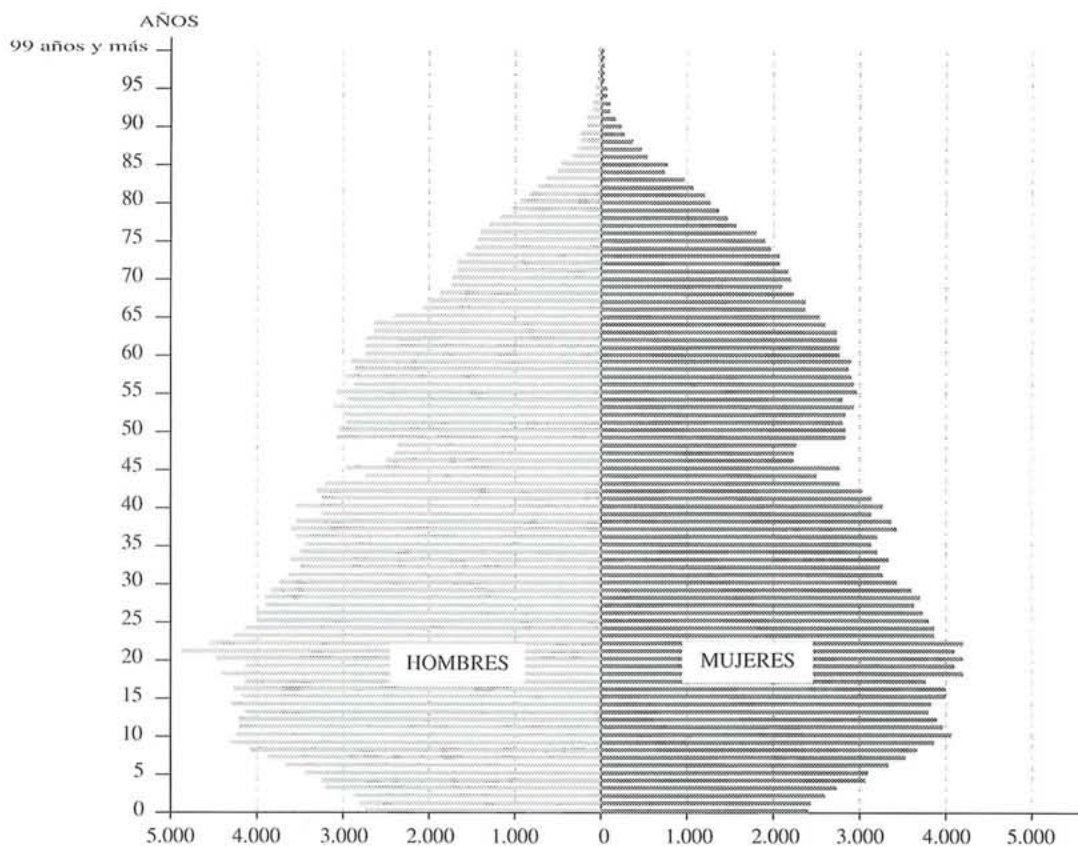
Pero pone también de manifiesto las repercusiones de los fenómenos demográficos a los que nos acabamos de referir: la expansión demográfica de los años sesenta, el estancamiento posterior y, sobre todo, la disminución de los nacimientos producida en los últimos años.

El envejecimiento de la población navarra es consecuencia del incremento de la población que supera los 65 años, pero, también, de la disminución de los nacimientos. Este proceso de envejecimiento, medido por la proporción que representan los mayores de 64 años sobre el conjunto, continuará en los próximos años.

El envejecimiento demográfico repercute en el aumento de los costos sociales que requiere este sector de la población inactiva. Pero frente a este argumento, que reiteradamente se aduce, hay que constatar que este envejecimiento es el resultado de un aumento significativo de la esperanza de vida de nuestra población. Ciertamente cada vez serán (o al menos deberán ser) mayores las partidas presupuestarias dedicadas a nuestros mayores, pero no creo que nadie sienta como una pesada carga la perspectiva de jubilarse antes de los 65 años y poder vivir hasta los 80.

Por otra parte la población en edad fértil seguirá creciendo durante unos años y su posterior disminución tardará en notarse si tenemos en cuenta que la edad de reproducción es cada vez mayor.

GRÁFICO 1. Pirámide de población en Navarra. 1-4-86



EL POTENCIAL ECONÓMICO DE LA POBLACIÓN NAVARRA

A pesar de esa estabilización de nuestros efectivos demográficos, el potencial de la población navarra para la actividad eco-

nómica puede seguir creciendo en los próximos años, aun en la hipótesis de un saldo migratorio nulo:

- La población de 16 y más años ha venido creciendo y es previsible que así continúe en el futuro más inmediato.
- La población entre 25 y 54 años, edades que presentan mayores tasas de actividad, aumentará su volumen relativo entre la población potencialmente activa.
- Dada la aún reducida tasa de incorporación de la mujer al mercado de trabajo, la reserva de mano de obra femenina puede considerarse muy importante.

A pesar de ese crecimiento de la población de 16 y más años, la población activa (definida como la que se encuentra trabajando o buscando un empleo) no aumenta hasta 1985 como consecuencia de la reducción generalizada de la edad de jubilación, el retraso en la edad de incorporación al mercado de trabajo resultante de una mayor tasa de escolarización para los/as mayores de 16 años y el coyuntural efecto de desaliento que provocaba la situación económica.

A partir de esa fecha, por el contrario, la población activa ha crecido en casi un 20%, tanto por la estabilización de la edad de jubilación, como por la significativa incorporación de esa población desanimada, sobre todo femenina, al mercado de trabajo. La tasa de actividad de los menores de 20 años se sigue reduciendo: los/as estudiantes de 16 y más años han pasado entre 1987 y 1990 de 27.500 a 37.000.

Es previsible que la población activa siga creciendo, si bien no con tanta intensidad sobre todo si el cambio de signo de la coyuntura económica es importante. A tenor de la tendencia mostrada en los últimos años, el crecimiento provendrá del componente femenino, cuyo incremento desde 1984 asciende a casi el 50%.

La población ocupada de Navarra alcanzó en 1984 sus niveles más bajos, rondando las 150.000 personas, como consecuencia fundamentalmente de la destrucción de empleo industrial. A partir de esa fecha la población ocupada ha venido creciendo.

TABLA 4. Población según su relación con la actividad económica (promedios anuales en miles)

Año	POBLACIÓN DE 16 Y MÁS AÑOS			ACTIVOS			OCUPADOS			PARADOS		
	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total
1981	180,7	192,3	372,9	133,8	51,5	185,3	119,4	41,6	161,0	14,4	9,8	24,2
1982	182,3	193,4	375,7	133,2	51,8	185,0	117,5	42,0	159,5	15,7	9,8	25,5
1983	185,8	195,3	381,1	133,5	52,3	185,8	115,4	41,1	156,5	18,2	11,2	29,4
1984	191,2	196,2	387,3	130,7	50,8	181,5	113,1	39,2	152,3	17,6	11,7	29,2
1985	193,2	200,1	393,3	136,3	56,0	192,3	115,6	40,1	155,7	20,7	15,9	36,6
1986	195,5	202,6	398,0	138,2	56,8	195,0	117,9	40,3	158,2	20,2	16,5	36,8
1987 ⁽¹⁾	197,3	204,6	401,9	134,0	63,5	197,5	119,1	47,7	166,8	14,9	15,8	30,7
1988	197,8	208,3	406,1	131,5	65,1	196,6	118,8	49,1	167,9	12,7	16,0	28,8
1989	197,5	213,4	410,9	133,5	69,1	202,6	123,6	53,1	176,8	9,9	16,0	25,8
1990	199,2	214,5	413,7	131,7	71,1	202,8	122,9	56,1	179,0	8,8	15,0	23,8

⁽¹⁾ Promedio de los tres últimos trimestres en los que se inicia una nueva metodología de la EPA.

Fuente: Encuesta de Población Activa (EPA) del Instituto Nacional de Estadística.

Al menos a medio plazo, la población ocupada en el sector Primario seguirá disminuyendo. La elevada ocupación en la construcción no parece que pueda incrementarse mucho más y, en cualquier caso, su volumen no resultaría especialmente significativo. La población ocupada en la industria tiene ante sí el interrogante de la recesión económica. No parece que el sector servicios pueda compensar, con el crecimiento de su población activa, la disminución de la de los demás sectores. En resumen, podemos apuntar como hipótesis un estancamiento de la población ocupada.

TABLA 5. Población ocupada por sectores económicos (promedios anuales en miles de personas)

Año	SECTOR PRIMARIO			INDUSTRIA			CONSTRUCCIÓN			SERVICIOS		
	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total	Varones	Mujeres	Total
1987 ⁽¹⁾	18,9	1,2	20,1	45,2	13,1	58,3	10,3	0,2	10,5	44,9	33,3	78,2
1988	17,2	1,0	18,2	43,7	11,2	54,9	11,8	0,3	12,1	46,1	36,5	82,6
1989	17,1	1,0	18,1	46,7	12,0	58,7	14,1	0,4	14,5	45,7	39,7	85,4
1990	14,2	1,0	15,2	45,5	13,1	58,6	15,4	0,4	15,8	47,9	41,7	89,6

⁽¹⁾ Promedio de los tres últimos trimestres en los que se inicia una nueva metodología de la EPA.
Fuente: Encuesta de Población Activa (EPA) del Instituto Nacional de Estadística.

En Navarra, los indicadores de desempleo alcanzan cotas inferiores a las medias del Estado. Pero, pese a que el incremento del PIB en Navarra ha sido superior a la media estatal, la tasa de variación de la población ocupada ha sido inferior.

A pesar de que la población ocupada comienza a crecer desde 1984, su incremento no es capaz de detener el aumento del paro hasta 1986. Desde esa fecha, el paro masculino se reduce rápidamente a la mitad; por el contrario, el número de paradas se ha estabilizado.

En estos últimos años se ha producido una profunda modificación de la población no empleada: hemos pasado de una tipología caracterizada por los jóvenes que no habían trabajado nunca, los parados de larga duración afectados por la destrucción de empleo y los desanimados (desanimadas, sobre todo) que ni siquiera accedían al mercado de trabajo, a una situación mucho más difusa, pero que afecta a un tercio de la población activa y a la mitad de la población activa femenina, en la que se combina el paro con el empleo precario (asalariado o autónomo) en sus múltiples formas de economía sumergida o no.

El crecimiento de la población ocupada de los últimos años se concreta en modalidades de contratación temporal; por ello, dependiendo de las características del período depresivo del ciclo económico, pueden producirse graves disminuciones de la población ocupada. No es lo mismo cerrar empresas o despedir obreros fijos, que esperar a que vayan finalizando contratos temporales para no renovarlos.

PERSPECTIVAS DE FUTURO

E

n la preparación de estas Jornadas, las organizadoras habían sugerido tratar sobre las previsiones demográficas a medio y largo plazo (hasta el año 2030 ó 2040). Mi

opinión personal es que no se pueden realizar previsiones de población a largo plazo, susceptibles

de ser apoyadas con la más mínima argumentación científica. Como ya he dicho, las variables demográficas son dependientes en última instancia de la situación económica. La previsión económica a corto plazo es endeble; hoy los expertos están de acuerdo en la incertidumbre del futuro económico. La previsión económica a largo plazo es simplemente un juego de especulaciones.

Dicho esto, podemos entrar en el debate que subyace a estas previsiones. ¿Existe a medio plazo «problema demográfico»? ¿De qué carácter?

En primer lugar, se puede afirmar que Navarra no contribuirá a la expansión demográfica mundial que constituye el auténtico «problema demográfico» a escala planetaria.

Por otra parte, puede también afirmarse que, en un plazo previsible, no existe riesgo alguno de pérdida de continuidad de la población, como consecuencia del comportamiento de la fecundidad en la sociedad navarra.

Algunos de los planteamientos natalistas más agresivos ofrecen argumentos religioso-reaccionarios (no reaccionarios por religiosos, sino reaccionarios con planteamientos religiosos), machistas (reduciendo a la mujer a la misión histórica zoológica de reproductora) y profundamente racistas. A quien esta crítica le resulte especialmente dura, le sugiero la lectura del artículo de Pierre Chàunu «Los riesgos de la entropía demográfica» en el ejemplar de Junio de 1990 de «Nueva Revista», donde encontrará una exquisita colección de ejemplos de lo que acabo de criticar.

¿Quiere esto decir que no existen problemas vinculados con la situación y perspectivas de la población? En absoluto.

La disminución del número de nacimientos, a que hemos hecho referencia, implica un debilitamiento de la estructura demográfica, que a largo plazo podría requerir una aportación inmigratoria, si se pretenden mantener las actuales magnitudes demográficas y específicamente del mercado de trabajo. Decimos a largo plazo porque, a corto y medio, se vislumbran más problemas derivados del exceso que de la carencia de población potencialmente activa.

Otro problema que ponen de manifiesto las cifras de población es la discriminación de la mujer.

En estos últimos años se ha producido un significativo incremento de la población activa femenina, concretamente un 50% desde 1984. Paralelamente, se ha reducido el número de mujeres que las estadísticas encuadran en el epígrafe «Sus labores». Pese a que la población activa femenina ha conocido en estos últimos años un incremento muy superior al de la masculina, las mujeres que acceden al mercado de trabajo representan la tercera parte del conjunto de la población femenina de 16 y más años; es decir, sólo una de cada tres mujeres es calificada como activa. A su vez, sólo el 35% de todas las personas activas son mujeres.

A diferencia de lo que ocurre entre los hombres, la población ocupada femenina ha crecido menos que la población activa; de ahí que ellas representen en 1990 más del 60% del desempleo total.

Si, entre la población ocupada, sólo tres de cada diez personas son mujeres, entre la población parada representan seis de cada diez, el 63%.

Finalmente podemos afirmar que la condición femenina comparte sus especificidades con otros problemas más generales: el actual sistema económico tiende a la marginación de la población no ocupada.

Creo, sin embargo, que, para dar paso al debate, bueno será plantearse un nuevo interrogante: ¿los problemas a que acabo de referirme son problemas demográficos o expresiones concretas de problemas sociales?

LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE LA COMUNIDAD AUTÓNOMA DE EUSKADI

Enrique Morán Alaez

Enrique Morán Alaez

Nacido en Palacios de Rueda, provincia de León. Licenciado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, realizó estudios de especialización en Demografía en el Institut de Démographie de París —diplomas de Demografía General y Experto Demógrafo —y en el Institut d'Etudes Politiques— D.E.A. en Demografía Económica de la misma ciudad.

Desde 1981 es responsable del Area de Estadísticas de Población del EUSTAT perteneciente al Gobierno Vasco.

Ha publicado varios artículos y estudios sobre temas demográficos y de empleo, principalmente referidos al País Vasco y ha participado como ponente en Seminarios y Conferencias relativos a estos temas.

INTRODUCCIÓN

E

n este breve papel se va a abordar de manera necesariamente sucinta la actual situación demográfica de la Comunidad Autónoma de Euskadi (CAE) así como

los caminos que en años recientes ha seguido y que han desembocado en la misma.

Nos interesaremos especialmente por la evolución de la población y su estructura, en particular, su envejecimiento paulatino, así como por lo que denominaremos los comportamientos demográficos, a saber, la fecundidad, la nupcialidad, la mortalidad y la migración, como fenómenos que rigen precisamente a aquella.

Por último, abordaremos algunas de las consecuencias que se derivan de esta evolución, con atención preferente a aquéllas que han comenzado a manifestarse ya o cuyos efectos serán visibles en los próximos años: sistema educativo y mercado de trabajo.

ANTECEDENTES

P

ara empezar, conviene hacer un pequeño recorrido por lo que ha sido la historia de la población vasca hasta llegar a alcanzar la cifra de 2.135.000 personas que se obtuvo en el recuento de la renovación padronal de 1986.

Casi dos siglos más atrás las primeras estadísticas completas y fiables, a la sazón el Censo de Población de 1787, llamado de Floridablanca, nos proporcionan el dato de que en las provincias de Alava, Gipuzkoa y Bizkaia vivían por entonces algo más de 308.200 personas.

A lo largo del siglo XIX la evolución de las poblaciones alavesa, vizcaína y guipuzcoana fue contrastada: en tanto disminuía casi continuamente el número de los primeros, estos últimos conocían un pujante crecimiento, que en conjunto permitió el incremento de la población total. Por ello en 1900 aquellas 300.000 personas se han convertido en más de 600.000.

TABLA 1. Evolución de la población de hecho (en miles) y de las tasas de crecimiento intercensado (TCI) en la C.A. de Euskadi y en España desde 1787 a 1986

Año	C.A. DE EUSKADI		ESPAÑA	
	Población	TCI %	Población	TCI %
1787	308,2		10268,2	
1860	429,1	0,45	15645,1	0,58
1877	450,7	0,29	16622,1	0,36
1887	510,4	1,25	17549,6	0,54
1900	603,6	1,30	18616,6	0,46
1910	673,8	1,11	19990,9	0,71
1920	766,8	1,30	21388,6	0,68
1930	891,7	1,52	23677,1	1,02
1940	955,8	0,70	26014,3	0,95
1950	1061,2	1,05	28117,9	0,78
1960	1371,7	2,60	30582,9	0,84
1970	1878,6	3,20	33956,4	1,05
1975	2072,4	1,98	36026,3	1,19
1981	2135,0	0,58	37674,6	0,87
1986	2135,1	0,00	38891,3	0,63

Es destacable también la etapa vivida por la demografía vizcaína a partir de mediados de los ochenta del siglo pasado, en virtud de la expansión industrial de aquellos años, que conduce a un incremento conjunto de la población vasca del 1,25% hasta fin de siglo. En las condiciones del pasado, tasas de crecimiento de este orden de magnitud sólo eran posibles gracias a elevados contingentes de inmigrantes, ya que la mortalidad aún alta no permitía que el crecimiento vegetativo de la población llegara a esos niveles.

Durante los primeros 75 años del presente siglo continúa la expansión demográfica, que con el tiempo se generaliza a toda la CAE, situándose entre 1950 y 1975 los mayores incrementos de población como consecuencia de la llegada de una nueva ola inmigratoria, al calor de la recuperación económica tras la década postbélica.

La importancia del flujo de migrantes se revela en el hecho de que en torno al 50% del incremento de población se debía al saldo migratorio, en tanto que el resto provenía del exceso de nacimientos sobre las defunciones, ahora ya sí sensiblemente aminoradas.

Por otra parte la elevación del número de nacidos en esos años se produce también en buena medida como consecuencia del peso de jóvenes parejas, en situación de tener hijos, dentro del grupo de migrantes.

LOS AÑOS RECIENTES

E

n otro lado hemos utilizado ya el apelativo «crisis demográfica» para caracterizar el período que se extiende desde 1976 hasta nuestros días. Dejando aparte la comparación que pudiera hacerse entre esta crisis y las crisis demográficas del antiguo régimen —que eran esencialmente el producto de una punta de mortalidad de perfiles catastróficos—, el término nos permite referirnos a una etapa de clara ruptura con el pasado que apunta a nuevas perspectivas y se apoya en nuevos comportamientos demográficos, a veces de dirección opuesta a los antiguos, como en el caso de las migraciones.

TABLA 2. Evolución de las tasas (por 1.000) de nupcialidad (TN), de natalidad (TBN), de mortalidad (TBM) y mortalidad infantil (TMI)

AÑO	TN	TBN	TBM	TMI
1976	7,8	19,8	7,0	17,1
1977	7,6	18,3	6,9	16,6
1978	7,0	16,5	6,6	17,5
1979	6,2	14,5	6,5	16,0
1980	5,8	13,5	6,7	14,7
1981	5,0	13,0	6,8	13,0
1982	4,2	11,9	6,4	10,7
1983	3,4	10,8	6,7	11,6
1984	4,8	10,4	6,9	11,2
1985	4,4	10,1	7,2	9,8
1986	4,4	9,5	7,1	9,8
1987	4,4	8,7	7,0	10,0
1988	4,4	8,5	7,4	9,4
1989	4,5	8,0	7,3	7,5
▲ %	-42,3	-59,6	+4,3	-56,1

Dos elementos principales gravitan sobre la población vasca y definen su presente y su futuro:

- En primer lugar, el crecimiento vegetativo se aproxima a grandes zancadas al límite cero, tras más de una década de descenso de la natalidad y de mantenimiento, con tendencia al aumento, de la mortalidad.
- En segundo lugar, el saldo migratorio se estabiliza en cifras negativas que, si bien no muy altas en términos absolutos, resultan progresivamente decisivas para provocar la disminución de la población total.

Ambos factores, a menudo resumidos como descenso de la fecundidad y emigración, no presentan buenas perspectivas incluso ahora a la altura de 1990. En el primer caso se han superado todos los topes conocidos de las tasas brutas de natalidad, por lo que parece previsible una estabilización y aún un ligero repunte a corto plazo.

Ligado a la natalidad se encuentra otro rasgo sobresaliente de la crisis demográfica que es el envejecimiento o, si se prefiere, el aumento del peso de los grupos de más edad dentro de la población. Esta tendencia, inserta en la estructura demográfica, tiene consecuencias importantes de carácter socio-económico: sanidad, educación, empleo, etc., cuyo análisis esbozaremos más adelante.

LA MORTALIDAD

La situación de la mortalidad, o mejor dicho, de la supervivencia, ha mejorado sustancialmente en los últimos años pese

a que hace ya tiempo que demógrafos y médicos consideraban prácticamente imposibles los avances en este campo, habida cuenta del alto nivel sanitario alcanzado por aquel entonces.

Aunque las tasas brutas de mortalidad conocen actualmente una cierta tendencia al alza, producto del envejecimiento de la población, otros índices más refinados muestran sensibles mejoras.

Las TBM han pasado de 7,0‰ en 1976 a 6,4‰ en 1982 y 7,3‰ en 1989, en la línea que acabamos de mencionar, sin embargo la tasa de mortalidad infantil —o número de defunciones de 1.000 nacidos vivos antes de cumplir un año— disminuye de forma continuada entre ambas fechas, perdiendo un 56,1% de su valor puesto que baja de 17,1‰ en 1976 a 7,5‰ en 1989.

Esta favorable evolución de la supervivencia infantil confirma el hecho cada vez más evidente de que en la actualidad el sistema sanitario del País Vasco garantiza que la práctica totalidad de los nacidos superan las dificultades de sus primeros momentos de vida, constituyendo un elemento favorable a la recuperación demográfica.

Tomando ahora un índice global de la mortalidad como es la bien conocida esperanza de vida al nacimiento, observamos que las perspectivas son igualmente optimistas. De acuerdo con las tablas de mortalidad calculadas para 1975-76, dicho índice era de 69,6 años para los varones y 76,6 para las mujeres; en 1980-81 se había llegado a una vida media de 71,1 años y de 78,6 respectivamente.

En 1986 continuaba la mejoría de la situación a un ritmo muy similar al de los años precedentes, de manera que los varones alcanzaban los 72,9 años de vida media y las mujeres los 80,6, superando ya el listón de los 80 años.

Por lo tanto, en un solo decenio las expectativas de vida han mejorado en casi tres años y medio para el sexo masculino y cuatro para el femenino. Visto desde otra óptica, cada año que transcurre se ganan tres meses y veintitrés días de vida en los hombres y cuatro meses y diecisiete días en las mujeres.

Una conclusión interesante deducible de este panorama es el aumento de la mortalidad diferencial en detrimento de los varones.

Si ya en 1975 las mujeres podían esperar vivir siete años más que los hombres, en 1986 pueden contar con más de siete años y medio.

LA NUPCIALIDAD

Los matrimonios han sido especialmente sensibles a la crisis económica a partir de 1976. Su número se ha reducido a menos de la mitad en el lapso de una década y las tasas de nupcialidad correspondientes descienden desde 8 matrimonios por 1.000 habitantes que era el nivel de 1976, y el nivel medio del pasado más reciente, hasta un mínimo de 3,4 en 1983.

Una incipiente recuperación se esboza a partir de ese año pero sin mayores perspectivas. Por otro lado, parece que en estos años un número desconocido de matrimonios quedaría al margen de los Registros Civiles y, por tanto, sin contabilizar a efectos estadísticos, pero por afectar a grupos minoritarios —sobre todo ancianos pensionistas— no parece que puedan resultar significativos y, desde luego, es nula su influencia en materia de fecundidad.

Recurramos ahora a un indicador más fino del comportamiento nupcial de la población, el índice sintético de nupcialidad, para comprender la evolución habida en el período.

El índice sintético de nupcialidad resume para un año dado del comportamiento de las distintas generaciones presentes. Sin entrar en mayores precisiones podría describirse como la proporción de las personas que se habrían casado a los 60 años, edad más allá de la cual sólo se contabilizan un número mínimo de primeros matrimonios.

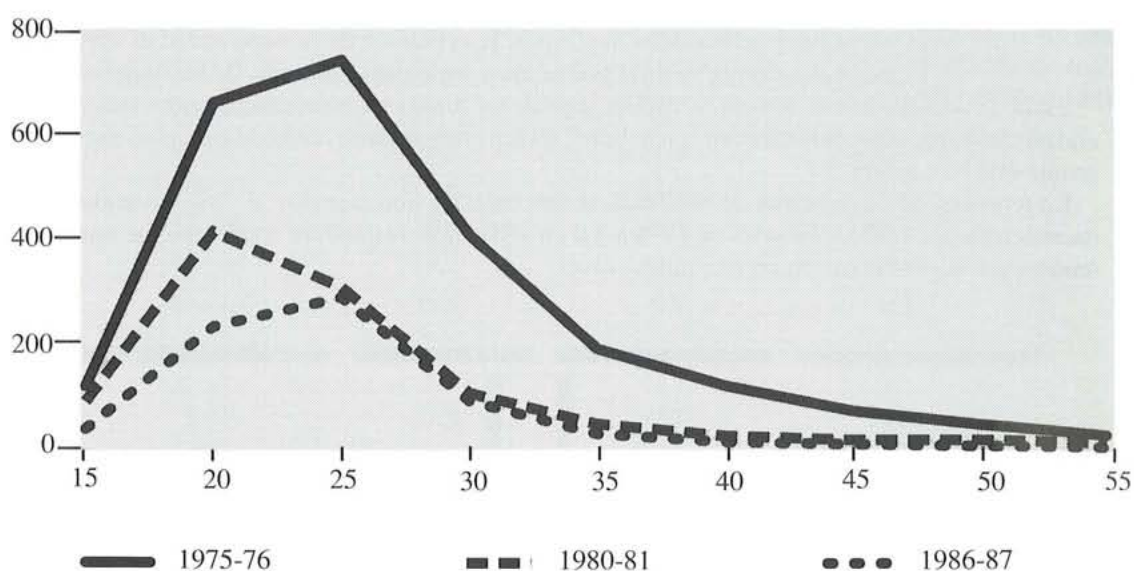
En 1975-76 el ISN femenino se aproxima a 1, en concreto era de 0,97, lo que se puede interpretar como indicativo de que un 3% tan sólo de las mujeres permanecen solteras a lo largo de su vida. En 1980-81 había caído al 0,68 y en 1986-87 alcanza 0,54. Refiriéndonos a este último dato, esto significaría que poco más de la mitad de las mujeres llegaría a casarse.

TABLA 3. Probabilidades (por 1.000) de matrimonio de las solteras según la edad en los años 1975 a 1987

EDAD EXACTA	1975-76	1980-81	1986-87
15	112,2	82,8	36,7
20	655,8	409,1	232,9
25	739,8	303,3	285,5
30	403,7	96,5	86,3
35	184,0	37,7	23,8
40	113,6	16,3	10,1
45	63,9	10,2	4,1
50	39,5	8,1	3,6
55	21,0	4,0	1,9
ISN	0,97	0,68	0,54
EDAD MEDIA	23,6	24,4	25,7

Por otro lado se observa un claro retraso de la edad al casarse, lo cual tiene efectos depresivos sobre el ISN, es decir, aún es posible que algunos matrimonios diferidos se recuperen, por lo que la incidencia de la nupcialidad tal vez no sea tan baja, pero es indudable una fortísima reducción.

GRÁFICO 1. Probabilidades de matrimonio de las solteras según la edad (por miles)



En este sentido es interesante constatar que entre 1980-81 y 1986-87 las probabilidades que mejor se comportan son las de 25 a 35 años, quizás indicando ya una recuperación de matrimonios retrasados en los años anteriores.

La continua postergación del matrimonio conduce inevitablemente a que muchos no se produzcan finalmente por falta material de tiempo o por haber alcanzado una edad en la que no resulte ya atractivo. Se podría suponer razonablemente que hayan sido sustituidos por uniones de hecho no legalizadas.

No parece que tal sea el caso del País Vasco. De acuerdo con las cifras proporcionadas por el Padrón Municipal de Habitantes de 1986 y otras encuestas se puede estimar entre 8.000 y 10.000 el número de cohabitantes no casados en el año mencionado. El total de parejas ascendería pues a 4.500, número poco significativo comparado con los 16.000 matrimonios que hubo en el año 1976 únicamente; claro que en 1989 hubo sólo 9.500.

Aunque se puede aducir la ocultación de estas situaciones en la operación de empadronamiento y —más difícilmente— en las diferentes encuestas, la evidencia basta para afirmar que el desarrollo de las uniones consensuales ha sido hasta ahora muy limitado y no ha constituido en modo alguno un sustituto del matrimonio legal.

Podríamos concluir, resumiendo la exposición anterior, que tanto las uniones legales como las libres, por razones diferentes en ambos casos, se hacen menos frecuentes o no se extienden al ritmo de otros países, contribuyendo así a una prolongación inesperada de la estancia de los hijos en el domicilio familiar, en contraste con las tendencias a la emancipación precoz del pasado reciente.

Algunos de los factores que inciden en el desapego creciente por el matrimonio —crisis económica, paro juvenil, inestabilidad laboral, etc.— podrían ser también responsables del reducido número de divorcios y separaciones habidas tras la legalización de 1981, al igual que han limitado la progresión de las uniones consensuales.

Las pocas cifras conocidas sobre estos fenómenos indican que los divorcios anuales podrían estimarse en torno a 400, es decir, entre el 4-5% de los matrimonios coetáneos y apenas 0,2 por 1.000 habitantes. Las separaciones legales ascenderían junto a las de hecho a algo más del doble, pero conviene matizarlas comparándolas con el stock de medio millón de matrimonios existentes en 1986.

En los años más recientes parece manifestarse una clara tendencia al aumento de las separaciones legales y los divorcios, tal como ponen de relieve los últimos datos procedentes de fuentes judiciales.

LA FECUNDIDAD

son, en terminología un tanto «démodée», legítimos, la evolución de la nupcialidad es clave para definir los comportamientos fecundos de la población y, en última instancia, de las mujeres.

Como acabamos de ver, la nupcialidad ha seguido un curso totalmente negativo en estos años y ello ha tenido un impacto notable en la natalidad, si bien no es la única razón de las pautas regresivas en que ésta ha entrado.

En términos de tasas brutas de natalidad el descenso ha sido superior al 50%, pasando de 20 nacimientos por 1.000 habitantes en 1976 a 8,0 en 1989, manifestándose recientemente una cierta tendencia a la estabilización en este ínfimo nivel.

En una sociedad en la que la inmensa mayoría de los nacimientos se producen dentro del matrimonio, es decir,

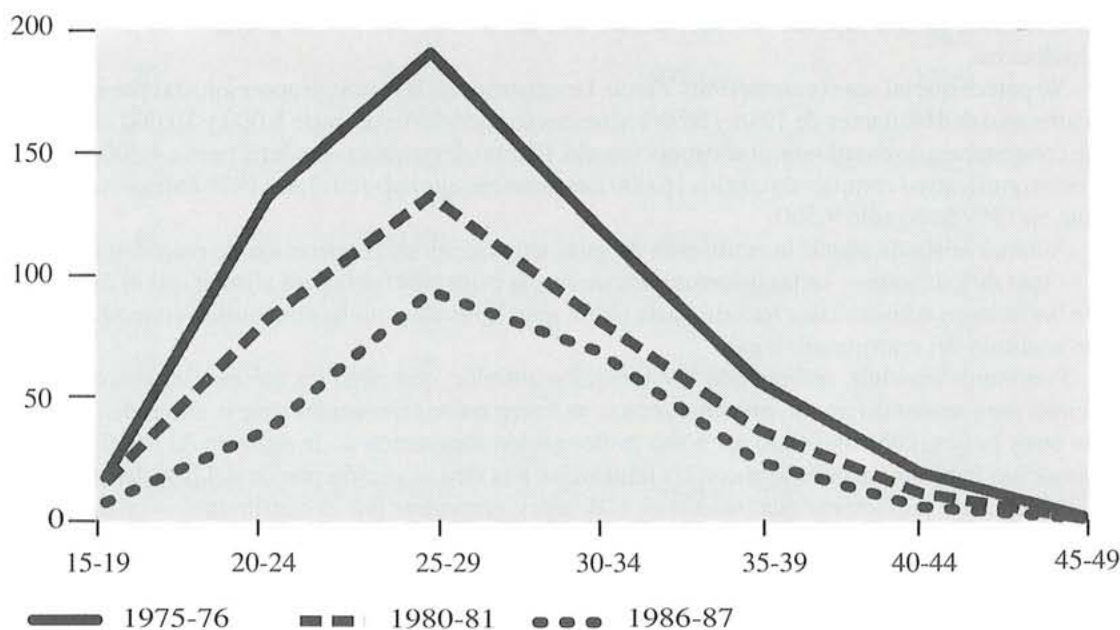
FECUNDIDAD GENERAL

H

ay que tener en cuenta, cara a una adecuada valoración de las tendencias evolutivas, que todavía en 1975-76 los hábitos fecundos de las mujeres vascas

conducían a una descendencia final elevada y ello a unas edades relativamente jóvenes. En torno a 2,7 hijos por mujer era el número medio de aquellos años y casi todos ellos se tenían antes de los 35 años, pese a que a dicha edad las mujeres cuentan aún con 15 años adicionales de vida fecunda.

GRÁFICO 2. Tasas de fecundidad general (por miles)



La reducción brusca que se produce al final de los años setenta aproxima la fecundidad a los niveles europeos, si bien en la mayoría de los países la evolución había sido más paulatina. En 1980-81 el indicador sintético disminuye hasta 1,8 hijos, es decir, por debajo ya del umbral de reproducción de las generaciones, que, en las actuales condiciones de la mortalidad, está en 2,1.

TABLA 4. Tasas de fecundidad general (por 1.000) en los años 1975 a 1987

EDAD	1975-76	1980-81	1986-87
15 - 19	17,1	14,9	7,4
20 - 24	131,9	82,1	36,5
25 - 29	190,1	131,9	93,5
30 - 34	119,6	82,4	68,6
35 - 39	56,4	36,5	23,4
40 - 44	19,2	10,3	4,9
45 - 49	1,8	0,9	0,3
<hr/>			
TGF	77,8	52,7	35,8
ISF	2,68	1,79	1,17
EDAD MEDIA	28,7	28,6	29,2
<hr/>			

A partir de ese momento la fecundidad se mueve en valores muy bajos, desconocidos hasta entonces, alcanzándose en 1986-87 un mínimo de 1,2. Entre tanto se retrasa la decisión de tener hijos y la edad media de la maternidad supera de nuevo los 29 años. Por un efecto similar al descrito en la nupcialidad el envejecimiento del calendario de la fecundidad refuerza el efecto del descenso de la misma, por lo que es probable que el indicador sintético minusvalore el número de hijos que las mujeres tendrán al final de su vida fecunda, aunque éste ha de ser en cualquier caso muy inferior a lo que era habitual antes de 1975.

FECUNDIDAD LEGÍTIMA

Entendemos por fecundidad legítima la que tiene lugar en el seno de los matrimonios legalmente constituidos; por este motivo el procedimiento más adecuado para su

estudio consiste en el cálculo de tasas de fecundidad legítima por duración del matrimonio. Los datos correspondientes figuran en la tabla adjunta y deben tomarse con alguna precaución, pues las cifras de matrimonios por duración sólo son suficientemente aproximadas en 1981, procedentes del Censo de Población.

Como puede observarse a simple vista en el gráfico, la pauta que dibujan las tasas de fecundidad matrimonial es idéntica en los tres años a excepción de la extraña elevación en la duración 1 que muestra la serie de 1975-76. Esta irregularidad podría atribuirse a un error en los datos de base que además influye en la duración 2; las cifras más verosímiles serían 380,0‰ a 1 año y 303,4‰ a 2 años.

Salvado este escollo, podemos apreciar la perfecta ordenación de las curvas: primero la de 1975-76, luego la de 1980-81 y muy cerca de ella la de 1986-87. Las tasas más altas se sitúan siempre entre los 0 y los 6 años de matrimonio y la ordenación es en todo caso perfecta.

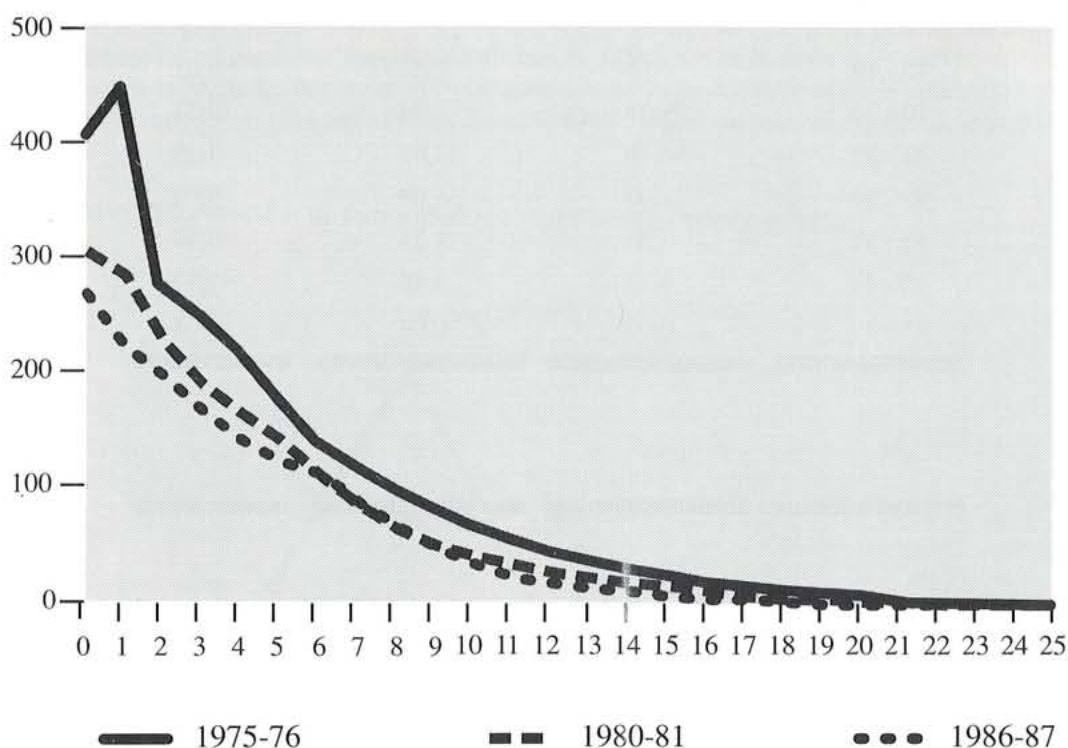
TABLA 5. Tasas de fecundidad legítima (por 1.000) por duración del matrimonio en los años 1975 a 1987

DURACIÓN	1975-76	1980-81	1986-87
0	411,12	309,85	273,07
1	453,74	287,83	225,97
2	282,10	229,82	201,27
3	254,85	193,88	169,79
4	221,22	168,62	144,33
5	182,62	144,55	126,75
6	147,44	112,83	114,19
7	123,87	85,65	88,65
8	103,97	65,05	68,28
9	85,67	52,77	49,69
10	69,88	42,34	36,69
11	56,75	35,27	24,66
12	45,82	28,17	20,03
13	39,50	23,33	15,19
14	31,08	20,07	11,64
15	27,42	16,85	8,35
16	20,18	12,25	6,03
17	16,37	9,03	4,81
18	12,64	6,73	3,28
19	8,13	4,90	2,17
20	6,08	3,87	1,44
21	4,14	2,48	0,95
22	3,52	1,31	0,63
23	1,92	0,65	0,42
24	0,86	0,45	0,28
25	0,48	0,32	0,18
ISFM	2611,37	1858,87	1596,74

Sin embargo el descenso es muy notable. Entre 1975-76 y 1980-81 se sitúa el 40% para un indicador global —el índice sintético de fecundidad matrimonial (ISFM)— que pasa de 2,6 hijos por matrimonio a 1,86. Considerando sólo las 7 primeras duraciones la caída iría de 1,95 hijos a 1,45 (-34,5%).

En consecuencia, la incidencia que esta evolución tiene sobre la fecundidad general es considerable en este quinquenio. Puede estimarse en un 90% la parte de su caída que es imputable a la disminución de la fecundidad legítima, debiéndose el resto al descenso del número de matrimonios, todo ello teniendo en cuenta que los nacimientos ilegítimos son mínimos (1,5% en 1975 y 3,4% en 1980). Hay que destacar que la progresiva reducción de los matrimonios en este quinquenio parte de unas cifras altas y, por definición, sólo puede afectar en 1980-81 al número de matrimonios de las duraciones 0 a 5, que son, sin embargo, las más prolíficas.

GRÁFICO 3. Tasas de fecundidad matrimonial (por miles)



En la última parte del período estudiado el descenso de la fecundidad matrimonial es mucho menor, hasta el punto de que en algunas duraciones (6 a 10 años) las tasas de 1980-81 y las de 1986-87 prácticamente se confunden. Con todo el índice sintético de fecundidad matrimonial declina hasta 1,6 hijos por pareja, aproximadamente 1 menos que en el punto de partida 10 años atrás. Los 7 primeros años de matrimonio producen ahora tan sólo 1,26 hijos, aunque, eso sí, ello supone por encima de los tres cuartos de la descendencia esperable en las condiciones de 1986-87.

Como puede verse, en esta etapa la fecundidad matrimonial desciende menos que la general, que sigue cayendo en picado. Es pues evidente que ahora ya la disminución del número de matrimonios contraídos ha dejado sentir su efecto, causando cerca del 50% de retroceso.

Tampoco en este caso la importancia de los nacimientos ilegítimos es grande pues no alcanza en 1986-87 más que un 6%. Sin embargo, tanto su peso relativo como su número ha aumentado notablemente en los años recientes.

FECUNDIDAD POR RANGO

E

l estudio de la fecundidad por rango analiza separadamente la llegada de cada uno de los hijos según el rango u orden dentro de la descendencia de una mujer. Por este

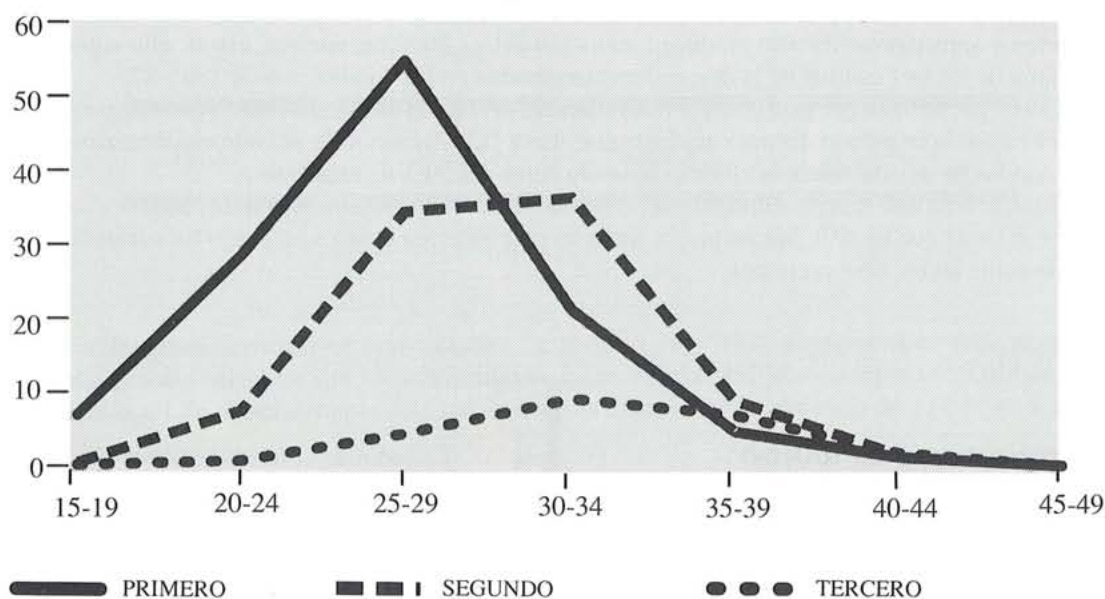
motivo es obvio que la agregación del conjunto de los rangos de nacimiento equivale a la fecundidad total. En la tabla 6 ofrecemos unos datos relativos al período 1986-87; una ilustración de los mismos aparece en el gráfico 4.

TABLA 6. Tasas de fecundidad (por 1.000) por rango y edad (1986-87)

EDAD	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
15 - 19	6,88	0,54	0,02
20 - 24	28,28	7,34	0,74
25 - 29	54,19	33,93	4,38
30 - 34	21,03	36,04	9,09
35 - 39	4,55	8,71	6,74
40 - 44	1,18	1,49	1,72
45 - 49	0,04	0,04	0,08
ISFr	580,75	440,45	113,85

En primer lugar sorprende la endeblez de las cifras, notablemente deprimidas en relación con el nivel previo a la crisis. Según se desprende de ellas, las mujeres de una generación ficticia, que se comportara según las tasas de 1986-87, tendrían en promedio 0,6 primeros hijos —lo que significa que un 40% no tendrían descendencia en absoluto—, 0,4 segundos hijos y apenas 0,1 tercero, habiendo desaparecido los de rangos superiores a 3 que, sumados, representan sólo un 2% de la descendencia.

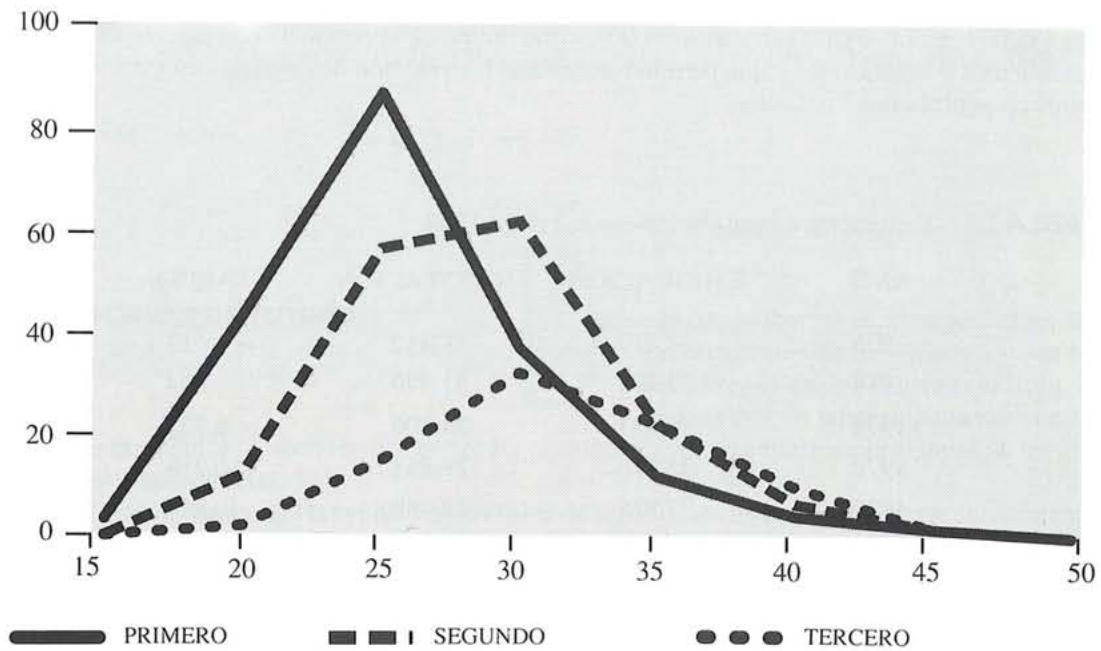
GRÁFICO 4. Tasas de fecundidad por rango (1986-87)



Como era de esperar, la curva de las tasas de fecundidad de rango 1 se sitúa claramente por encima de las demás hasta los 30 años; más raro resulta su proximidad a la de rango 2 a continuación, pero esto se debe al nivel muy bajo de la segunda. Por último la de rango 3 se encuentra muy descolgada por debajo de las otras dos, suponiendo apenas el 10% de los nacimientos.

Aunque la pequeñez de estas tasas puede ser ilustrativa de por sí, un vistazo atrás en la evolución resulta esclarecedor. Utilizaremos los datos de 1975-76 que son los que figuran en el gráfico 5.

GRÁFICO 5. Tasas de fecundidad por rango (1975-76) (por miles)



En primer lugar es destacable la similitud de las curvas correspondientes al primero y al segundo hijo entre 1975-1976 y 1986-87, aunque lógicamente ésta a un nivel muy inferior. Pero en el caso del tercer hijo, incluso a esta escala ampliada, la serie de tasas se sitúa claramente más próxima en 1975-76 que en el último período.

Esto nos lleva a una segunda consideración que es que la caída de la fecundidad ha sido diferencial según el orden de nacimiento. Frente a un descenso global del 53%, el índice sintético de fecundidad de rango 1 (ISF1) ha disminuido sólo un 38%, el ISF2 un 45% y el ISF3 cerca del 75%. Ni que decir tiene que los órdenes posteriores prácticamente han desaparecido.

Llegamos así a la situación actual que es el resultado de una evolución que se precipita a partir de 1976. Aumenta fuertemente el peso de los nacimientos de los dos primeros rangos en la declinante fecundidad, en concreto del primero lo hace 13 puntos —del 37% al 50%— y el segundo en 6 —del 32% al 38%—. Disminuye la proporción de hijos terceros o más: en 7 puntos los terceros —del 17% al 10%— desapareciendo casi los siguientes —del 14% al 2%—.

Al igual que en otros países, la descendencia de las mujeres actuales se configura en torno a los tres primeros rangos y singularmente al primero y al segundo, en tanto que los hijos de rango superior a 3 manifiestan una tendencia a la desaparición total. Si la descendencia media es pequeña, la varianza también lo es, tras la reducción de las colas que la distribución presentaba por su derecha —las familias numerosas—.

LAS MIGRACIONES

El País Vasco ha sido a lo largo de este siglo y finales del pasado una región de tradición inmigratoria. Los inmigran-

tes constituyeron una parte sustancial del crecimiento demográfico que se experimentó en ella. El panorama cambia en 1976, año en el que se observa el último saldo positivo, aunque escaso, según las cifras publicadas por el INE, que sin embargo debe corresponder ya a un saldo real negativo.

En el decenio que discurre de 1976 a 1985 el intercambio con el exterior habría producido una pérdida de unas 60.000 personas, como resultado de una cifra de inmigrantes de casi un cuarto de millón y de algo menos de 300.000 emigrantes. En los años posteriores continúa la misma tónica con una pérdida neta de población cifrada en 22.500 personas.

Dejando a un lado los desplazamientos internos a la CAE las salidas anuales medias superarían los 15.000 habitantes y las entradas los 8.000, cifras ambas de importancia comparable a las de los nacimientos y defunciones y que permiten equilibrar la evolución demográfica en estos años con pérdidas poblacionales pequeñas.

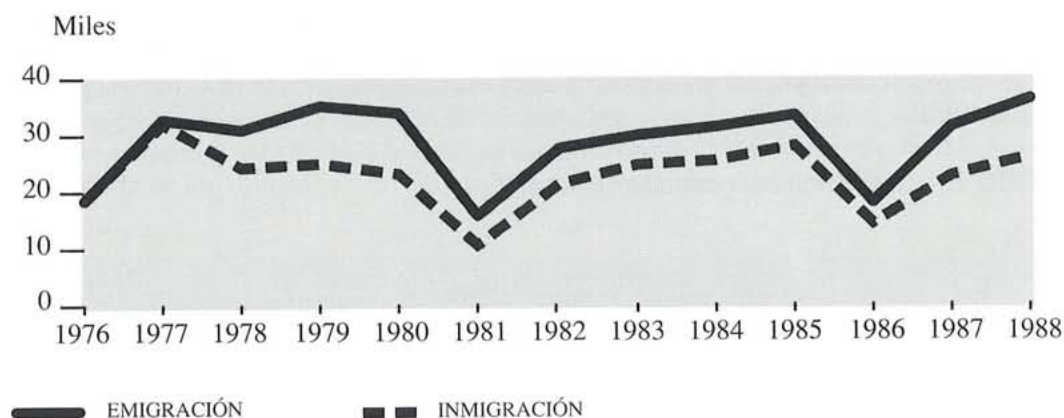
TABLA 7. Emigración e inmigración desde 1986 a 1988

AÑO	EMIGRACIÓN	INMIGRACIÓN	SALDO
1976	18.419	18.432	+ 13
1977	32.664	31.970	- 694
1978	30.833	24.100	- 6.733
1979	35.116	24.858	-10.258
1980	33.826	22.989	-10.837
1981	15.690	10.453	- 5.237
1982	27.551	21.116	- 6.435
1983	29.645	24.461	- 5.184
1984	31.133	25.291	- 5.842
1985	33.211	27.860	- 5.351
1986	17.929	14.140	- 3.789
1987	31.196	22.590	- 8.608
1988	36.038	25.886	-10.152

En el interior del País Vasco sólo Alava mantiene aún un pequeño saldo migratorio positivo pero, dado su peso relativo, no puede contrarrestar la emigración de los guipuzcoanos y vizcaínos.

Posiblemente tras este cambio de sentido en los movimientos migratorios se ocultan los mismos factores ya apuntados para explicar la crisis de la nupcialidad y la fecundidad. El volumen de paro y la coyuntura económica negativa deben haber tenido sobre ellos una influencia aún más directa que sobre los restantes fenómenos demográficos, sin excluir otras consideraciones personales, familiares y sociales.

GRÁFICO 6. Emigración e inmigración desde 1976 a 1978



PERSPECTIVAS DE FUTURO

D

e lo que acabamos de decir se deduce inmediatamente que la población vasca ha entrado en la senda del envejecimiento, lo cual no deja de tener importantes conse-

cuencias económicas y sociales. Sin pretender profundizar, abordaremos ahora algunas de las implicaciones más directas.

No mencionaremos aquí la evolución previsible de la población total cuya pendiente es levemente negativa y parece condenada a seguir así unos cuantos años más, salvo que se produzcan alteraciones drásticas en la situación. En cambio nos detendremos un instante en su estructura por edades.

Todavía en 1981 la población vasca podía conceptuarse como joven al tener una tasa de envejecimiento inferior al 10% y una fracción de menores de 20 años superior al tercio del total. Pero las cosas parecen avanzar deprisa.

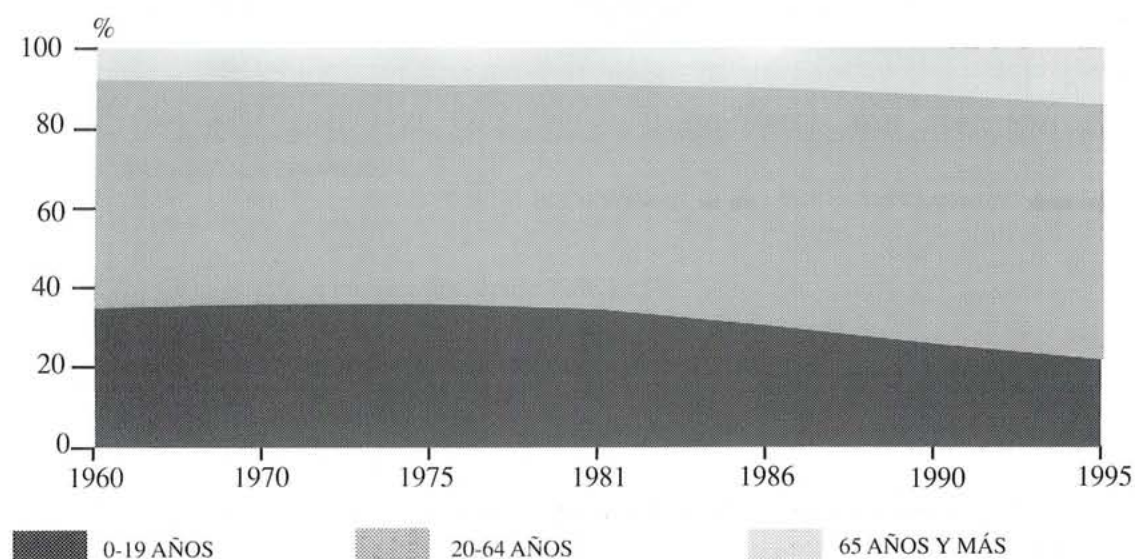
Según nuestros cálculos, en 1995 el peso de los ancianos se elevaría ya al 14% en tanto que los jóvenes habrían disminuido hasta el 21%. En estas condiciones no parece lejano el momento en que ambas cifras se equiparen.

TABLA 8. Evolución de la estructura de la población por grandes grupos de edad (porcentajes)

AÑO	0 - 19	20 - 64	65 +
1960	35,1	57,2	7,7
1970	36,1	55,6	8,3
1975	36,0	55,2	8,8
1981	34,4	56,5	9,1
1986	30,4	59,7	9,9
1990	25,7	62,3	12,0
1995	21,3	64,5	14,2
▲ %	-39,3	+ 12,8	+ 84,4

Un primer efecto derivado de las tendencias demográficas que ha hecho ya su aparición en el País Vasco es la disminución de los efectivos de las generaciones en edad escolar. Progresivamente esta brecha se va a expandir por la educación básica a la media y la universitaria posibilitando una disminución de los ratios alumnos/profesor o la reducción de las necesidades de enseñantes, siempre bajo el supuesto de que no aumenten las tasas de escolaridad, lo cual en la EGB es imposible pues ya están al 100%.

GRÁFICO 7. Evolución de la estructura demográfica



A fin de observar las consecuencias probables de la evolución demográfica en este colectivo, hemos supuesto constantes en el tiempo la mortalidad y las tasas de escolarización a un nivel próximo al de 1986, lo que significa una mortalidad mínima en estas edades y unas tasas de escolaridad del 100% a los 6 años, 85% a los 14 y 55% a los 18 años.

TABLA 9. Tamaño estimado de las generaciones a distintas edades claves del ciclo escolar, habida cuenta de las tasas de escolarización

GENERACIÓN	6 AÑOS	14 AÑOS	18 AÑOS
1965	37.762	32.032	20.683
1970	37.734	32.024	20.667
1975	38.734	32.857	21.215
1976	40.155	34.062	21.993
1978	34.837	29.551	19.081
1980	28.149	23.878	15.418
1982	24.889	21.112	13.632
1984	21.983	18.686	12.040
1986	19.824	16.816	10.858
1989	16.795	14.246	9.199

Hemos considerado las generaciones de 1965 a 1989 porque incluyen las fases de natalidad alta y de descenso de la misma. Estas generaciones alcanzan los 6 años, inicio de la E.G.B., entre 1971 y 1995, los 14, en que se comenzaría el B.U.P. o la F.P.-2, entre 1979 y 2003 y finalmente los 18 años, inicio de los estudios universitarios, a partir de 1983 hasta 2007.

Tras una primera fase de estancamiento (Tabla 10), el tamaño de las generaciones aumenta, y así entre las generaciones de 1970 a 1976, este incremento se refleja en 400 niños adicionales por año al llegar a la edad de E.G.B.; bajo nuestras hipótesis serían sólo 340 más el inicio del B.U.P. y apenas 220 a partir de los 18 años.

TABLA 10. Variación del tamaño de las generaciones a la edad de 6 años

GENERACIONES	▲ GLOBAL %	▲ ANUAL %	▲ ANUAL ABSOLUTA
1965-70	-0,07	-0,01	-6
1970-76	+6,42	+1,04	+404
1976-80	-29,90	-8,50	-3002
1980-86	-29,57	-5,68	-1388
1986-89	-15,28	-5,38	-1010

Con el declive de la natalidad a partir de 1976 el tamaño generacional se reduce primero en 3.000 niños por año de la generación de 1976 a la de 1980, luego otros 1.400 de ésta a la de 1986 y por fin 1.000 más en las generaciones más recientes, siempre en el momento de alcanzar los 6 años.

Considerando las generaciones extremas de 1976 a 1989, la disminución de efectivos escolarizables será del 58% y supondrá -23.400 niños al inicio de E.G.B., -20.000 cara al B.U.P. y -12.800 para comenzar la educación universitaria, supuesta una carrera standard.

En relación con la población activa, los efectos de la evolución demográfica no son tan nítidos, y además, tardan más en producirse, por el sencillo motivo de que la entrada en actividad no se produce hasta después de los 20 años por término medio.

En las condiciones actuales de participación de la población —y sobre todo de las mujeres— en la actividad económica no se observaría una disminución de los activos hasta mediados de los años noventa y, por tanto, tampoco es esperable hasta entonces una disminución de la presión sobre el mercado de trabajo que permita disminuir, siquiera sea mínimamente, la incidencia del paro.

TABLA 11. Tasas de actividad y paro por edad y sexo utilizadas en la proyección de población

Edad	ACTIVIDAD		PARO	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
16 - 24	10,50	0,50	0,50	0,50
25 - 44	1,00	0,50	0,10	0,30
45 - 64	0,75	0,25	0,10	0,10
+65	0,00	0,00	0,00	0,00

Con el fin de captar la influencia demográfica directa en la población «potencialmente» activa y parada, hemos realizado una proyección cuya base de partida han sido tasas de actividad y paro existentes en 1986, aunque redondeadas (Tabla 11).

TABLA 12. Tamaño estimado de la población total, activa y parada de 16 a 64 años en los años 1970 a 2000 (en miles)

AÑO	TOTAL	ACTIVOS	PARADOS
1970	1154,3	711,3	149,2
1975	1286,6	787,9	166,3
1980	1358,8	823,4	175,2
1982	1392,4	842,6	179,1
1984	1422,1	863,2	183,0
1986	1445,7	878,9	185,9
1988	1468,4	894,4	188,4
1990	1488,0	907,8	189,7
1992	1506,3	920,3	191,4
1994	1515,7	927,3	191,3
1996	1514,2	930,3	189,0
1998	1504,5	929,3	184,6
2000	1491,3	926,6	178,6

Estas tasas se han mantenido fijas, al igual que las restantes condiciones de la proyección, porque lo que nos interesa no es una previsión sino una evaluación de lo sucedido en el mercado de trabajo hasta ahora y lo que es verosímil para el futuro inmediato.

La población de 16 a 64 años pasaría de 1.154,3 miles en 1970 a 1.491,3 en el 2.000, tras un máximo en 1994 de 1.515,7. Las tasas más elevadas de crecimiento corresponden a fechas anteriores y especialmente al primer quinquenio de los 70, tornándose negativas a partir de 1995, si se mantienen las condiciones actuales.

Supuestas las tasas de actividad mencionadas, los «activos» pasarían de 711,3 miles a 926,6 en treinta años, con un máximo en 1996 de 930,3 correspondientes a una tasa de actividad media del 61,4%; la reducción subsiguiente sería de escasa entidad, por lo que a fin de siglo nos encontraríamos aún a niveles muy altos de población activa en el País Vasco.

¿Es esto un lastre para el problema del paro? En parte. En el conjunto de los treinta años el paro sólo aumentaría al ritmo del 0,6% anual (Tabla 13) como resultado de la evolución de la estructura demográfica, bajo la hipótesis de tasas aceptada.

Los aumentos mayores corresponderían a los setenta en tanto que en los primeros ochenta, las tasas de incremento tendrían que ser más moderadas, para pasar a hacerse negativas a partir de 1993.

TABLA 13. Tasas de crecimiento anual medio en la población total activa y parada de 16 a 64 años por períodos desde 1970 al 2000 (en porcentajes)

PERÍODO	TOTAL	ACTIVOS	PARADOS
1971-1975	2,18	2,07	2,19
1976-1980	1,10	0,88	1,05
1981-1982	1,23	1,16	1,12
1983-1984	1,06	1,21	1,07
1985-1986	0,83	0,90	0,78
1987-1988	0,78	0,88	0,67
1989-1990	0,66	0,74	0,35
1991-1992	0,61	0,69	0,46
1993-1994	0,31	0,38	-0,02
1995-1996	-0,05	0,16	-0,62
1997-1998	-0,32	-0,05	-1,18
1999-2000	-0,44	-0,15	-1,62

Evidentemente hasta ahora la realidad se ha movido por otros caminos, pero achacar el incremento del paro a los incrementos de la población potencialmente activa, aún por vías indirectas, nos parece un tanto irreal, puesto que, junto a estos efectos negativos, el crecimiento de dicha población tiene o hubiera podido tener consecuencias muy positivas desde el punto de vista económico, cuya puesta en escena se echa de menos en ciertos análisis alarmistas del envejecimiento y en las excusas fáciles a la evolución negativa del paro.

Por supuesto los lamentos que tan asiduamente oímos en estos días sobre el peso que los jubilados van a suponer en el futuro próximo para los ocupados olvidan un aspecto fundamental del problema: aunque no hay duda de que los jubilados continuarán aumentando por bastante tiempo, las posibilidades de crecimiento de la población ocupada son aún mayores por las razones siguientes:

- La disminución y aún desaparición de los actuales parados -que además suponen una «carga» presupuestaria similar a la de un número equivalente de pensionistas-.
- La creciente participación de la mujer en el mercado de trabajo, que aproximará la población activa a la potencial.
- El incremento en la actividad a edades consideradas hoy post-activas, sobre todo de 65 a 70 años.

Parece pues razonable pensar que los esfuerzos deben dirigirse más a potenciar el mercado de trabajo, ofertando más empleos, que a evitar lo inevitable, pues los futuros jubilados son los actuales trabajadores y, sin duda, tienen bien ganado su derecho a percibir una pensión.



EMAKUNDE
EMAKUNEAREN EUSKO ERAKUNDEA
INSTITUTO VASCO DE LA MUJER

EUSKO JAURLARITZA



GOBIERNO VASCO